SARAH WORTH

ENEMIGOS I



El precio del DUQUE

© SARAH WORTH

El precio del duque

Sello: Independently published

Safe Creative: 2601064195268

Primera edición, marzo de 2026.

Impreso en España.

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo las advertencias legales previstas, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

El precio del DUQUE

Enemigos 1

Sarah Worth

«No hay encanto comparable a la ternura del corazón».

Jane Austen, Emma.

Sinopsis

La venganza es un plato que se sirve frío… y hay un duque listo para darse un festín.

En 1820, Londres brilla con sus bailes y promesas, hasta que **Adrian Harrington, duque de Ravenscourt**, regresa de Boston con una mirada de hielo y un humor sombrío. El destino le ha entregado un título y una fortuna, aunque no consigue aplacar la ira que siente por haberlo perdido todo a causa de su enemigo.

Cuando la señorita **Elspeth Sinclair** llega desde Escocia para disfrutar de la temporada, lo último que espera es reencontrarse con el antiguo amigo de su hermano. Mucho menos se imagina que se convertirá en el simple capricho de un hombre roto que no ve más allá de seducirla para ajustar cuentas con el pasado.

Pero la dama no ha viajado a Londres para convertirse en una víctima. Y si Adrian cree que puede jugar con una Sinclair sin pagar el precio, está a punto de descubrir lo peligroso que es tentar a una mujer que no se

doblega. Porque seducirla tal vez sea fácil. **Lo difícil será decidir si quiere seguir viviendo del odio o rendirse a un amor capaz de salvarlo.**

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Epílogo
No te pierdas la siguiente historia
«El escocés de la dama»
Sobre la autora y la historia

Prólogo

Londres, 1815.

La noche se había empeñado en perfumar Londres con humo de carbón y promesas baratas. El barrio de Covent Garden bullía aunque ya pasaba de la medianoche, y las ruedas de los carruajes levantaban un barro fino que se pegaba a los bajos de los abrigos con la misma facilidad con la que la ciudad se deleitaba con los vicios.

Lord Adrian Harrington, segundo hijo del duque de Ravenscourt, no era un hombre serio o severo como su padre, ni pretendía parecerlo. Había nacido para disfrutar y a eso se dedicaba la mayor parte del tiempo. Tenía veinte años y una seguridad insolente que le sobraba para los salones y le faltaba para la vida. Esa temporada estaba siendo perfecta porque había mucho dinero que gastar, risas, aventuras, carreras, apuestas… Estaba en el mejor punto de toda su existencia y él lo sabía.

Había pasado la tarde en Angel's, un club donde el brandy corría sin freno y las deudas cambiaban de dueño con un simple gesto. Había apostado más de lo sensato y ganado menos de lo necesario y, aun así, había salido lleno de satisfacción, con la cabeza alta y el paso algo menos firme debido a la bebida. No era invencible, pero casi, porque la soberbia tenía una forma elegante de hacer de bastón y Adrian se apoyaba en ella cada día. ¿Y qué, si él era arrogante en exceso? Era el puñetero repuesto de un duque. Eso le valía para no hacerse cargo de las obligaciones y sí para gozar con plenitud de todos los excesos que quisiese darse. Al no ser el heredero tenía mayor libertad que su hermano mayor.

Al cruzar Pall Mall Street y dejar atrás St. James, el aire frío le despejó un poco la cabeza, aunque tal vez no lo bastante.

—Adrian, te lo suplico… —había intentado advertirle su madre esa mañana, con la prudencia de alguien que veía llegar el desastre y no poseía la suficiente autoridad para impedirlo.

Adrian había zanjado la cuestión con la duquesa con un movimiento seco de la mano. Un gesto que destilaba prisa y arrogancia, y que tanto desesperaba a su padre.

En su familia solo se le temía al duque y su padre estaba demasiado ocupado instruyendo a su hermano mayor como para prestarle atención a Adrian. ¡Qué bendición! No solía perder el tiempo suplicando porque no le hacía falta. Se había acostumbrado a que nadie se preocupase por él y eso era un claro sinónimo de libertad. Aquella tarde, de alguna manera, su madre se había enterado de sus planes y trató de interponerse en su

camino. Al principio, se limitó a sonreírle, y la duquesa le dijo, sin levantar la voz, que terminaría rompiéndose los dientes con su propia sonrisa. Él se había reído más, porque reír era más fácil que admitir que empezaba a cansarse de sí mismo y que necesitaba un cambio. Luego había llegado la discusión más cruda que él cortó de inmediato.

Así pues, esa noche, no iba a ver a un corredor de apuestas ni a encontrarse con un amigo en una mesa de juego. De hecho, eso ya lo acababa de hacer. Tampoco iba a perseguir a una mujer por mero capricho. Iba a pedirle matrimonio a la mujer de la que se había enamorado. Ese era el cambio que tanto necesitaba.

La idea, a su madre, le había parecido una locura. A él no.

Se llamaba Genevieve Hartley. Una gran actriz. En los carteles, Genevieve era la «señorita Hartley», con letras grandes. En la intimidad de la habitación en la que se amaban era una mujer de carne y puro nervio, con una risa que le había hecho olvidar a Adrian que el mundo era cruel. Él había empezado buscándola por puro placer, para convertirla en su amante porque era lo más hermoso que alguna vez había visto. Había acabado rendido, arrodillado de una forma que no se parecía en nada a la cortesía. Estaba loco por ella.

Había jurado que sería suya para siempre y que iría vestida de sedas y enjoyada. Para cumplir con esa promesa solo cabía hacer una cosa: darle su apellido. Casarse con una mujer de fuera de su círculo implicaría desafiar a toda su familia, incluido al duque, y lo haría, le plantaría cara incluso al mismísimo diablo si hacía falta.

En el bolsillo interior de su chaqueta llevaba una cajita pequeña que le había costado más de lo que debía. No era una joya digna de una duquesa, y Adrian tampoco lo ignoraba. Lo que pretendía era otra cosa. Quería que Genevieve entendiera que estaba dispuesto a todo por ella.

Al llegar a la casa, subió las escaleras sin esperar a que la doncella lo anunciara. Lo conocían. Lo conocían demasiado. Eso pensó mientras mantenía una sonrisa torcida en el rostro.

Al final del pasillo, una puerta entreabierta dejaba escapar una luz de vela y voces bajas. Adrian se detuvo un instante y notó una punzada extraña bajo el esternón, un aviso que se habría tomado en serio de no haber tenido el orgullo por encima del corazón.

Entró sin anunciarse. La escena no necesitaba explicaciones. Genevieve estaba de pie junto a la ventana, con el cabello suelto sobre los hombros. Tenía las manos en el pecho de un hombre al que Adrian conocía desde la infancia. No era ningún desconocido, tampoco un actor de segunda fila, ni un aristócrata aburrido con dinero sobrante.

Era un escocés llamado Malcolm Sinclair. Su mejor amigo. Sinclair tenía la boca pegada a la de ella con una familiaridad que dolía de ver. Genevieve se separó un instante, respiró, y volvió a inclinarse hacia él. Sin prisa ni culpa visible.

A Adrian le pareció oír un crujido. No. Tardó un segundo en comprender que no había sido la madera del suelo, sino algo dentro de él que se había roto.

—Vaya… —dijo, y su voz no se le quebró en absoluto.

Genevieve se giró. La sangre se le fue de la cara.

—Adrian… —susurró, y el nombre sonó a súplica.

Malcolm no retrocedió. Ni siquiera se llevó la mano al bolsillo, donde guardaba su propia pistola de reuniones poco recomendables. Se quedó quieto, con una calma que a Adrian siempre le había parecido admirable pero que en esos instantes la sentía como una gran ofensa.

—Adrian, déjame explicarte… —empezó Malcolm.

—No —lo cortó. El segundo hijo del duque dio un paso, luego otro, y la cajita dentro de su chaqueta comenzó a pesarle—. No tienes nada que explicarme.

—Te lo ruego… —Genevieve se adelantó, con los ojos brillantes—. No es lo que crees.

Adrian soltó una carcajada seca carente de humor.

—Eso es lo magnífico, Genevieve. Que sí es lo que creo. Ni siquiera tú eres tan buena actriz como para convencerme de lo contrario.

La mirada de Malcolm se endureció apenas.

—Esto es por tu bien, amigo mío —trató de razonar el escocés.

—¿Amigo? —inquirió con los ojos como platos.

—Siempre seré tu amigo y si te calmases podría explicarte que…

—¡Basta! —gruñó.

Adrian notó, con una lucidez repentina, que alguien le había advertido sobre Sinclair. Se acordó de las risas en una mesa de cartas, de murmullos sobre ese escocés del que decían que no era de fiar, y varias frases que Adrian había desechado por fidelidad.

Había defendido a Malcolm. Lo había defendido con la misma vehemencia con la que ahora deseaba partirle la cara y esa era su recompensa. La traición más extrema.

—Si no te calmas, te arrepentirás de esto…

—¡Yo no quería! —habló la actriz—. Te juro que no pretendía besarlo.

—Silencio, querida —le habló con frialdad el hijo del duque—. Esto ya no es de tu incumbencia. Sinclair y yo lo arreglaremos. ¿Te rompo ya la nariz o prefieres algo más elegante?

—Me ves y me condenas, Adrian. ¿Eso es todo lo que significa para ti nuestra amistad?

—Todo vínculo entre nosotros está roto. Decide lo que va a ser. Puños, aquí y ahora o….

El escocés apretó los dientes, y fue un milagro que no se le saltase ninguno.

—Me voy. Hablaremos cuando estés en tus cabales, sospecho que pese a que no tartamudees, en tus venas debe correr más alcohol del que hay en las destilerías de mi familia.

Adrian dio un paso al frente para cortarle la retirada al escocés y Genevieve se interpuso, temblorosa entre ambos.

—Por favor… Por favor, Adrian. No hagas una estupidez. No ha significado nada. Ha sido solo un beso.

—Quítate de mi camino, Genevieve.

Ella no se movió. Adrian no la apartó con brusquedad, porque todavía le quedaba un resto de caballerosidad, un rescoldo miserable que no sabía dónde colocar. La bordeó, dejando atrás el olor a perfume y a traición, y se plantó ante Malcolm.

—No pienso pelear contigo por una mujer, Adrian.

—Te desafío —le dijo el hijo del duque con rabia.

Genevieve lanzó un sollozo.

—No, no…

Malcolm respiró hondo, más lento de lo necesario.

—Adrian…

—Mañana al alba. —El inglés no le permitió seguir. El licor ingerido esa noche le daba una valentía estúpida y un filo sin compasión—. Lleva a tu testigo. Yo llevaré al mío.

—No voy a dispararte —dijo Malcolm, con una firmeza que habría sido noble en otro contexto—. No por esto.

Adrian se inclinó un poco, lo bastante para que el escocés oliera el brandy.

—Yo sí. —A continuación, el inglés se dio media vuelta, miró a la actriz y le dijo—: Doy por rota toda nuestra relación. No esperes ningún obsequio como despedida. La traición no se recompensa.

Ella se echó a llorar. Aunque el corazón le dolió, él no se permitió flaquear. Comenzó a caminar hacia la puerta de salida.

—¿Vas a romper nuestra amistad después de tantos años por un beso que no ha significado nada, Adrian? —preguntó enfurecido el escocés.

—Si nuestra amistad hubiese significado algo, no la habrías comprometido con un beso, Sinclair. Estás muerto para mí y mañana lo estarás de verdad —le dijo por encima del hombro.

Entonces salió de la casa de la mujer a la que había pensado en convertir en su esposa, por la que habría

sacrificado a su familia y su reputación. La calle le recibió con un viento húmedo que se le metió bajo la ropa. No sintió frío en absoluto, estaba demasiado lleno de ira como para detenerse a pensar en otra cosa que no fuesen sus ansias de venganza.

Cuando Adrian llegó a su casa envió una nota a un caballero que había conocido horas antes de la gran catástrofe para que acudiese al duelo con él. Lo consideró un tipo adecuado y no se lo pensó dos veces. Acto seguido se encerró con varias botellas de whisky en su alcoba. Lamentó que el licor procediese de las bodegas del padre de un traidor y de que fuese tan excelente. No en vano, los Sinclair habían hecho una gran fortuna con las destilerías escocesas. No durmió, la rabia lo consumía y la traición le pesaba.

Y con whisky embotándole los sentidos, el dolor creciendo en su interior y la furia cegándolo, llegó la hora de la verdad.

El amanecer encontró Battersea Fields cubierto de bruma. En el otro lado del río, Londres seguía allí, civilizado e indiferente, con su perfil oscuro y sus chimeneas humeantes tiñendo el amanecer. A esa hora, el campo parecía un lugar donde las leyes se volvían borrosas y los pecados se resolvían con pólvora.

Adrian llegó con el abrigo cerrado hasta el cuello, la mandíbula tensa y demasiado alcohol en las venas, pero no tanto como para privarlo de la satisfacción. El testigo, un caballero silencioso cuyo nombre no recordaría al día siguiente, caminaba a su lado con una palidez preocupante. Un cirujano, convocado con discreción, les esperaba unos pasos más atrás, miraba el suelo con resignación.

Malcolm apareció poco después. No iba solo. Su testigo, más serio, evitó mirar a Adrian a los ojos. Malcolm, en cambio, lo miró de frente. No había arrogancia en él, ni miedo. Eso enfureció a Adrian todavía más.

—¿Sigues ebrio, Adrian?

—No lo suficiente como para olvidar la traición. Eres un bastardo, Sinclair, y pronto te reunirás con Satanás. Te abrazará como a un hermano.

—Por la amistad que nos une y que tan poco significa para ti, te diré que lo que viste anoche…

—¡No! —gritó con fuerza—. No te atrevas a tratar de justificar la traición. ¡Ten dignidad! Eres un bastardo escocés que mancilla el mismo aire que yo respiro.

Malcolm, que llevaba la pistola en la mano al igual que Adrian, apretó los dedos con fuerza sobre el arma, sin levantarla.

—No voy a disparar.

Adrian esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Defiéndete o muere siendo un cobarde.

Se colocaron. Los testigos midieron los pasos. El cirujano abrió su maletín.

La bruma se pegaba al pelo, a las pestañas, y enfriaba la piel de los adversarios. Adrian notaba el latido en

la sien. Sentía también, muy en el fondo, la parte de sí mismo que quería echar a correr. No lo haría.

—A la señal —dijo el testigo del hijo del duque.

Adrian levantó la pistola.

La mano le tembló un instante. Se obligó a fijar la muñeca. Pensó en Genevieve, en su risa, en su promesa de amor y luego llegó el recuerdo nítido del beso que había visto. La rabia lo consumió todavía más.

Y disparó.

El sonido de la detonación se tragó el silencio sin compasión. Un segundo después, Malcolm se dobló hacia delante. La pistola se le escapó de los dedos y cayó al barro sin que él se diera cuenta. Se llevó la mano al costado, justo bajo las costillas, y la retiró manchada de rojo.

Adrian se quedó inmóvil. Algo en su interior se abría paso y no lograba identificar lo que era. Había imaginado muchas cosas. Gritos, insultos o un balazo limpio en el brazo que le dejara a Malcolm una cicatriz de por vida. Incluso había imaginado un final que justificara su ira. Lo que vio fue a un hombre tambaleándose, con la cara sin color, buscando aire.

—¡Demonios! —murmuró alguien.

El cirujano corrió hacia el escocés. El testigo de su rival se abalanzó también, con el miedo ya sin disfraz. Adrian dio un paso, luego otro, sin saber qué pretendía

hacer. No había satisfacción por ninguna parte. Solo un hueco extraño.

—No… —susurró Malcolm, con una voz apenas audible. No parecía una acusación, sí un ruego—. Lo siento…

Adrian no respondió. No le salió ninguna palabra digna. Sintió una gran arcada en la garganta. Se apartó mientras los demás intentaban contener la sangre. Malcolm apretaba los dientes y respiraba a tirones. El cirujano daba instrucciones cortas, rápidas. Alguien buscó un carruaje.

Él miró la pistola en su mano, el metal frío, y sintió que se había convertido en otra persona sin haberlo decidido. Era como si estuviese viviendo una especie de pesadilla.

Adrian no supo cómo ni quién lo llevó de regreso a su casa. Seguía esperando a que Genevieve lo despertase y que al abrir los ojos ella estuviese sonriendo, complacida porque iba a convertirse en su esposa.

Aquello no iba a suceder, y lo que era todavía peor, la noticia de su hazaña con Sinclair llegó a Ravenscourt Manor antes de que Adrian pudiera mentirse lo suficiente para dormir. Como era lógico, su padre lo convocó en su despacho.

Su Gracia estaba de pie junto a la chimenea, con un papel en la mano y la expresión de un hombre que había agotado la paciencia. Cuando Adrian entró, aún podía oler la pólvora. Su madre no estaba.

—¿Qué has hecho? —preguntó el duque con hostilidad.

Adrian tragó saliva con muchísima dificultad. Comenzaba a comprender el motivo por el que toda su familia y buena parte de la sociedad londinense temía al duque de Ravenscourt. El orgullo quiso asomarse, pero no llegó a salir del todo.

—Actuar para defenderme de una traición, padre.

El duque lo miró con atención.

—Has disparado a un hombre en Battersea Fields —replicó su padre—. No hay nada heroico ni digno de admiración en una acción como esa, Adrian.

—¿Está vivo? —preguntó, y odió el temblor que escuchó en su propia voz.

El duque lo miró durante un largo rato. Había en su mirada un exceso de decepción que lo irritó.

—Por tu bien, espero que sí. He tomado una decisión. Se acabó, Adrian.

—Padre… —murmuró sin saber lo que pretendía decir exactamente.

—Escúchame. —El duque cortó el intento con una calma helada—. No voy a permitir que trates de matar a nadie más aquí, ni que te mates tú mismo. Tampoco arrastrarás a esta familia a esa locura que te motiva cada día cuando te levantas. Has convertido tu nombre en una

burla, y eso es lo de menos. Lo que me importa es que eres un peligro para todos los que te rodean, incluida tu hermana Honoria.

Adrian notó de nuevo que la rabia rugía en su interior.

—Sinclair es quien…

—No me importa —lo frenó de inmediato—. He tolerado demasiado tus vicios. Y no han sido pocos, Adrian. Licor, apuestas y mujeres. Lo cortés es decantarse por uno, no por los tres a la vez. Me has costado una fortuna y ahora que está en juego la reputación de toda la familia tengo que hacer algo al respecto. La vida de un hombre, de tu mejor amigo, Adrian, corre peligro. Eso me indica que ya no puedes caer más bajo.

—¿Me llevará a Newgate, padre? —se burló. Era más fácil caer en la ironía que afrontar sus propios actos.

El duque dejó la carta sobre la mesa.

—No habrá prisión para ti. Irás a Boston. —La palabra cayó como una sentencia—. Zarparás en cuanto se pueda organizar. Allí hay hombres de negocios que me deben favores, y un entorno que no aplaudirá tus tonterías. Trabajarás, aprenderás a ser un hombre de provecho y, si es posible, te limpiarás la sangre de las manos.

Adrian apretó los puños.

—¿Me destierra?

—Te salvo —lo corrigió su padre, y por fin asomó algo de emoción—. O lo intento.

Adrian quiso decirle que no necesitaba ser salvado, necesitaba hacerle comprender que él había hecho justicia, que Malcolm Sinclair merecía lo que había provocado por su traición.

No dijo nada. Conocía demasiado bien a su padre como para saber que justificarse no le serviría. Otro pecado que atribuirle al maldito escocés. Iban a repudiarlo y a mandarlo al otro lado del mundo.

—No puedes enviar lejos a mi hermano —dijo una voz.

El duque y Adrian observaron cómo el gran cortinón de detrás se movió para dejar paso a una bonita y risueña joven que salió disparada para echarse en los brazos de Adrian.

Él la abrazó sin reparos y lamentó que hubiese escuchado la conversación.

—¿Qué haces aquí, Honoria? —la interrogó su padre.

—Él no pretendía hacerle daño a nadie, y menos a su mejor amigo, padre. Seguro que todo el rumor es un error. Madre lo dice. La culpa es de alguien llamado Genevieve. Manda a esa amante a Boston. Mi hermano no se irá. —Ella había escuchado a escondidas algunas cosas que no acababa de entender sobre su hermano y una actriz.

El duque se cuadró. Y miró con fijación a su hijo.

—¿Estás contento, Adrian? Tu hermana ha tenido que enterarse de tus pecados. De todos ellos. No solo has conseguido hacerle daño al hijo de un gran amigo mío, alguien que yo creí que era importante para ti. Has tenido que hacer que tu hermana se entere de cosas impropias. ¿Es así cómo quieres ser recordado en esta familia?

—Soy solo un reemplazo, padre. Nunca pensé que mis acciones tuviesen algún valor para usted.

—Honoria, ve a buscar a tu madre de inmediato. Olvidarás lo que has escuchado aquí y jamás se lo repetirás a nadie.

La joven, que ya estaba llorando, vio a su padre y antes de tratar de oponerse, se dio cuenta de que la frialdad del duque no era la misma de siempre. Su buen juicio la obligó a salir de allí sin discutir.

La puerta se volvió a cerrar cuando Honoria se marchó del despacho.

—Si me destierra a Boston lo aceptaré porque Dios mismo sabe que con usted no se puede ni tratar de discutir, pero le juro por mi honor que no volveré jamás.

—¿Honor, Adrian? Tú no sabes lo que es eso. Sospecho bien lo que ha podido desencadenar la infamia que has llevado a cabo. Deberías estar avergonzado. ¿Una actriz? ¿Todo esto por la mujer que te calienta la cama?

Dio medio paso hacia el duque y apretó los puños.

—Cuidado, padre.

—¿O qué, Adrian? —Miró a su hijo con desdén—. ¿Me retarás a duelo? ¿Tratarás de que tu madre se convierta en viuda? ¿¡Así es como arregla un problema un hombre!? —gritó. El duque jamás gritaba—. ¡Eres mi hijo, Adrian, y no volverás a mancillar mi apellido! —ladró de nuevo.

—Se lo diré. Esa mujer de la que ha hablado es la única a la que he amado y amaré jamás. Ese amigo al que yo tanto he querido me la arrebató y ahora me quita mi derecho de nacimiento…

—¡No es tu maldito derecho de nacimiento gastar mi dinero, acostarte con prostitutas y retar a duelo a nadie! —gritó de nuevo.

—Y esa ha sido su última palabra. Me iré a Boston. —Se colocó frente al duque y levantó el mentón—. Al infierno con su linaje y al infierno con usted, padre.

Luego se dio media vuelta y comenzó a dirigirse hacia la salida.

—Algún día comprenderás el coste de tus acciones y cuando eso ocurra te arrepentirás, Adrian.

—He perdido a la única mujer que he querido. Lo demás no me importa —le dijo antes de emprender la retirada.

Y, cuando salió del despacho con la orden de cruzar el Atlántico, no pensó en su padre ni en su hermana. Recordó los buenos momentos compartidos con una mujer que tan feliz lo había hecho y también en el beso que lo había humillado. Después vio a Malcolm Sinclair doblándose sobre la hierba empapada. La ira lo seguía corroyendo por dentro. La venganza, comprendió con un sabor amargo, no lo había satisfecho. Solo había provocado un hambre nueva que amenazaba con consumirlo sin piedad.

Lord Adrian James Harrington decidió marcharse a Boston sabiendo que algún día lograría vengarse del falso amigo que se lo había arrebatado todo.

Capítulo 1

Londres, 1820.

La señorita Elspeth Sinclair era una escocesa muy particular. Llevaba dos semanas en Londres y ya se le habían agotado las ganas de fingir entusiasmo. La ciudad relucía con la facilidad de una joya falsa, brillante por fuera y hueca por dentro. Había humedad en los adoquines, humo en el aire y un desfile constante de carruajes que parecían empeñados en recordarle a todo el mundo que allí no se andaba si podía evitarse.

Tenía veintitrés años y su paciencia se agotaba dentro de los salones de baile con una facilidad alarmante. Desde los diecisiete había sido huérfana y, en lugar de permitirse la desgracia, había trabajado. Tuvo que ayudar a su hermano Malcolm a sostener la destilería que sus padres les legaron y que estaba cerca de Edimburgo. La meta era que la fortuna familiar no menguase. Le demostró a su tirano hermano que estaba a la altura de las circunstancias y lo había hecho porque el negocio debía seguir en pie y alguien tenía que ocuparse de lo que importaba cuando

nadie aplaudía. Oh, los sassenach y sus ganas de aplaudir tonterías…

El premio a esos años de dedicación llegó con la misma delicadeza que un golpe en la espalda que un caballero fornido le daría a otro que lo era más. Malcolm, que no era conocido por su gran paciencia tampoco, decidió enviarla a Londres. Quería verla casada. Quería, también, sacarla de su propia órbita. ¡Hermanos traidores y desagradecidos! Elspeth sospechaba que a su hermano le incomodaba saber que era imprescindible para los engranajes de la destilería y que estaba poco dispuesta a convertirse en una figura decorativa.

Su hermano había tratado de jugar a ser un gran casamentero sin tener ni idea de lo que ella deseaba en un compañero. Uno de los grandes elegidos para desposarla, él último de la lista, fue un buen amigo de Malcolm, escocés, que a Elspeth le provocó un rechazo absoluto desde el primer instante. No por una cuestión de carácter compatible o de malas formas aisladas, sino de intenciones. Aquel hombre con quien su hermano pretendía emparejarla no miraba a Elspeth como a una mujer con buen criterio, sino como a un cuerpo disponible. Y eso no le resultaría halagador a ninguna mujer. Elspeth lo había rechazado sin miramientos, y esa negativa fulminante fue suficiente para que Malcolm concluyera que Londres le haría abrir los ojos de una vez. Ella no era estúpida. Sabía que su hermano había ejercido todo su control para obligarla a marcharse porque esperaba que ella regresase a casa más mansa que una oveja lista para esquilar.

Malcolm era consciente de que ella prefería un escocés auténtico antes que a cualquier sassenach débil o frío como un pescado. Su hermano no comprendió que el

que le eligió era demasiado fuerte, arrogante y lascivo para ella.

¡Dios librase a las mujeres de los hermanos bienintencionados que lo rompían todo a su paso como si fuesen elefantes!

Así que el hombre que había decidido que Elspeth tenía que casarse, la envió a casa de su buena amiga lady Honoria Harrington. La única inglesa que ella toleraba. Bueno, en realidad la quería como si fuese su propia hermana. La relación entre la escocesa y Honoria había sobrevivido a cosas que nadie les había explicado del todo. Algo ocurrió entre sus familias años atrás; un revés, una fricción, una herida social que Malcolm había preferido guardar bajo llave. Aun así, la amistad se mantuvo. Y cuando Malcolm pidió que Elspeth pasara la temporada bajo aquel techo, Honoria y su madre la aceptaron.

Durante esas dos semanas que llevaba en la ciudad se sucedieron compras, bailes, recitales de piano y una cadena interminable de actos correctos que se parecían demasiado unos a otros. Elspeth asistía, sonreía lo imprescindible y se dejaba conducir por salas llenas de conversaciones que no terminaban de interesarle. Le costaba no comparar la utilidad de un día en la destilería con la inutilidad elegante de una tarde dedicada a comentar muselinas y rumores. Allí, en Edimburgo, cada decisión era crucial. En Londres, las preocupaciones eran las columnas de chismes en los periódicos.

No era ingrata. Honoria se había esforzado por hacerla sentir bienvenida, por mostrarle la ciudad y distraerla del propósito evidente. Elspeth no quería defraudarla. Por eso no se permitió el desplante ni la queja

constante. Se tragó el aburrimiento con el mismo aplomo con el que había aprendido a negociar con proveedores y eso era sin darles el gusto de verla ceder.

Cada día se confirmaba lo mismo. Londres no era para ella. Todo brillaba demasiado, sonaba demasiado bien ensayado, y ella provenía de un mundo que tenía más sentido. Jamás encajaría en un lugar así.

No iba a casarse. Lo tenía más que claro y Malcolm tendría que aceptarlo. Sin embargo, allí estaba, instalada en la casa de la duquesa de Ravenscourt, cumpliendo con las formas, asistiendo a la temporada, dejándose ver lo suficiente para que el mercado matrimonial la registrara, pero sin aceptar la idea de convertirse en una pieza de intercambio. Su hermano fallaría en su intento por hacerla regresar a Edimburgo y que aceptase a un escocés de provecho. Tenía ganas de casarse con un inglés solo para que Malcolm tuviese su merecido. Si su bendito hermano pretendía doblegarla, iba a tener que intentarlo con más fuerza.

Y aquella noche, mientras pensaba en lo ruin que era un escocés obstinado, la casa se había quedado en silencio. Elspeth no había logrado conciliar el sueño. No le ocurría a menudo, pero Londres tenía un don particular para convertir la cabeza de una mujer de veintitrés años en todo un ajetreo.

El hambre, en cambio, era una distracción sensata. Estaba hambrienta porque los ingleses comían como pajarillos y ella no quería desentonar. Se encaminó con cuidado en dirección al pasillo, descalza, con un sencillo camisón y una manta ligera echada sobre los hombros. La trenza le caía hacia un lado, húmeda todavía por el cepillado

apresurado después de haberse dado un baño. Llevaba una vela encendida para iluminar el camino.

La cocina olía a carbón apagado y a algo dulce que se resistía a morir. En una bandeja cubierta con un paño encontró el botín. Se trataba de una tarta de melaza a medio empezar, oscura y brillante, con el borde crujiente y el centro tan denso que parecía una promesa para el paladar.

Se sirvió un trozo. Cuando la punta del cuchillo tocó el plato, una voz sonó desde la penumbra:

—He visto asaltos más discretos. También peor elegidos.

Elspeth se giró de golpe. La vela titubeó, pero no se apagó. Tampoco se le cayó el cuchillo; se limitó a apretarlo con más firmeza, por si la ciudad había decidido añadir el crimen a su repertorio.

En el umbral que comunicaba con el pasillo se recortó la figura de un hombre alto, sin camisa, con el cabello negro revuelto y unos pantalones ajustados que no pertenecían a ningún miembro del servicio. Ella lo recordaría si así fuese. Sus ojos captaron la luz con una calma poco apropiada para alguien que se paseaba medio desnudo por una casa en plena noche.

Elspeth lo examinó con rapidez, desde la garganta desnuda hasta la cintura. Tenía un físico trabajado, pero no el tipo de fuerza bruta que ella asociaba con los hombres de su tierra. Era demasiado apuesto, demasiado… limpio en sus facciones. Bonito, incluso. Era de esos ingleses

que parecían haber nacido para que les perdonaran las imprudencias tras mostrar una brillante sonrisa.

—¿Es usted un ladrón o una advertencia contra los ladrones? —preguntó ella, sin elevar la voz.

Él ladeó la cabeza, como si la pregunta le divirtiera.

—Depende. ¿Qué planea hacer con ese cuchillo?

—Cortarle un trozo de tarta a un intruso, no —replicó Elspeth—. Sería un gesto demasiado hospitalario.

—Qué gran decepción, pero me contentaré con que no quiera cortarme otra cosa —dijo, sin estar seguro de si ella comprendería la broma. Tal vez hubiese sido demasiado impertinente.

Elspeth alzó una ceja, despacio.

—Si hubiese querido amenazarle, habría empuñado una sartén. No tiene idea del alcance de una sartén. Es mejor que cortar la carne —apuntó con firmeza.

Él soltó una risa breve, sin perder la prudente distancia que imponía el filo y, quizá, la sorpresa de ver a una… ¿Sería una criada con los modales de una mujer educada? No importaba. Lo que ella fuese en mitad de la noche.

—Sea buena y ofrézcame un trozo de lo que pretende comer. Hay suficiente para los dos.

—No lo creo. Tiene suerte de que no sea una mujer asustadiza y haya comenzado a gritar nada más verle. ¿Se ha perdido usted por el camino o solo extravió la camisa?

—He perdido una parte de mi equipaje —contestó él, con una tranquilidad insolente—. La camisa iba con ese lote.

—Qué desgracia para un hombre que se muestra tan cómodo con su atuendo… Con su falta de atuendo en este caso. Creo que debería gritar ahora mismo.

—No hace falta que grite. Soy bastante inofensivo y lo seguiré siendo si recompensa mi buen comportamiento con ese pedazo de pastel que sigue sin ofrecerme.

—Debo advertirle que sé bien cómo defenderme. No intente nada extraño porque de lo contrario comprobará que no soy ninguna pusilánime.

Él no aceptó la amenaza. Dio un paso hacia la mesa, lo bastante para que la luz le acariciara el perfil. Sus pómulos parecían esculpidos para disgustar a las madres más prudentes. Sus manos, en cambio, no tenían el aspecto blando de un caballero criado entre terciopelos. El detalle irritó a Elspeth más de lo que esperaba, aunque no entendía el motivo. ¿Qué más le daría a ella ese desconocido lleno de arrogancia?

—No la oigo preguntar quién soy —observó él.

—Porque no me ha dado ocasión —replicó ella—. Y porque, si lo hiciera, me diría una mentira. Los hombres que bajan de noche sin camisa suelen mentir con soltura, estoy segura.

—Es una generalización arriesgada. Parece muy impresionada por el estado que presento. ¿Está contenta porque haya perdido mi camisa?

—¿Le han dicho alguna vez que es usted bastante arrogante?

Él le ofreció una sonrisa deslumbrante. De esas que ella odiaba.

—Con mucha frecuencia. Es mi mayor virtud.

—No me cuesta creerlo.

Él la miró con mayor interés. No se la veía impresionada por tenerlo frente a ella de ese modo tan poco civilizado. Era extraño; ninguna mujer lo había desdeñado jamás. Muchas se quedaban sin palabras o tartamudeaban si él decidía premiarlas con una sola mirada. Algunas se desmayaban si esa mirada iba acompañada de una sonrisa. Pero no. La ladrona de pasteles se veía bastante fría.

Los ojos de él descendieron hacia su trenza y luego se fijó en su rostro. La vela le encendía el verde de las pupilas con un destello que no se parecía al de las damas que él había visto en los salones. Su cabello era de un rubio cobrizo extraño, como cobre bajo la luz de invierno.

El hombre pareció decidir, con descaro, que aquel hallazgo merecía atención.

—No es usted de Londres —dijo.

—¿Es censura eso que escucho en su voz?

—Es la verdad. Su acento lo disimula bien, pero sé que es escocesa. No ha practicado demasiado bien si no es capaz de camuflarlo.

—¿Camuflar mi identidad? —preguntó asombrada —. ¿Quién en su sano juicio renegaría de sus propias raíces?

—Tal vez alguien que pretenda encajar —se aventuró él.

—Ya que hablamos de dicción, déjeme decirle que la suya no es inglesa por completo.

—Eso tiene una explicación muy sencilla.

—¿Cuál?

—¿Ya quiere averiguarlo todo de mí, querida?

Ella se envaró. Ahí estaba la prueba más clara de que estaba ante un pícaro.

—Vuelva a referirse a mí sin el debido respeto y lo atacaré sin compasión.

—¿Con el cuchillo o irá a buscar también una sartén? —preguntó burlón.

—Está tentando su suerte. ¿No le han dicho lo que le sucedió a Julio César por subestimar a Cleopatra?

—Un ejemplo algo tortuoso. ¿No lo traicionó la reina de Egipto con uno de los romanos que debían lealtad al César? —Él apoyó una mano en el respaldo de una silla y permaneció de pie. La postura, demasiado segura, le hizo considerar que no era ningún criado. Además, hablaba con demasiada autoridad como para serlo—. ¿Tan fácilmente la he dejado sin palabras?

—En absoluto. Estoy determinando quién diantres podría ser usted.

—¿Quién cree que soy, entonces? —preguntó, con una sonrisa que prometía muchos problemas.

Elspeth lo recorrió con la mirada una vez más, deliberadamente lenta, con la misma crueldad con la que él la había evaluado a ella instantes antes.

—Por la falta de camisa, diría que es usted un lacayo con mala suerte.

—Jamás he llevado librea.

—Eso explica la falta de dignidad —dijo ella, y se llevó el tenedor a los labios con el trocito de tarta—. ¿Me dirá quién es?

La mirada de él se quedó un instante en su boca. Luego volvió a sus ojos.

—¿Y romper la magia de este magistral momento? ¿No tiene miedo de que la delate?

Ella abrió los ojos por completo.

—¿He cometido algún crimen del que no tengo constancia?

—Le está dando un uso indebido a la cocina.

—¿Le escandaliza que una mujer tenga apetito y lo demuestre?

La sonrisa de él se torció. Fue muy socarrona.

—Al contrario, adoro que las mujeres tengan grandes apetitos y pretendan saciarlos.

Ella suspiró con fuerza. Un libertino de tres al cuarto, eso era lo que veía.

—¿Espera que me desmaye por su alusión a la carnalidad?

—¿Está usted muy versada en ese aspecto? —contraatacó él.

—En Escocia no somos tan remilgados como aquí, lo admito. Aunque tenía entendido que en ambos lugares un caballero se tenía que comportar como tal ante

una mujer, sin importar la edad o consideración social de la misma. ¿Está orgulloso de su falta de etiqueta?

—¿Quién le ha dicho que soy un caballero?

—¿Qué es entonces?

—El diablo, por supuesto.

—¿Disculpe?

—Me he materializado en mitad de la noche solo para tentarla.

Elspeth dejó el tenedor en el plato con un golpe suave.

—Más parece un fantasma desdichado y perdido que lo que asegura ser —dijo ella con marcado acento escocés.

Él pareció disfrutar de su salida de tono.

—¿Es así como muestra usted sus modales? Tenía entendido que las damas, tanto aquí como en Escocia, tenían por norma general comportarse como tal.

—¿Espera que le pregunte quién le ha dicho que soy una dama? —resolvió ella.

—Dígame su nombre, pues.

—No —respondió ella, con una calma impecable.

—¿Por qué? ¿Me teme?

Le tocó el turno a ella de sonreírle de modo socarrón.

—¿A un fantasma angustiado y perdido? ¿Por qué clase de escocesa me ha tomado usted?

—Supongo que sería una vergüenza para los suyos si se amedrentase con facilidad. ¿Me equivoco?

El hombre inclinó la cabeza, concediéndole el punto.

—¿Ha conocido a muchos escoceses para llegar a tal deducción?

—De acuerdo, me rindo. Sin nombres. Enterremos el hacha de guerra.

—¿Ya se da por vencido?

—Si con eso logro que baje la guardia y me dé un pedazo de pastel, lo admitiré encantado.

—¿Qué hace en la cocina? Creo que no sabía ni que bajo el trapo había un delicioso dulce.

—He venido a beber agua.

—Qué excusa tan virtuosa para alguien que estoy segura de que no lo es. —Elspeth partió otro trozo, más

pequeño que el anterior, y lo sostuvo en el aire—. Puede elegir, ¿agua o melaza?

Él la miró, divertido. Era bastante guerrera. Luego cogió el trocito que le ofrecía con los dedos, sin prisa, y lo probó. El gesto tuvo algo deliberadamente íntimo para una cocina oscura y dos desconocidos.

—Está buena —admitió.

—Lo sé.

—Qué seguridad.

—No tanta como la suya —dijo ella, cortante.

Él sonrió, y en esa sonrisa se deslizó algo menos ligero, un interés agudo que a Elspeth no le gustó… y que, por alguna razón, no la asustó.

Él dio otro paso y se quedó al borde de la luz. Elspeth no retrocedió. Tampoco adelantó el cuchillo. Lo mantuvo donde estaba, como un recordatorio discreto.

—Si fuese prudente —dijo él, más bajo—, se iría a su habitación ahora mismo.

Elspeth alzó el mentón.

—Y si usted fuese prudente, tendría cuidado conmigo.

—Las malas decisiones me han llevado lejos.

—Le han debido traer aquí —apostilló ella—. A una casa por la que no debería vagar.

Él no respondió de inmediato. La observó con atención, como si intentara descifrarla. Ella se dio cuenta del escrutinio y se negó a ponerse nerviosa.

—Definitivamente no parece usted una criada… ¿Quién es? —murmuró al fin.

Elspeth sonrió, apenas.

—Usted sí parece un inglés debilucho.

La chispa en los ojos de él fue inmediata.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Elspeth levantó la vela un poco, obligándole a entrar en la claridad por completo—. Es usted demasiado… bonito para el trabajo duro.

—Me halaga.

—No pretendía hacerlo.

—Lo sé, pero me temo que lo ha hecho de todos modos.

Elspeth cortó un último trozo y lo dejó en su propio plato. No pensaba darle más. La generosidad tenía límites y el descaro, también.

—Debería irse —dijo la escocesa—. Antes de que alguien le encuentre y la casa decida explicar su presencia. Sería una conversación incómoda.

Él la miró un segundo más, lentamente, como si memorizara el color de sus ojos. Se acercó a ella.

—Entonces haré lo que me pide la dama sin nombre —concedió—. Pero antes, me llevaré algo.

—Ya ha tenido más pastel del que debería.

—No es eso. Quiero otro capricho más… dulce.

Elspeth no era ninguna ingenua. Con un hermano como Malcolm no podía serlo. Alzó el cuchillo, apenas un palmo, un recordatorio.

—Los caprichos nocturnos suelen acabar con sangre.

—No pienso herirla.

—Usted no, pero tal vez yo sí lo haga.

Él no contestó con una frase ingeniosa. A la escocesa, esa ausencia de réplica le resultó más peligrosa que cualquier provocación. Levantó una mano, despacio, y Elspeth pensó en apartarla con el cuchillo, en hacerle retroceder. No llegó a ocurrir nada como eso.

El desconocido le rozó el mentón con los nudillos, un gesto ligero y descarado, y antes de que Elspeth

decidiera cuál de todas sus reacciones sería la más apropiada para una Sinclair, él se inclinó y la besó.

Fue un beso muy audaz. La saboreó un instante, lo justo para dejarle el sabor a melaza mezclado con algo más áspero y cálido. Elspeth se quedó inmóvil por pura sorpresa; después la ira se le subió de golpe a la cabeza, inmediata y punzante.

Le empujó el pecho con la palma abierta.

—¡Está usted loco!

Él retrocedió un paso, sin perder esa calma que parecía más un vicio que otra cosa.

—Puede ser. Pero me considero benevolente; así que le diré que como sé que ese beso que le he dado le habrá sabido a poco, no dude en reclamarme más cuando tenga… hambre y no haya pastel. Buenas noches.

La señorita Sinclair estaba tan aturdida que no logró encontrar una réplica mordaz. Lo vio darse la vuelta y salir de la cocina, pero no sin antes guiñarle un ojo. Entonces se llevó la mano a los labios. No entendía lo que acababa de suceder. Notaba el corazón golpeándole con fuerza contra el pecho, como si el cuerpo protestara por un estúpido beso que ella no había disfrutado en absoluto. ¡No lo había disfrutado debido a la brevedad!

Maldición. Ese debilucho bonito había logrado que ella pensase precisamente en que el maldito beso le había sabido a poco.

Gruñó y él la debió escuchar, porque medio segundo más tarde se oyó una risa que hizo que la escocesa apretase los dientes con fuerza.

Lo que acababa de ocurrir era que Londres había dejado de aburrirla. Y ella no estaba segura de si aquello sería bueno, porque sabía muy bien quién era el pícaro descarado que se paseaba sin camisa por aquella gran mansión. El nuevo duque de Ravenscourt había regresado por fin a casa. Tenía que ser el hermano de Honoria, no quedaba otra explicación que justificase aquel atrevimiento.

¡Maldición!

Capítulo 2

El recién llegado duque de Ravenscourt, Adrian James Harrington, la había seguido desde que divisó aquella sombra y supo quién era ella incluso antes de que abriese la boca. No por el rubio cobrizo extraño de su pelo, ni por el modo en que se movía descalza, sin hacer ruido, era porque parecía la dueña de su casa. Esa seguridad le resultaba familiar. La reconoció por la mirada. Ese verde desafiante era exactamente el mismo que el de Malcolm Sinclair.

Había desembarcado en Londres en plena noche, envuelto en una discreción de lo más agradecida para un duque que por fin regresaba a sus raíces. No deseaba molestar a nadie; tampoco soportaba la idea de ver las luces encendidas por su culpa. Cinco años atrás, había salido de allí prometiendo que no volvería, y la promesa se rompió por la lealtad hacia su hermana Honoria.

Boston lo había recibido sin afecto. No se lo esperaba. Su padre había movido hilos para que no acabara arruinándose en un muelle, pero tampoco lo envió como un príncipe exiliado. Adrian trabajó en una casa mercantil con conexiones británicas, aprendió a medir el mundo con

números y plazos, a leer la letra pequeña de los contratos, a vigilar cargamentos que llegaban tarde y a discutir tarifas sin elevar la voz. Se le fue quitando la soberbia a fuerza de madrugadas y de manos entumecidas por el frío del puerto. A ratos, aquella vida le hizo bien. A ratos, lo dejaba vacío. La realidad era que había aprendido a contentarse.

Entonces todo se tambaleó. La noticia llegó a Boston con verdadera crueldad. Primero su hermano mayor. Después su padre. Una enfermedad los había barrido del mapa y de la línea sucesoria con una facilidad brutal, porque la muerte no distinguía entre un duque y un mozo de cuadra. Adrian sintió un dolor que lo partió en dos. El destino le había arrebatado lo único que aún podía arreglarse. Nunca habría un perdón. Jamás habría una conversación sin el veneno del orgullo por medio. No podría demostrarle a su padre cuánto había cambiado. El duque se había marchado creyendo que él no valía nada. Y, aun así, el título cayó sobre Adrian, pesado, inevitable e injusto en su propia lógica. Se convirtió en el nuevo duque de Ravenscourt sin haberlo deseado.

En el fondo, se sintió indigno de regresar. La promesa que había escupido en aquel despacho no le pareció un arrebato juvenil, sino un juramento. Y los Harrington podían ser muchas cosas, pero no solían permitir que un juramento se rompiera a la ligera.

Su madre le escribió. Una carta larga, con tintes militares, cargada de obligaciones y de miedo, de súplicas envueltas en palabras suaves. Adrian la leyó más de una vez. No respondió. Le pareció que contestar sería como abrir una grieta por la que se colaría todo lo que llevaba años manteniendo a raya. Después llegó una misiva de Honoria, más directa y feroz en su afecto y él ya no pudo

fingir que no las oía desde Boston. Su hermana no le pedía explicaciones, le imploraba que regresase. Y eso le dobló la voluntad de inmediato.

Por eso se alegraba de haber puesto un pie en Londres en plena noche. Por eso cruzó el umbral sin anunciarse y caminó como un fantasma —tal y como había señalado esa fiera de cabello cobrizo— por los pasillos que olían a cera, a madera antigua y a recuerdos que seguían doliendo como el primer día. Entrar en su viejo hogar reavivó el pasado como una llama hambrienta.

Y entonces la vio deambulando por sus dominios. La siguió sin saber bien el motivo. Una escocesa, y no una cualquiera. Una Sinclair ataviada con un sencillo camisón blanco de algodón, con la trenza caída a un lado, apropiándose de un trozo de dulce con la misma determinación con la que su hermano se había apropiado de su mundo. Era una verdadera tentación. Lo miró de un modo desafiante y lúcido. Lo cierto era que lo había dejado impresionado. No debería estar extrañado. La determinación de Malcolm lo atrajo como una polilla a la luz cuando lo vio por primera vez. Fue muy sencillo convertirse en el mejor amigo de un escocés que lo había traicionado sin arrepentimiento y que se lo había quitado todo. Su hermana también compartía ese rasgo con él. Lástima que no fuese una arpía con el rostro lleno de verrugas. Era bonita. Demasiado ardiente y con la lengua muy afilada. Tal vez más que el cuchillo que no dejó de exhibir.

¿Cuál era el nombre de aquella niña que a los once años declaró que se casaría con él sin pudor? ¿Elisabeth? No. Demasiado inglés. ¡Elspeth! Eso era.

Él había besado a la hermana de su némesis. Adrian sintió aquel impulso con una violencia extrema. Fue un capricho no planeado, porque de verdad que besarla no estaba en su lista de tareas. No había planeado, siquiera, quedarse a mirarla más allá de lo necesario. Sin embargo, algo había prendido con fuerza en su interior. Era deseo, sí, y también otra cosa. Ese capricho venenoso de tocar lo que le pertenecía a su peor enemigo, de cobrarse una deuda.

La besó porque no quiso resistirse; se creyó con derecho, en aquellos instantes, a una victoria mínima. Al parecer, la rabia seguía viva y buscaba por dónde aflorar. El problema de su impulsividad era que no había medido bien las consecuencias de sus actos. No había besado solo a una mujer, acababa de desencadenar un gran problema. Uno que, por primera vez en mucho tiempo, le dejó la sangre caliente y la conciencia ardiendo a la vez.

La venganza era un plato que se servía frío y él estaba listo para darse un festín con una escocesa a la que iba a enseñarle humildad.

Aquella mañana, mientras bajaba para enfrentarse a la realidad, el duque de Ravenscourt se estiró las mangas de la chaqueta con una precisión que no tenía nada de elegante y mucho de necesaria. Se había vestido para la guerra que sería el reencuentro. Lo que era casi ridículo tratándose de una casa que le pertenecía por derecho de nacimiento.

Si al menos pudiese olvidarse de la noche anterior. Pero aquello no había sido un desliz, sí un capricho y una gran idea de ojos verdes.

Al llegar al comedor de desayunos, se detuvo un instante en el umbral. Su madre, la actual duquesa de Ravenscourt —ese era su título hasta que él se casase porque después pasaría a su mujer— se encontraba sentada en la cabecera, tan impecable como siempre. Honoria ocupaba el lado derecho de la mesa y estaba charlando con una alegría ligera. Él sonrió. Lo que más quería él en este mundo horrible era a su hermana. Ya no era una niña, se había convertido en una mujer. No era hermosa de un modo evidente, era elegante y se apreciaba comedida a simple vista. Frente a ellas, la señorita Sinclair tomaba té con una calma que a Adrian le sorprendió. ¿Estaría ella acostumbrada a las citas nocturnas? Su pecho se agitó con ese pensamiento. ¿Por qué? No importaba. Ah, sí. Era porque si ella fuese una falda ligera él podría salirse con la suya con mayor facilidad. Sí. De ahí el extraño tirón en su interior.

El mayordomo procedió a anunciarlo con voz grave:

—Su Gracia, el duque de Ravenscourt.

La reacción no fue la misma en todos.

Honoria se levantó tan deprisa que casi volcó la silla.

—¡Adrian! —exclamó. Y lo dijo con un entusiasmo desmedido, sin pizca de contención, como si la palabra fuese una cuerda que lo ataba a ella para siempre. Echó a correr hacia él, con una sonrisa enorme, los ojos brillantes y todo el amor reflejado en su rostro—. ¡Has vuelto! ¡Has vuelto! ¡No me lo creo! —le soltó, y no esperó respuesta

para abrazarlo con fuerza—. ¡Madre! ¡Mira! ¡Mi hermano está en casa!

—Estoy contigo, hermana.

Adrian la rodeó con los brazos. Fue ahí cuando notó lo mucho que había crecido. Él se había perdido todo ese cambio. Se enfureció ante ese hecho. La hermana de un duque sería una presa fácil. Tendría que vigilar que los cuervos no merodeasen cerca de Honoria. Aunque si con veintitrés años ella seguía soltera, tan mal no lo había hecho ella misma. La norma era que una dama de buena posición se casase durante su primera temporada.

Se obligó a separarse para contemplarla, pero Honoria no le dio ese gusto. La joven le sostuvo la cara con ambas manos, lo estudió con descaro, y su sonrisa se hizo aún más grande y sincera.

—¡Dime que no estoy soñando!

—No sueñas, pequeña —respondió él.

Honoria soltó una risita y volvió a abrazarlo, por si le quedaba alguna duda de que estuviese soñando.

—¡Vas a quedarte! Dime que sí. Dímelo ya.

Adrian alzó la vista hacia su madre. La duquesa se había puesto de pie y lo miraba como si hubiese tenido cinco años para ensayar ese instante y ninguno de sus ensayos le hubiese servido para prepararse.

—Adrian —dijo sin creer lo que veían sus ojos.

Él inclinó la cabeza. Había esperado un poco más de alegría por parte de la mujer que le había dado la vida.

—Madre —la saludó sin emoción.

La duquesa no apartó los ojos de su hijo.

—Podrías haber avisado de tu llegada.

No movió un músculo ante la recriminación.

—Llegué de noche.

—Esa no es excusa para haberme tenido en vilo —replicó ella.

Honoria apretó los labios. Le ardía la impaciencia.

—Madre, por favor… —susurró, y volvió a mirar a Adrian—. ¿Cuándo llegaste? ¿A qué hora? ¿Dónde has dormido? ¿Con quién has venido? ¿Has comido algo? ¿Estás enfermo? Te veo pálido.

—Honoria, no te estás comportando con el debido decoro —la cortó la duquesa, sin elevar el tono.

Su hija no se calló, solo bajó la voz.

—Lo siento. Es que… ¡es Adrian!

Elspeth Sinclair se levantó en ese momento, sin prisa, con una educación perfecta. Adrian vio el verde de sus ojos clavarse en él con una seguridad que seguía

dejándolo perplejo. No había sombra de sorpresa en su mirada. ¿Ella lo sabía? ¿Lo habría sabido ya en la cocina?

La duquesa se giró hacia su invitada, recuperó el papel de anfitriona y, con él, la máscara de normalidad.

—Adrian, la señorita Elspeth Sinclair es nuestra invitada. Creo que la recordarás.

—Su Gracia —lo saludó con una perfecta reverencia.

Él respondió con una inclinación mínima.

—Señorita Sinclair.

Honoria se iluminó aún más, encantada con la escena.

—¡Elspeth! ¿Ves? ¡Me has traído suerte! Has llegado a la ciudad y contigo ha aparecido mi amado hermano —anunció, como si estuviera presentando un premio y no a un duque.

La escocesa esbozó una sonrisa pequeña.

—Me concedes más crédito del que merezco, Honoria. Creo que tu hermano había decidido regresar y habría llegado aquí estuviese yo o no.

Honoria soltó una carcajada.

—Sé lo que me digo. He decretado que me has traído la buena ventura y no me harás cambiar de opinión.

—Será como dices, amiga mía. —No discutió más.

Honoria soltó a su hermano al fin. Adrian se sentó. No ocupó la cabecera. Eligió un lugar a un lado, lo bastante cerca para cumplir con el ritual y lo bastante lejos para no sentir incomodidad por compartir la mesa con la hermana del que antaño fuese su mejor amigo.

La duquesa también había vuelto a sentarse con naturalidad.

—Desayunarás —dijo. No fue una pregunta. Tampoco una invitación.

Adrian asintió. El servicio se acercó de inmediato. Le sirvieron té, pan, mantequilla, arenques y un sinfín más de delicias.

Honoria estaba al otro lado de él, incapaz de estarse callada.

—¿Te llegó mi carta? —preguntó, y se inclinó hacia él con ojos enormes—. Dime que sí.

—Llegó. Por eso estoy aquí, pequeña.

Honoria se llevó una mano al pecho.

—¡Un milagro! —anunció a la mesa—. Pensé que mi hermano se había olvidado por completo de su familia.

—Jamás me olvidaría de ti —sentenció él.

La duquesa apretó la servilleta.

—Honoria —la llamó al orden.

—¿Qué? —protestó ella, sin dejar de sonreír—. Soy muy feliz. No puedo evitarlo. Me da igual que sea impropio. He estado años imaginando cómo sería volver a ver a mi hermano y al fin lo tengo aquí. Está al alcance de mi mano.

Elspeth tomó su taza con calma. Adrian notó que lo observaba con la misma serenidad que la noche anterior. Era irritante y, por esa razón, peligrosa. Deseaba que ella estuviese nerviosa y muerta de miedo. No. Ella no parecía que fuese a concederle ese placer.

La duquesa habló al fin, más suave:

—¿Por qué no avisaste ni siquiera a tu madre?

Adrian untó mantequilla en el pan.

—No era necesario.

Honoria frunció el ceño.

—Claro que lo era, hermano. Eres el duque. Todo el mundo va a querer conocerte otra vez. ¿No tienes miedo de que puedan devorarte? Esto sigue siendo una jungla.

—Que lo intenten —respondió él.

Elspeth arqueó una ceja, apenas.

—Cuánta valentía, Su Gracia. —No pudo resistirse.

El duque alzó la vista hacia ella.

—No ando escaso de valentía, señorita Sinclair. Boston no es tan diferente a Londres en muchos aspectos. —El hielo que destilaba la dejó más fría que una tormenta escocesa.

—¿Es una ciudad más civilizada o lo es menos? —replicó Elspeth.

—Más que la indómita Escocia.

Honoria soltó una risita.

Elspeth dejó la taza en el plato sin hacer ruido.

—En Escocia tenemos la cortesía de avisar antes de clavar puñales. Por lo que he visto, en Londres los clavan mientras sonríen.

Honoria aplaudió una vez, encantada. Adrian esperó a que la duquesa la reprobase. No. Su madre miró a la invitada con un destello de diversión que duró poco.

—¿Esos son los modales que tengo que tolerar en mi mesa? —saltó él.

Ella apretó los dientes con fuerza. ¿Modales? El muy ladino la había besado sin su permiso. Quería arrojárselo a la cara. Se contuvo.

—¡Adrian! —lo amonestó su hermana mientras su madre observaba el intercambio callada.

—Es cierto —habló Elspeth—. Le pido disculpas por mi exceso de franqueza, Su Gracia. No volverá a ocurrir.

—Eso está mejor —opinó él. Entonces vio que la mirada de ella se movía hasta un cuchillo que había a su lado. Sabía lo que estaba pensando—. ¿Tan admirable le resulta el cubierto, señorita Sinclair? Lo mira usted como si no hubiese visto nunca algo tan rudimentario.

—Los hay también en Escocia, Su Gracia. No somos tan salvajes como para comer con las manos.

Él no movió ni un solo músculo del rostro. ¡Cuánta frialdad!, pensó la escocesa.

—Señorita Sinclair, confío en que Londres no la esté cansando demasiado.

—Londres no me ha vencido, Su Gracia —respondió Elspeth—. Solo me ha puesto a prueba.

Honoria asintió con energía.

—Es terrible, ¿verdad? Las visitas, las compras, las veladas… Ayer la arrastré a ver unos encajes.

—No me arrastraste. Me condenaste, amiga mía.

Honoria volvió a reírse.

—¡Y aun así me quieres!

Elspeth la miró con ternura.

—Por supuesto que sí.

Adrian sostuvo la taza de té con fuerza. Detestaba ver la complicidad que había entre su hermana y una Sinclair que no tenía derecho a estar tan cerca de él.

La duquesa observó a su hijo.

—¿Cuándo piensas presentarte? La ciudad no tarda en enterarse de estas cosas.

—No pienso hacerlo hoy.

Honoria abrió la boca, indignada.

—¿Cómo que no? ¡Eres Ravenscourt ahora! ¡Te van a perseguir!

—No importa —dijo él, sin emoción.

Elspeth inclinó la cabeza un poco.

—Debe de ser agradable vivir tan convencido de que todo el mundo se equivoca menos usted. —La escocesa no logró acallar su lengua.

Adrian no sonrió. Alzó la mirada y la observó como si ella fuese una piedra en su zapato. Estaba claro lo que él pensaba de ella a la luz del día. Una salvaje. ¡Dios! Su comportamiento la noche anterior había sido un terrible error. Tuvo que haberse marchado en cuanto lo vio en la cocina. Sí. Debió haber salido corriendo, ruborizada, gritando y pidiendo las sales.

—Debe de ser agradable tener tiempo para opinar sobre mí —la atacó él.

Honoria se quedó con la mirada saltando de uno a otro. Había chispa ahí. Buscó los ojos de la duquesa, y se dio cuenta de que su madre también estaba con la mirada fija en ellos dos.

—A lord Perth no le agradaría saber que pasas tiempo pensando en mi hermano —se lanzó Honoria.

Adrian y Elspeth la miraron de inmediato y ella se tragó una sonrisa.

—¿Quién es lord Perth?

—Uno de los muchos pretendientes de Elspeth —apuntó Honoria con suma naturalidad.

—Averiguaré quién es —sentenció él sin emoción.

—¿Disculpe, Su Gracia? —saltó la escocesa.

—No se asombre tanto, señorita Sinclair. Es usted una invitada de mi madre, por consiguiente está bajo mi protección. Y como deduzco que está en busca activa de

esposo, es del todo conveniente que me preocupe por su seguridad. No queremos que se equivoque a la hora de elegir.

Elspeth sostenía de nuevo la taza a media altura, tranquila.

—Es un honor que se preocupe por mí, Su Gracia. Debo admitir que es usted muy distinto de lo que esperaba.

—¿No de lo que recordaba, señorita Sinclair? ¿Qué esperaba encontrarse después de tantos años sin reencontrarnos? Soy un duque. ¿Creía que aparecería ante usted sin camisa para tratar de impresionarla?

—¡Adrian! —lo amonestó de nuevo su hermana.

—¿Y esos son los modales que ofrecerá en su mesa, Su Gracia? —le afeó la escocesa.

Él apartó la mirada al fin, con una obediencia que no era sumisión, sino un paso atrás para rearmarse. Ella lo sabía.

—Madre, Honoria, iré a mi despacho para comenzar a atender mis asuntos. —Luego se giró hacia ella —. Señorita Sinclair —dijo, correcto—, espero que su estancia aquí sea cómoda.

Elspeth le dedicó una sonrisa leve.

—Seguro que aburrida no será.

Como él ya había dado por concluida la reunión, se puso de pie. Honoria se levantó de golpe y fue hasta él para rodearlo de nuevo con los brazos, sin permitir que se escapara tan rápido.

—No te vayas todavía —le ordenó, con la alegría convertida en una amenaza cariñosa—. Te tengo en casa y quiero disfrutarte. Y pienso derretir toda esa frialdad que demuestras.

Adrian se quedó quieto un instante. Luego, sin darse cuenta, le apoyó una mano en la espalda. Un gesto que habría parecido tierno si no tuviera la rigidez de un hombre que no sabía cómo volver a encajar en el seno de su familia.

Elspeth los observaba en silencio. Él buscó los ojos de la escocesa por inercia y comprendió que estaba jugando con fuego. Y esa llama no tenía tonos amarillentos, naranjas ni rojos. Era de color verde esmeralda.

Capítulo 3

El salón de baile de lady Danvers relucía con esa perfección londinense que parecía diseñada para que una se sintiera observada incluso mientras respiraba. Elspeth había llegado junto a Honoria y la duquesa con la cabeza alta y la paciencia en su sitio. Estaba decidida a sobrevivir a otra velada sin que Londres le robara el buen humor. No lo lograría por amor a la ciudad, sino por la lealtad hacia su amiga.

Lord Perth se le acercó en cuanto la música cambió y los caballeros empezaron a colocarse frente a las damas con esa puntualidad británica que a ella le producía un poco de respeto y muchas ganas de toser. Perth era apuesto, sí, de facciones correctas y porte impecable. Demasiado inglés. Demasiado… como recién salido de un cuadro que alguien había colgado por obligación.

Aun así, él sonreía de verdad.

—Señorita Sinclair —la saludó, mientras se inclinaba con respeto—, ¿me concede este vals?

Elspeth lo miró con una franqueza que a más de un caballero le habría hecho retroceder.

—Por supuesto, milord. Aunque no he mejorado mucho desde la última vez y podría terminar pisándole el pie cada segundo. —Era verdad. Esa cosa llamada baile no se le daba muy bien.

Él soltó una risa baja, encantado.

—No se preocupe, señorita. Yo tendré cuidado si usted también lo tiene. Lo único malo que podría suceder sería que al terminar ambos estuviésemos cojos. Eso nos daría la oportunidad perfecta para sentarnos el uno junto al otro y pasar el resto de la velada conversando sin ponernos en mayor riesgo.

La escocesa no pudo contener la risa. Al menos ese caballero era gracioso.

—Qué descaro, lord Perth —replicó ella, al tiempo que aceptaba su mano—. ¿Qué dirían las matronas si usted decidiese pasar el resto de la noche en una compañía tan poco recomendable como la de una escocesa de la que nadie sabe mucho? —bromeó.

—¿A quién le importa lo que digan los demás, señorita Sinclair?

—Muy bien. Si acepta el riesgo de terminar cojo de por vida, no seré yo quien le niegue el capricho.

Entonces ambos se dispusieron a ir hasta el centro de la pista. Bailaron. Y el vals la obligó a acercarse, a

girar, a dejarse llevar por el ritmo sin pensar demasiado, y aquello, para su sorpresa, la divirtió. Lord Perth no parecía empeñado en impresionarla con su linaje. Nunca lo hacía cuando se encontraban. La guiaba con soltura, sin esa rigidez de estatua que tanto abundaba en la ciudad. Incluso se permitió otra impertinencia suave, medida, de las que no escandalizaban.

—Creí que detestaba todo lo que tuviera acento inglés —dijo él, mientras la conducía en un giro.

—Detesto muchas cosas con acento inglés, pero el vals nació en Viena —lo corrigió Elspeth—. Y no se preocupe, usted; por el momento, se está librando de dicha consideración también.

—Qué generosidad por su parte —observó divertido.

—No se entusiasme, milord. En mi tierra no damos premios solo por respirar aunque se trate de caballeros distinguidos con título.

Él se rio otra vez, sin ofenderse. Al contrario, parecía más entretenido.

—En su tierra también dicen la verdad sin paños calientes —apostilló.

—Es que los paños calientes los inventaron ustedes para no reconocer que se han equivocado.

Lord Perth ladeó la cabeza.

—¿Y yo en qué me he equivocado?

Elspeth levantó el mentón, orgullosa.

—En tenerme en gran consideración. Debería resultarle incómodo. Ya sabe, porque soy escocesa y no tengo una fortuna digna para salvar a tres duques arruinados.

—Lo que le incomoda a la sociedad es que sea tan franca —respondió él.

—¿Y a usted no le molesta que no me calle cuando debería hacerlo?

—No. A mí me resulta refrescante. De otro modo no buscaría su compañía.

Elspeth le sonrió.

—Tenga cuidado, milord. Si sigue haciéndome olvidar que es usted un sassenach —empleó una palabra gaélica para referirse a los ingleses—, yo podría también comenzar a encontrar su compañía refrescante.

La sonrisa de su compañero de baile se amplió todavía más.

En honor a la verdad, a Elspeth le agradaba, pero no le cuadraba del todo lo que él decía. ¿El motivo? Londres miraba a las escocesas con mucha cautela, del mismo modo que observaba a las americanas, como si fueran una moda arriesgada que podía manchar un apellido. Y el vizconde Perth no daba la impresión de estar arruinado ni

desesperado. No necesitaba una rareza escocesa colgada de su brazo. Sin embargo, allí estaba, girando con ella en mitad del salón sin ocultar su interés, como si fuera lo más natural del mundo.

—Estoy satisfecho. No la he pisado por el momento ni una sola vez.

—La que está realizando tal proeza soy yo. Tal vez el hecho de bailar bien se deba al caballero más que a las habilidades de la dama.

—¿Está coqueteando, señorita Sinclair? Me está usted diciendo cosas peligrosas. Si la oyen, podrían pensar que tiene sentimientos.

—Creo que el que acaba de coquetear es usted, milord.

—¡Dios me libre! —contestó él, divertido—. Es sabido que los hombres no somos tan sutiles. Me desterrarían al campo. Atribúyame cosas más varoniles, se lo ruego.

Elspeth soltó una carcajada breve y, en ese mismo instante, al girar, su mirada se clavó en unos ojos marrones tan fríos como el mismo invierno. Se le heló la diversión.

El duque de Ravenscourt estaba allí.

No en la periferia, ni oculto detrás de una palmera decorativa. Estaba a plena vista, vestido con una sobriedad inglesa digna de admiración y el gesto severo,

como si hubiera acudido a enumerar los pecados de los invitados en lugar de a bailar. Había dicho que no se presentaría en sociedad aquella noche. Y, aun así, allí estaba y la observaba con una dureza que parecía una reprimenda. Se le veía furioso tras la máscara helada que cubría su rostro.

Elspeth dio un traspié.

Lord Perth reaccionó al instante y la sujetó por la cintura con firmeza. Ambos se quedaron demasiado juntos. A los dragones más rígidos del salón les daría un ataque de apoplejía si ella permitiese esa distancia más tiempo del necesario.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Perth, en voz baja. La cuestión le hizo cosquillas en la oreja y en su mente se coló el recuerdo de un beso prohibido. Breve y directo que la hizo temblar durante toda la maldita noche anterior.

Elspeth recuperó el equilibrio y esbozó una sonrisa que salió mejor de lo que esperaba. Ravenscourt la ponía nerviosa. Esa mañana, durante el desayuno, ella supo manejar bien sus nervios, pero allí, en un salón abarrotado, la cosa acababa de cambiar.

—Perfectamente. He tropezado con… una idea desagradable —improvisó. Y no era mentira del todo.

—Entonces espero que la idea no le haya hecho doblarse un tobillo. Aunque, mejor esa idea que mis pies para hacerla flaquear, señorita Sinclair.

—Se lo ruego, no me regañe por no ser una bailarina versada. Le avisé de que el baile y yo no somos buenos compañeros —murmuró ella al tiempo que retomaba el compás.

—No se me ocurriría —prometió él con seriedad.

Elspeth le sonrió y a continuación, sin poder evitarlo, buscó de nuevo la mirada del duque.

Adrian Harrington ya había apartado los ojos de ella, como si no hubiera ocurrido nada. Se encontraba saludando a una mujer que tenía la audacia de tocarle el brazo mientras le sonreía sin descanso.

Elspeth apretó la mandíbula. Luego la aflojó.

Se obligó a volver a concentrarse en lord Perth, en la música y los giros para no perder de nuevo el paso. Sería mejor estar pendiente de la ligereza compartida con el vizconde, porque no pensaba regalarle a Ravenscourt ni una sola victoria, ni siquiera la mínima de robarle la poca diversión que encontraba en la ciudad.

—Milord, supongo que debería agradecerle que me haya salvado con tanta eficacia. No sé qué habría sido peor, si la censura por caer en el suelo o la que habrá provocado que la distancia entre nosotros no fuese la respetable durante una fracción de segundo.

Lord Perth arqueó una ceja.

—Me acusa de caballerosidad. Tendré que defenderme.

—Hágalo bailando y evitando que me ponga en evidencia —replicó ella—. Al menos así su crimen será elegante.

Él se rio, la condujo en otro giro y Elspeth siguió moviéndose, ligera, como si el duque no estuviera allí, como si esos ojos marrones no hubieran existido nunca.

Y, sin embargo, no podía evitar percibir que él, aunque no la estuviese mirando directamente, sí que registraba cada uno de sus movimientos. ¿Por qué habría decidido aparecer Ravenscourt esa noche? Y lo más apremiante: ¿cuál era la razón por la que la ponía tan nerviosa?

Entre pensamiento y pensamiento, el baile terminó. Gracias a Dios por ello.

Lord Perth la dejó junto a la duquesa con una reverencia impecable y una sonrisa que, para sorpresa de Elspeth, hizo que en su interior algo se agitase. Él se retiró y la escocesa se permitió relajarse un poco junto a la madre del duque.

La duquesa le dedicó una mirada amable, de esas que parecían preguntar sin pronunciar una sola palabra si seguía compuesta tras el vals. Ella correspondió a la muestra esbozando una sonrisa.

Elspeth apenas tuvo tiempo de recuperar por completo la respiración cuando notó que una sombra se acercaba hasta su posición. No necesitaba mirar de frente para saber quién se dirigía hacia ella.

El duque de Ravenscourt se detuvo ante ellas con esa sobriedad perfecta e inigualable. Sus ojos marrones no se posaron en su madre, se detuvieron en Elspeth.

La duquesa apoyó la mano en su abanico y habló:

—Adrian, me alegra que hayas podido venir. Debo saludar a una vieja amiga. —Su mirada se posó un instante en Elspeth—. Cuida de la señorita Sinclair.

No fue una petición. Fue una orden.

Él inclinó la cabeza.

—Por supuesto, madre.

La duquesa se alejó sin prisa, dejando a Elspeth sola con un problema que había jurado evitar. Si al menos pudiese olvidar la imagen de él sin camisa mientras la besaba…

El silencio que se estableció entre ambos se tensó al instante. La escocesa sostenía el mentón en alto y fingía que él era un mueble caro, no una molestia permanente. ¿Por qué la alteraba? No lo entendía. Tenía que ser por ese beso.

—Señorita Sinclair —dijo él al fin, en voz baja—, ha estado usted… muy entretenida.

Aunque no fue un ataque, ella sintió cierto filo en las palabras. Se puso a la defensiva de inmediato.

—He estado bailando, Su Gracia. Es lo que se hace en los bailes, según me han explicado.

—Honoria me comentó que usted detestaba bailar, señorita Sinclair.

Elspeth ladeó la cabeza para mirarlo.

—No ha cambiado nada. Sigo detestándolo.

—Supongo que el mérito en que al final lo haya disfrutado debe estar en la pareja.

—¿Disculpe, Su Gracia? —Se había perdido algo.

—¿No le han explicado que una dama no debe sonreírle en exceso a un caballero en el que no tiene interés?

—¿Y cómo sabe que no me interesa lord Perth? —contratacó ella.

Él la miraba como si siguiese siendo una piedra en su zapato.

—Si le interesa, debería cuidar mejor los pasos que dé a partir de ahora. Si se convierte usted en una presa fácil, el caballero se aburrirá de inmediato. No le sonría —le aconsejó.

Ella controló su temperamento.

—En Escocia sonreímos para no morder, Su Gracia. —Acto seguido le mostró una sonrisa excepcional.

Adrian esbozó algo parecido también, aunque fue un movimiento de labio breve y sin alegría.

—¿Qué le ha dicho lord Perth que la ha hecho reír de modo tan entusiasta mientras le pedía un baile, señorita Sinclair? —se interesó.

Ella frunció el ceño. Ese duque era más molesto e intrusivo que su propio hermano Malcolm.

—¿Quiere que convoque al vizconde ante su imponente presencia y lo haga recitar de memoria nuestra conversación, Su Gracia?

Los ojos de Adrian se oscurecieron un grado.

—Muéstrese de ese modo tan impertinente y el caballero huirá antes de emprender la caza.

—Aunque los escoceses estemos considerados salvajes, no somos animales. Y para su información, le diré que no le oculto mi carácter ni a lord Perth ni a nadie. Si el caballero no quisiera estar en mi compañía, haría varias semanas que se habría distanciado de mí.

—¿Le gusta Perth? —preguntó ya sin amagos.

—No veo en qué podría ser eso de su incumbencia.

—Lo ha descrito usted con una pasión arrolladora. Supondré que sí le agrada.

—Tal vez lo que me agrade del vizconde sea su persistencia. No se da por vencido con facilidad. Es un rasgo que nos suele caracterizar a los escoceses.

—Sí. Recuerdo bien la persistencia de su hermano, señorita Sinclair. Él no se daba por vencido ni aunque ya lo hubiesen vencido —sostuvo.

—Denoto un reproche muy significativo ahí. ¿Quiere hablar de ello?

Adrian se acercó lo justo para que Elspeth notara el cambio entre el ruido del salón y el espacio íntimo que él imponía.

—Mejor centrémonos en su pretendiente. ¿La ha besado ya, señorita Sinclair?

—Le afearía su franqueza, pero sospecho que sería perder el tiempo, Su Gracia.

—No debe permitirle a un caballero avances.

—Lo sé.

—Debió haberse ido de la cocina nada más verme entrar. Sospecho que si hubiese sido Perth y no yo quien la hubiese pescado vestida en camisón vagando por una casa que no es suya…

—Cuidado, Su Gracia —lo interrumpió—. Hemos determinado antes que los escoceses no somos animales, pero sí salvajes. Complete la frase del modo en que pretende hacerlo y no me importará que usted sea un duque y esté muy por encima de mí.

—¿Y qué haría? —se interesó él.

—Para empezar abofetearlo.

—Qué consideración tan magnánima —replicó él —. Estoy a punto de emocionarme. —Por descontado que su rostro no cambió ni un poco el gesto.

—No finja —murmuró Elspeth—. Le queda mal. ¿Se ha acercado usted para vigilarme o solo para reprenderme, Su Gracia?

—Me he acercado porque usted vive bajo mi techo y es mi responsabilidad. Sus actos repercuten directamente sobre mi hermana Honoria y no consentiré que se muestre tan entusiasta con un pretendiente, señorita Sinclair.

Ella lo miró con fijación.

—Le aconsejo que no me obligue a cambiar de residencia, Su Gracia. Mi comportamiento con un respetado vizconde como lo es Perth, no ha sido licencioso ni reprochable. Insinuar lo contrario sería calumniarme y no lo permitiré.

—¿Y cree que yo le permitiría salir de mi casa, señorita Sinclair? ¿Qué lo permitirá mi madre? Por si lo ha

olvidado soy un duque y mi palabra es la ley. Le guste o no, ahora que he regresado está bajo mi protección y hará lo que yo le ordene. Si le pido que salte me preguntará a qué distancia.

Ella le sonrió con auténtica falsedad.

—Antes de eso el infierno se congelará, Su Gracia. Ahora sea un buen chico y no olvide con quién está hablando. Colóquese donde no estorbe, justo al otro lado del salón, por ejemplo. Le quedará muy bien la distancia cuando estemos en el mismo lugar.

Adrian se cuadró y apretó los puños.

—Está jugando a un juego del que no puede salir vencedora.

—Mi vida o mi reputación, y ya puestos mi voluntad, no son ningún juego. Estoy en Londres solo porque mi hermano me ha obligado a venir. Puedo decidir marcharme en cualquier momento y Malcolm no me cuestionaría si le dijese que su antiguo mejor amigo me puso las cosas difíciles —le aclaró ella.

Ravenscourt se obligó a recular. No. Si ella decidiese salir huyendo hacia Escocia… Eso sería contraproducente para sus planes.

—Empecemos, de nuevo. Lo que trato de explicarle es que ha sido usted demasiado evidente con Perth.

Elspeth se quedó quieta.

—¿Otra vez con eso?

Adrian la miró de arriba abajo con una severidad evidente.

—La atención que le ha dedicado no ha sido correcta. Ni tampoco el modo en que lo ha mirado. Demasiada ligereza entre ambos… Ha sido evidente para todo el salón, en especial cuando usted ha utilizado el viejo truco de tropezarse para que él se colocase más cerca. ¿Le gusta que un caballero la abrace tan íntimamente mientras baila, señorita Sinclair? Tal vez me haya equivocado y usted sea la cazadora y él la presa.

Elspeth notó el impulso de partirle sobre la cabeza el abanico que estaba apretando entre las manos. Se conformó con hablar.

—Podría recordarle lo que usted se permitió anoche mismo sin mi permiso. Es un hipócrita —lo acusó.

—¿Tanto la impactó mi beso? ¿Ha soñado conmigo, señorita Sinclair? ¿Desea que lo repitamos? Dudo mucho que a Perth le agrade que anime a otros caballeros a besar sus dulces labios.

Elspeth alzó la barbilla un poco más.

—Esta conversación ya ha durado más de lo aconsejable. Pero antes de marcharme, le aclararé que mis labios no son dulces, ni yo lo animé, ni, por descontado, deseo que algo tan vil vuelva a suceder. Disfrute del resto de la noche, Su Gracia. Dudo que yo pueda hacer lo mismo después de su intromisión.

Justo cuando ella iba a dar un paso para marcharse, él la sujetó de la muñeca.

—No hemos terminado de hablar.

Los ojos de Elspeth bajaron hasta el lugar donde él la sujetaba. No le quitó la mano de encima, más bien, la apretó con mayor insistencia.

—No debería hacer eso.

—Perth no la mira con admiración. La mira con interés y si le da alas hará todo lo necesario para conquistarla. No se contentará con un solo beso, se lo aseguro.

—Sé cuidarme sola.

—Considere lo que ocurrió entre nosotros anoche como una lección. Así que le diré que no sabe cómo cuidarse de un caballero que se atreva a confundir protección con posesión.

—¿Cree que Perth considera que yo le pertenezco por haberle sonreído y haber aceptado bailar con él? —preguntó asombrada.

—No. Un caballero podría considerarla suya por el mero hecho de haberla visto vestida de modo reprochable y haberle robado un beso.

Ella frunció el ceño. ¿Ravenscourt le estaba diciendo que ya era suya por haberla visto en camisón y haberla besado? No. Seguro que no.

—Creo que no termino de entenderlo, Su Gracia —dijo sin saber qué más debería opinar.

Adrian dio un paso más, invadiendo ese espacio que la etiqueta solía proteger. No importaba porque ya se había saltado varias reglas con ella y pensaba saltárselas todas.

—Pues hablo con mucha claridad, señorita Sinclair. Recuerde que no está en Edimburgo.

—Lo sé. Aquí hasta los reproches llevan chaqueta y los espetan los duques.

Los ojos de él se deslizaron, un instante, hacia su boca. Elspeth lo notó y lo odió por provocarle aquel recuerdo indebido.

Adrian habló sin alzar la voz de nuevo:

—No vuelva a alentar tanto a Perth si no quiere tener verdaderos problemas conmigo. Me he propuesto ser paciente con usted, pero todo tiene un límite. No me provoque.

Se quedó helada y llena de indignación.

—¿Perdón?

Adrian la miró, severo.

—Ya me ha oído. —Su tono no admitía discusión —. No aliente a su pretendiente. No le gustarán las consecuencias de sus actos.

Elspeth soltó una risa sin humor.

—Me acusa de provocarlo a él, cuando el único que ha venido aquí con ganas de guerra es usted —afirmó ofendida.

—Perth no es un hombre para usted.

Elspeth abrió los ojos con una calma que no sentía.

—¿Y quién lo es? ¿Un escocés que mi hermano ha elegido y que no pienso aceptar? ¿Un inglés que mi hermano tolere? ¿O un duque que pretende darme órdenes y cuestiona mi moralidad?

La última cuestión quedó suspendida entre ambos. Ella se avergonzó de sus palabras nada más salir de su boca.

Adrian se inclinó un poco hacia su oreja, lo justo para que solo ella lo oyese. Seguía sin soltarle la muñeca.

—Ahora sí que está siendo demasiado evidente en sus inclinaciones. Tal vez en sus pensamientos no esté presente un vizconde y sí un duque.

Elspeth tardó un segundo en comprender lo que él acababa de insinuar y abrió los ojos para mostrar pánico.

—¡Por amor de Dios! —exclamó azorada.

—De alguna manera se enteró de que yo había regresado a casa anoche y se propuso jugar del mejor

modo sus cartas. Bien. Lo hizo divinamente. Lo ha conseguido, tiene toda mi atención, señorita Sinclair. No puede besar a un hombre mientras alienta a otro con el único fin de ponerme celoso.

—¿Se está escuchando, Su Gracia? ¡Si usted ni tan siquiera me agrada! —soltó de golpe.

—Niegue que ha estado pensando en nuestro beso durante toda la noche. O tal vez ha soñado con él desde que cumplió los trece años…

—Pero si me besó usted —dijo en voz muy baja, obviando la segunda parte.

—Veo que no niega que no ha podido olvidarme. No juegue con Perth. Ambos sabemos que sus intereses no están ahí.

La expresión de Elspeth se endureció.

—¿Piensa soltarme ya o convertirá nuestra discusión en un auténtico escándalo, Su Gracia?

—Si insiste en desafiarme, acabaré…

—¿Acabará qué? —Elspeth lo interrumpió, con la voz más baja y peligrosa—. ¿Bajando otra vez a la cocina para robarme un beso y luego fingir que es de mármol? O mejor aún, ¿me acusará de darle celos porque estoy locamente enamorada de usted?

Los ojos de Adrian ardieron.

—No le conviene hablar así.

—Es a usted a quien no le conviene oír la verdad. Buenas noches, Su Gracia —se despidió por segunda vez.

La escocesa se desembarazó de su agarre con un tirón seco del brazo y se giró con brusquedad. Adrian intentó sujetarla por el codo. Llegó a rozarla pero la señorita Sinclair se lo sacudió de encima otra vez con un gesto rápido y orgulloso, y se marchó con paso decidido hacia el cuarto de retiro de las damas, atravesando el salón con la cabeza alta y la respiración demasiado acelerada para su gusto. No miró atrás.

Adrian se quedó en su lugar, rígido, con la mirada clavada en la espalda de una mujer que no había aprendido a obedecer. Ni pensaba hacerlo.

Tardó tres segundos en salir a toda prisa tras los pasos de la arpía de lengua afilada.

Capítulo 4

Elspeth Sinclair sentía una rabia descomunal en su interior. ¡Ese duque engreído e insoportable! ¿Por qué tenía que alterarla tanto? De sus años más jóvenes, no recordaba que Adrian fuese de ese modo. El amigo de su hermano nunca había sido tan autoritario, era más tranquilo, amigable y jovial. Pero, claro, en aquel tiempo, cuando lo conoció siendo una niña, Adrian no había sido un duque ni estaba en camino de convertirse en uno.

A punto estaba de franquear la esquina que daba acceso al cuarto de retiro cuando una mano firme la agarró de la muñeca.

—Señorita Sinclair, ¿no le han dicho nunca que es de muy mala educación dejar a un duque con la palabra en la boca?

—Esto no puede estar pasando —musitó, más para sí que para el otro.

Elspeth se giró, lista para disparar una frase que le hiciera sangrar el orgullo, y se encontró con Adrian Harrington demasiado cerca de su rostro. Sin el semblante marmóreo que le había mostrado en el salón de baile. Se le veía tenso, con los ojos oscurecidos, y esa quietud peligrosa de los hombres que ya habían tomado una decisión, pero ¿qué decisión sería?

—Está sucediendo y todavía no ha visto nada —la avisó él.

—Su Gracia —escupió, más que pronunció su título—, definitivamente está usted…

Adrian tiró de su brazo y agradeció la intimidad que les permitía ese pasillo.

—Aquí no —la interrumpió.

—¿Aquí no? —Elspeth soltó una risa breve, helada—. Qué delicado se ha vuelto de repente —farfulló.

Adrian no contestó. Abrió una puerta lateral, la más cercana, y la empujó dentro con una rapidez que no parecía propia de un hombre preocupado por el decoro. Era una salita estrecha, un cuarto intermedio, quizá destinado a guardar capas o a que algún anfitrión recuperara el aliento. Quedaba a un respiro de la música, pero ya no era el salón.

Cerró la puerta con ellos dos dentro.

Elspeth se zafó al instante y dio un paso atrás.

—¿Se ha vuelto completamente loco? —No había otra explicación posible.

Adrian se volvió hacia ella. No le sonrió.

—¿Y eso lo pregunta la mujer que a los trece años trató de besarme después de pedirme matrimonio? —contraatacó él.

Ella sintió que las mejillas comenzaron a arderle. Eso fue así. Era verdad, porque él era el hombre más apuesto y agradable que había visto alguna vez. La culpa fue de Malcolm por haberlo traído aquel verano a su casa. Había mantenido contacto con lord Adrian de modo intermitente a lo largo de los años hasta que se marchó sin más.

—¿Y eso te da potestad para tratarme como si tuvieses algún derecho sobre mí? —preguntó, sin darse cuenta de que había olvidado la formalidad en su trato.

—Interesante. Ya somos más que un duque y una señorita Sinclair. Acepto el reto, Elspeth.

—¿Qué reto? Yo no he lanzado ningún reto.

—El de conocernos mejor, sin toda esa etiqueta que sé que tanto te debe irritar. Adrian y Elspeth… ¿Suena bien, no te parece?

—Por amor de Dios… ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Sabes bien cómo volver a un hombre loco, de eso no hay duda. Te ordeno que admitas la verdad. Te gustó que te besase anoche. —No había ninguna pregunta ahí.

—¿Me lo ordenas? —lo desafió, con el mentón alto.

—¿Si te lo rogase, hablarías con sinceridad? —consideró él, y esa elección, tan impropia de un duque, le arañó el carácter a Elspeth.

—Tú no sabes rogar —dijo ella—. Tú solo exiges, tomas y acusas. Y tengo que recordarte que han pasado muchos años desde que… desde que sucedió aquello que has mencionado antes. Yo era una niña impresionable y está claro que me equivoqué al juzgarte digno para casarme contigo.

Adrian se acercó. Despacio. Con una calma que escondía un esfuerzo hercúleo para no estallar.

—No me provoques.

Elspeth se envaró.

—¿Provocarte? No he hecho nada en ese sentido. Según tus propias suposiciones, ayer me pescaste en la cocina y decidiste que yo quería un beso y no te privaste. Hoy has venido a la fiesta, después de decir que no lo harías, y me has acusado de querer embaucarte y admirar a Perth con el único motivo de desquiciarte. ¿Qué diantres te ocurre, Adrian?

—He decidido que te acepto.

—¿Qué? —Ella se había perdido algo.

—Acepto casarme contigo, Elspeth.

—Ay, Dios… De verdad que no estás en tus cabales.

Adrian se detuvo a medio paso. La mandíbula se le marcó.

—¿Has disfrutado de la cercanía de Perth o te agradó más la mía?

—¿Otra vez con lo mismo? Tropecé mientras bailaba. Lo creas o no, eso fue lo que ocurrió. Fue un simple tropiezo. No una artimaña.

—Y él aprovechó la ocasión para abrazarte y no lo apartaste de inmediato tal y como deberías haber hecho.

—¡Era un vals! ¿Quieres que baile a dos varas de distancia? Sería novedoso, desde luego. Londres lo aplaudiría por decoro.

Adrian soltó aire por la nariz, un gesto que rozó la risa y se convirtió en otra cosa.

—No me gusta que toquen lo que ya considero mío, Elspeth.

Ella abrió los ojos como platos. Se quedó también con la boca abierta.

—El título se te ha debido subir a la cabeza. ¿Acaso eres un emperador tirano? Porque un duque no puede comprar personas, Adrian. Yo no te pertenezco.

—Si no quieres que Perth tenga problemas conmigo, lo mandarás al cuerno. Hacerlo de modo civilizado o no, te lo dejaré a tu criterio.

Lo miró incrédula.

—¿Estás celoso? ¿Celoso de verdad? —No se lo podía creer.

Adrian no respondió al instante. Se limitó a clavarle la mirada.

—Estás aquí para buscar esposo. Bien, ya no tienes trece años y eres adecuada para mí. Fin de la discusión.

—¿Ahora me ordenas que te acepte como mi esposo? —No daba crédito a lo que él decía.

—Oh, no, nada de eso. Soy yo quien te está aceptando a ti.

Como él seguía arrinconándola, Elspeth dio otro paso atrás hasta que la pared se le pegó a la espalda.

—No me casaré contigo, Adrian. Estás sacando a relucir un asunto del que me avergüenzo enormemente.

Solo tenía trece años cuando yo… cuando te pregunté aquello.

—La edad no importa. Hay matrimonios que se pactan desde la cuna. Además, si lo recuerdas bien, te dije que cuando fueses una mujer…

—Basta. Los dos sabemos que dijiste que me esperarías porque no querías herirme.

—¿Ah, sí? ¿Pudiste leerme la mente, Elspeth?

—Esto es ridículo. Si lo que pretendías era darme algún tipo de lección… Sea cual sea, te prometo que la he aprendido. Deja que salga de aquí.

Adrian se acercó por completo hasta ella. Ambos respiraban el mismo aire. Levantó la mano y le acarició la mejilla con los nudillos. No llevaba guantes.

—Los dos sabemos que no quieres estar en otro lugar, Elspeth. Me juraste que me esperarías y que nunca dejarías de amarme. En Escocia los juramentos se cumplen.

La dama parpadeó.

—Tenía trece años… No puedes estar hablando en serio.

—¿Te parece que me esté riendo?

El silencio era tenso. Muy tenso.

—¿Y qué pretendes hacer?

—Besarte hasta que reconozcas que me sigues anhelando.

—¡Presuntuoso! —lo acusó.

—Admito que estoy muy seguro de lo que te hago sentir.

—Estás jugando conmigo. —No entendía nada. De verdad que no.

—En absoluto —dijo Adrian, áspero—. El matrimonio es un asunto muy serio, aunque si fuese un juego, creo que no iría perdiendo. Me deseas, Elspeth —afirmó.

—Por amor de Dios…

—Sé que me deseas porque ni una sola vez has tratado de pelear para huir. ¿Crees que tendría a una dama contra la pared si no estuviese muy seguro de que ella me desea? Nunca he tenido que forzar a una mujer para que consienta mis deseos y no pienso hacerlo ahora.

—Adrian… —Usó su nombre sin saber lo que pretendía pedirle.

—Anoche no pude contenerme y te besé. Ni tú ni yo pudimos disfrutarlo porque el instante fue demasiado breve. Solo fue un tanteo, un pequeño gesto para que comprendieses en qué posición estás —murmuró él.

Elspeth se quedó inmóvil.

—No me lo recuerdes más, por amor de Dios.

—He pasado años sin pertenecer a un lugar, sin pertenecerle a alguien. Ahora lo veo, te estaba esperando, igual que tú a mí.

—¿Te has enamorado de mí? ¿Un simple vistazo y ya estás muerto de amor, Adrian? Podría creerme el asunto del deseo, pero ¿amor tan pronto? Prueba con algo más veraz. No sé lo que te propones, pero yo no soy una jovencita a la que puedas deslumbrar con un par de palabras bonitas.

—¿Admites que me deseas entonces? —le preguntó pletórico.

Elspeth notó que algo se le quebraba por dentro, muy pequeño y obstinado.

—Los duques no se casan con escocesas, Adrian.

Él la miró con fijación.

—Este que tienes delante, lo hará. —A continuación cerró la distancia de golpe y la besó.

No fue aquel beso rápido de la cocina, era una exigencia convertida en un incendio. Elspeth le puso las manos en el pecho para empujarlo… y percibió el calor bajo la tela, su fuerza, cómo el corazón le latía tan rápido como el de ella y no pudo resistirse a él. Luego, sin pensarlo demasiado, su cuerpo se rindió y le devolvió el beso.

Adrian gimió al sentirla responder, y el sonido que se le escapó no tuvo nada de civilizado. La sujetó por la cintura, la atrajo contra él y la besó otra vez, más lento, más profundo, como si por fin tuviera tiempo para disfrutar de su sabor.

Elspeth se oyó respirar de modo entrecortado y supo que estaba perdida. Lo deseaba. Lo deseaba con todas sus fuerzas. La niña que habitaba en su interior no se había olvidado de él ni un solo instante. Después de tantos años, y él había nublado su buen juicio con una facilidad humillante.

—Adrian… no… podemos… Oh, Adrian… —murmuró, pero su boca no se apartó de la de él.

El duque comenzó a besarle el cuello y ella se lo ofrecía sin reservas. Los dedos se enredaron en el peinado de la escocesa con una habilidad que delataba que ya se había imaginado ese gesto muchas veces.

—Elspeth… Dime que me detenga si no me quieres —susurró contra el borde del vestido que cubría sus senos.

La escocesa notaba el latido en las sienes y la dignidad le gritaba que lo hiciera. El deseo, en cambio, la tenía presa.

—Por amor de Dios, yo debo estar más loca que tú. No te detengas, Adrian —admitió al fin, completamente rendida a sus impulsos y a él.

El duque buscó de nuevo sus labios, y esta vez ella abrió la boca sin reservas. El abanico cayó al suelo con un golpe leve. A ella le dio igual. A él también.

La cabeza de Adrian rugía, como si hubiese bebido demasiado licor, y cualquier pensamiento sensato se le deshizo entre los dedos. Todo se redujo a ella. Al calor de su cuerpo pegado al suyo, el sabor de su lengua, la suavidad de su pelo y esa respiración rota que le rozaba el oído y lo terminaba de condenar.

Elspeth lo besaba con una mezcla de pudor y osadía que lo volvió imprudente. Nunca había sentido algo parecido y, en esos instantes, habría dado media vida por un lecho a dos pasos, por una puerta con pestillo, por cualquier cosa que no fuese esa maldita salita en la que estaban.

En su excitación, ella apretaba los senos contra su torso, lo incendiaba al frotarse contra él, porque sentía su virilidad rozar contra su bajo vientre y el pulso se le desbocaba hasta doler. Adrian se apartó de sus labios con un gemido y, por fin, se permitió aquello que más deseaba. Hundió la boca en el hueco de su garganta y mordisqueó la piel con una ternura que no tenía nada de inocente. Quería marcarla con un bocado de amor. Elspeth jadeó, le enterró las manos en el cabello y lo retuvo con fuerza contra ella.

El sabor de su piel se le quedaba grabado a Adrian mientras la escocesa se estremecía entre sus brazos. La deseaba allí mismo, en ese momento, con una necesidad que no admitía pausas. Su cuerpo ardía y no le permitía pensar en nada más que las ganas que tenía de hundirse en su apretado calor.

La dama soltó un gemido, sorprendida por la sensación cruda de poder que él desprendía a medida que sus labios buscaban sus senos. Oh, sí. Él ya los había sacado de sus confines y los amasaba, besaba y lamía; amamantándose de ellos como si fuese a morirse si no los tenía en su boca o en sus manos. El placer crecía cada vez más por dentro y la dejaba con una urgencia desconocida, punzante y casi insolente. Sin vergüenza, buscó su rostro y rozó con los labios la suave mandíbula de Adrian. Lo sintió temblar cuando él le pasó una mano por el costado y la pegó aún más a él. Ella estaba fuera de sí, pero él no se quedaba atrás y eso la hacía sentir femenina y poderosa.

La cabeza de Elspeth le daba mil vueltas. La besaba por todas partes, la tocaba sin descanso y ella necesitaba más, mucho más, pero no sabía el qué. Nunca había sentido nada igual. Aquel hombre era una tentación que se le metía bajo la piel y en la misma sangre.

Percibió entonces que él le levantaba el dobladillo del vestido y que comenzaba a hurgar entre sus enaguas. Abrió las piernas para facilitarle el acceso. Ya no era dueña de sí misma, le pertenecía por entero a él y le daba igual estar incumpliendo todas las malditas normas sociales irrompibles. Los dedos de Adrian separaron con suavidad sus pliegues resbaladizos para acariciarla allí donde nadie la había tocado jamás.

Él se volvió loco al sentir su calor y humedad.

—Estás empapada, amor. Dios… te necesito tanto, Elspeth… —gimió lleno de agonía contra su oreja.

—Adrian… yo… yo… creo que voy a morir… No puedo… Esto es…

—Tranquila, amor. Te daré lo que necesitas —prometió.

El roce se intensificó, y por si eso no fuese ya demasiado para ella, cuando un dedo comenzó a explorar su cavidad…

—¡Oh, Dios! —gritó. Él se abalanzó sobre su boca, preparado para tragarse su placer.

La deliciosa mano de Adrian se movía de un modo certero. Era maravilloso y absolutamente increíble.

La lujuria se estaba transformando en otra cosa más productiva. Comenzaba a sentir que iba a explotar, pero al mismo tiempo era consciente de que alcanzaría la satisfacción que tanto buscaba su cuerpo. Y él no la defraudó. Cuando aquel segundo dedo se metió en su interior mientras el pulgar seguía masajeando su nudo de nervios, ella gimió contra la boca del duque y lo dejó salir. El placer la atravesó de tal forma que se quedó asombrada y abrumada a partes iguales.

Cuando él la sintió más laxa, procedió a dejar libre su feminidad. Buscó de inmediato la presilla del pantalón. No podía más. La necesitaba.

—Oh, Adrian, eso ha sido… Dios… Ha sido inesperado y maravilloso… —confesó ella, al tiempo que le sonreía.

El duque se quedó inmóvil al oírla y al ver su expresión. La realidad le cayó encima de golpe, fría y brutal.

Un minuto más y la habría hecho suya como si fuese una falda ligera en un callejón del East End.

Soltó una maldición y se obligó a apartarse antes de cruzar aquella peligrosa línea. Elspeth intentó abrazarlo de nuevo, pero él le sujetó los brazos para detenerla. Tenía los labios hinchados por los besos; los ojos de ella lo miraban con ternura y devoción. Ya la tenía. Él lo sabía. Debería vanagloriarse por su triunfo. Adrian había sabido que con seducirla le serviría. La victoria le supo a cenizas, aunque no entendía el motivo. Y pese a saber que ella le permitiría terminar lo que él había empezado y tanto ansiaba culminar, no podía hacerlo. Por lo visto todavía le quedaba un resquicio de dignidad.

—¿Tanto me deseas que sacrificarías tu virginidad en un cuartucho sin cama? —escupió, furioso consigo mismo por no haber tenido más disciplina. No había pensado en más que darle un par de besos ardientes para derretirla. Algo había fallado en su sencillo plan. Sus dedos todavía tenían restos del placer de Elspeth y él solo deseaba llevárselos al paladar para saborear mejor su dulzura. ¡Maldición! Ella tenía que apartarlo y dejar de mirarlo con esos ojos tiernos.

La escocesa parpadeó, confundida.

—Me haces perder la cabeza y… ¿luego me regañas por no haberte detenido?

El hechizo entre ambos se rompió con esas palabras. La claridad volvió, implacable. En especial para Ravenscourt.

—Deberías odiarme, Elspeth, no desearme. Nada bueno puede salir de esto. —Se le endureció la voz—. Pero ahora que sé lo que sientes de verdad por mí… No podrás escapar. No te permitiré huir. Serás mía —sentenció.

Entonces se apartó de ella. Se dio media vuelta y salió a toda prisa, con el corazón hecho trizas y el cuerpo ardiendo. Un bastardo de negro corazón. Sí, eso era… aunque, al menos, había sido capaz de no arrastrarla a una indignidad mayor.

Capítulo 5

Los hombres eran criaturas extrañas. ¿Por qué no existía un manual sobre cómo interpretarlos? Y si además ese hombre era también un duque, el drama estaba servido. ¡Qué se lo dijesen a Elspeth!

Una semana después de que Adrian le hubiese regalado un momento único, la escocesa seguía sin fiarse de su propio cuerpo y estaba bastante desconcertada.

Había intentado convencerse de que aquel episodio en la salita no había sido más que un arrebato, una especie de trampa del deseo o un tropiezo peor que el de aquel vals con Perth. Había repetido esa versión hasta cansarse de oírse a sí misma y con igual disciplina con la que había llevado las cuentas en la destilería. Sin embargo, cada vez que se quedaba a solas, el recuerdo se le colaba para despertar un hambre que sabía que solo él sería capaz de apagar.

Y no solo recordaba las manos de Adrian por todo su cuerpo y su boca besándola con auténtica pasión.

También recordaba lo que él le había dicho antes de marcharse de allí.

Aquello era lo que más la enfurecía. La docilidad momentánea que había nacido en ella al sentir sus manos, la manera en que su pecho se había apretado de necesidad y ese instante en el que había dejado de ser una mujer sensata para convertirse en una verdad simple, ardiente e imposible de esconder. Adrian no podía ser tan necio como para no saber lo que había provocado al ejecutar aquella audacia. Él había hecho una apuesta y le había salido bien, porque aunque ya no tuviese trece años, seguía existiendo en ella esa parte obstinada que no había terminado de despedirse del muchacho de sonrisa fácil y ojos oscuros que tanto la fascinaba.

Y aun así, lo que más le oprimía el estómago no era el recuerdo del placer, eran sus últimas palabras. Le había dicho que no la dejaría escapar. Se lo había dicho con una frialdad que no encajaba con el incendio que provocaron, ni con esa voz seductora que le había regado los oídos con palabras ardientes y tiernas a la vez.

Elspeth se había quedado clavada al suelo después de escucharlo, aturdida, tratando de entender en qué momento aquel beso se había convertido en una amenaza. Le había dicho que sería suya y que no le permitiría huir. No había sido una promesa romántica, fue algo mucho más trascendental que no entendía. Además, le había soltado otra frase que la perseguía como un presagio fatal.

«Deberías odiarme».

¿Por qué habría querido que lo odiara? ¿Qué clase de hombre besaba y, al mismo tiempo, pedía odio a cambio? En su cabeza todo sonaba a contradicción, a culpa, a algo enrevesado que él escondía tras el título y esa máscara sombría que se le pegaba al rostro en cuanto salían de una habitación cerrada.

El problema era que la táctica del duque de Ravenscourt había funcionado.

Lo tenía residiendo en su mente y su corazón las veinticuatro horas.

De día, con la luz y el ruido de Londres, Elspeth lograba fingir. Le sonreía a Honoria, cumplía con el protocolo, se sentaba donde debía; escuchaba las conversaciones sin prestar demasiada atención y asentía cuando convenía. Luego se burlaba de sí misma por permitir que un inglés orgulloso la descolocara.

De noche, la canción era otra.

Le bastaba consentir el roce de una tela en la garganta para recordar la presión de su boca. Incluso un acorde lejano de música traía de vuelta aquel instante en el que se habían movido al mismo ritmo, sin público, sin reglas y sin nada que los separara. Le bastaba con cerrar los ojos para recrear su mirada oscura y esa necesidad que parecía insultarlo a él tanto como la derretía a ella.

Luego llegaba el infierno.

No solo porque él hubiera salido de aquella salita con una brusquedad que la había dejado temblando, como

si ella hubiese sido una tentación indecente que debía apartar de su camino antes de perder el poco juicio que le quedaba. No. El verdadero infierno había venido después. Durante esa semana, Adrian había vuelto a ser frío, sombrío y duro, porque las pocas veces que lo había visto a lo lejos, él había hecho como si ella no fuese más que una mota de polvo en el ambiente.

Y era despiadado no solo con ella, lo cual ya era irritante. También con Honoria, lo cual era imperdonable y con su madre, todavía peor. En la mesa, respondía lo justo. En los pasillos, evitaba cruzarse con cualquiera y si entraba en un salón y allí había alguien, se apresuraba a marcharse a toda prisa.

A Elspeth, directamente, la evitaba.

No la miraba más de lo necesario y mucho menos le sostenía la mirada. No le dedicaba ni una sola palabra que se pareciera al hombre que la había acorralado contra una pared y le había arrancado una confesión con la boca. Era capaz de pasar a su lado y fingir que no existía.

Aquello la descentraba más que cualquier arrebato.

Si la deseaba, ¿por qué la evitaba?

Si había decidido que sería suya, ¿por qué se comportaba como si la presencia de ella lo ofendiera?

En algunos instantes, Elspeth se convencía de que él la estaba castigando, de que estaba empeñado en dejarle claro que el poder era suyo, que podía encenderla y

apagarla a su antojo, que podía hacerla arder y luego obligarla a caminar entre brasas con la cabeza baja.

En otros momentos, la idea cambiaba de forma y le daba un vuelco el pecho.

Tal vez no era crueldad. Tal vez fuese miedo.

Miedo de sí mismo, a lo que se había permitido en aquella salita. O pánico a cruzar una línea que lo obligara a mirarse en un espejo y reconocer que, por mucha rabia que llevara en la sangre, seguía siendo capaz de desear algo que no encajaba en sus planes. Algo de eso debería ser si le había dicho que debería odiarlo.

Esa posibilidad la enfurecía casi igual. Porque, si era miedo, significaba que Adrian Harrington no tenía intención de dejarla en paz, que solo estaba buscando la manera de hacerlo sin perder el control.

Cada noche en su habitación, se sentaba ante el espejo, para observarse con una severidad que habría impresionado a cualquier institutriz. Tenía los labios en su sitio, lógicamente, pero parecía que ya no le pertenecían, que los había conquistado ese duque extraño que la tenía tan desconcertada.

Si él estaba jugando para que fuese ella quien lo persiguiera, había elegido a la mujer equivocada. Elspeth Sinclair no perseguía a nadie, sin embargo, tampoco huía.

Y esa era la parte que la inquietaba de verdad, el asunto que le daba miedo reconocer, porque, oh sí, ella también estaba aterrada.

Lo deseaba cada día más. Con su indiferencia no solo la irritaba, sino que lograba que lo quisiera todavía más.

Extraño. Todo resultaba una situación de la que no sabía a qué atenerse, porque esa noche las había invitado a ir al teatro. A Honoria y a ella, ya que la duquesa detestaba esa clase de entretenimientos.

Toda una semana sin prestarles atención ni a su hermana ni a ella y de pronto quería ir a divertirse al teatro. Así que ahí estaba Elspeth, contemplando por primera vez que el bullicio de Covent Garden tenía un ritmo propio, distinto al de los salones. Había carruajes que se detenían con brusquedad, lacayos sorteando faldas y damas subiendo los escalones con el temple de quien iba a enfrentarse a un público más cruel que cualquier matrona, porque allí todos opinaban de forma cruel. El teatro relucía desde la entrada, cargado de terciopelos y miradas.

Elspeth estaba atenta a cada detalle y se esforzaba por no parecer impresionada. Se obligaba a parecer indiferente aunque por dentro la cosa fuese otra. Iba colgada del brazo derecho del duque, quien en el izquierdo llevaba a Honoria. Adrian caminaba con ese aire sobrio que había perfeccionado durante la semana, demasiado frío para un hombre que, en privado, no había tenido reparos en tambalear su mundo. No decía gran cosa. Tampoco hacía falta. Su presencia bastaba para que algunos rostros se girasen con curiosidad.

Honoria, en cambio, parecía una campana a punto de repicar debido a la alegría. La emoción se le notaba con facilidad. Era una dama que presumía de su hermano.

—No pongas esa cara de funeral, Adrian —le susurró Honoria, a salvo del gentío, con una sonrisa taimada—. La obra será divertida.

Elspeth se limitaba a respirar y a no recordar que quien estaba a su lado era un hombre que la tenía tan exasperada. Si había sobrevivido al silencio del carruaje mientras llegaban al teatro, saldría indemne de la función también. Por suerte, Honoria actuaba de escudo entre los dos.

Y cuando la escocesa creía que nada podría ir a peor fue cuando lo vio.

Lord Perth apareció entre el flujo del público con la corrección que lo caracterizaba, como si el mundo le perteneciera por derecho. Su mirada encontró la de Elspeth y, durante un instante, a ella le dio la sensación de que aquel vizconde era lo más parecido a una tabla de salvación que Londres podía ofrecerle. Mentirosa. Ella estaba loca por un duque que ni la miraba…

Perth se acercó amigablemente con una admiración que no se molestó en disimular. Su sonrisa le llegaba de oreja a oreja.

—Señorita Sinclair, qué gran placer encontrarla aquí. Lady Honoria, es agradable verla.

Elspeth notó cómo se le tensaban los hombros, porque el instinto le gritaba que Adrian reaccionaría. La semana anterior le había demostrado que, cuando decidía intervenir, era capaz de hacerlo con una crueldad

formidable. Se preparó para que Adrian lo despachase. Eso no llegó a ocurrir.

El duque reconoció su presencia con una inclinación mínima, educada, como si el vizconde no fuera el rival que a ella le había dicho que era.

Lord Perth, que no parecía ser un hombre al que le intimidaran los títulos más elevados que el suyo, mantuvo la compostura.

—Su Gracia —lo saludó el vizconde.

Adrian respondió con voz neutra:

—Milord.

Honoria, encantada con cualquier cosa que añadiera vida a la velada, dio un paso adelante.

—¡Lord Perth! —lo saludó la hermana de Ravenscourt como si acabara de encontrar una joya perdida —. Venga con nosotros. Tenemos el palco de la familia listo y siempre he considerado que los números pares son mejor.

Elspeth volvió a notar un tirón de pánico por dentro. Se habría conformado con sostener una conversación civilizada en el vestíbulo. Compartir palco era otra cosa. Implicaba cercanía y no sabía si el duque seguiría mostrándose tan civilizado con un pretendiente que había dejado patente su interés en ella. Aunque también podría ocurrir que Ravenscourt ya la hubiese olvidado por completo. Seguramente pensaba que todo lo ocurrido entre

ambos fue un error, y de ahí que actuase como si nada trascendental hubiese sucedido entre ambos.

Perth miró a Elspeth de un modo muy evidente. La alegría en sus ojos era imposible de disimular. Ay, si fuese el témpano de hielo quien la mirase así…

—Si la señorita Sinclair no tiene inconveniente, me sentiría honrado de escoltarla y compartir el palco.

Elspeth le sonrió y fue entonces cuando percibió que Adrian se tensaba. No hizo un gesto teatral. No levantó la voz tampoco. La tensión se le veía en el ángulo de la mandíbula y en la rigidez de los hombros.

Aun así, no puso impedimentos.

—Adelante. Será usted más que bienvenido —le dijo el duque, sin emoción.

Elspeth lo miró de reojo, incapaz de entenderlo. ¿Le había hecho una declaración del todo posesiva en aquella pequeña estancia para, en el momento preciso, mostrarse indiferente y cedérsela a su pretendiente más evidente?

Perfecto, pues. Acababa de tener la confirmación de que él había pasado página.

Se soltó del brazo del duque y pasó a aceptar el de lord Perth.

—Será una velada encantadora, milord —le dijo ella con afabilidad.

—¿A que hacen buena pareja, Adrian? —escuchó la escocesa que le decía Honoria a su hermano. Y aunque trató de escuchar lo que respondió el duque, no logró entenderlo.

Subieron por la escalera principal. El palco de Ravenscourt quedaba en una posición privilegiada. Bastaba con asomarse para sentir el peso de los ojos de toda la sociedad.

El murmullo los envolvía, vibrante, lleno de risas discretas, con muchos binoculares espiando y comentarios que parecían inofensivos, pero que no lo eran.

—Honoria —la llamó su hermano—, si te sientas en esa esquina verás mejor el escenario Usted, lord Perth, hágalo al lado de mi hermana, a continuación que tome asiento la señorita Sinclair, y yo me quedaré aquí.

Se sentaron de ese modo porque nadie se atrevió a discutir las instrucciones de Ravenscourt. Y a Elspeth no le agradó la distribución de los asientos en absoluto. No le agradaba estar en medio de esos dos caballeros. A su mejor amiga no le importó en absoluto quedarse junto al vizconde.

El telón subió. La función arrancó con fuerza. Las luces bajaron en la sala lo suficiente para que los rostros perdieran parte de su nitidez. Según le había explicado Honoria, en Covent Garden utilizaban el gas para la iluminación, lo que significaba un gran avance moderno. Aun así, la oscuridad regalaba una sensación engañosa de privacidad.

Elspeth se obligó a concentrarse en la función.

No lo consiguió. El frío duque de Ravenscourt tenía otros planes.

Primero lo notó en el pie. La puntera de la bota de Adrian rozó su escarpín, de modo suave, fue apenas un contacto que pudo haber sido un accidente. Elspeth se dijo que lo habría sido. Pero cuando el roce se volvió más deliberado…

Ella mantenía la vista al frente mientras Adrian trataba de ponerla nerviosa. No se movió. No quería premiarlo con una reacción. Tenía a Perth al otro lado, a Honoria a pocos palmos y a un teatro lleno de gente dispuesta a inventar historias con un simple parpadeo.

El pie de Adrian insistía una y otra vez, lento, provocador, bordeando el límite de lo tolerable mientras Elspeth apretaba los dedos sobre el programa hasta que el papel crujió.

Entonces la bota se retiró durante unos segundos. La escocesa pensó que, al fin, había ganado una batalla pequeña. Luego sintió otra cosa.

Una mano. Y no era la de Perth. Por suerte, el vizconde estaba igual de concentrado que Honoria en la obra.

Adrian había apoyado el antebrazo en el borde del palco con la apariencia tranquila de un hombre que escuchaba los diálogos de los actores y no estaba tratando de molestar a su acompañante. Sus dedos, sin embargo, se

movían con una paciencia venenosa. Le rozaban la parte interna de la muñeca y, aunque llevaba guantes, la caricia se sentía íntima y brutal.

Elspeth se quedó quieta. Se negaba a reconocer que la estaba tocando. Quería ser tan indiferente como él. Cosa complicada, pero, por Dios, que lo intentaría.

El contacto comenzó siendo leve, luego más firme. Le costaba respirar. ¿Qué sentido tenía hacer precisamente algo así en esos instantes?

Ella notaba cómo le subía el calor por el cuello y cómo el corazón le golpeaba el pecho con fuerza. Cerró un momento los ojos. Apretó los muslos porque regresaron a su mente todas aquellas caricias, besos y jadeos… ¡Dios!

Luego lo miró por el rabillo del ojo con disimulo. Adrian no la miraba. Estaba concentrado en el escenario. Lo hacía a propósito y eso era lo insoportable.

La mano de él se situó entonces en la cadera femenina y comenzó a trazar círculos ahí. Elspeth pegó la espalda contra el respaldo. Debía estar quieta y dejar que él se agotara.

¡No se cansaba!

Los dedos de Adrian bailaban de aquí para allá, de un modo completamente inapropiado e íntimo. Elspeth trataba de concentrarse en la obra. ¡Imposible! Le venía a la mente la salita: la pared fría contra su espalda, sus labios besando su piel y el éxtasis formándose en el centro de su

ser para llenarla de pura satisfacción mientras sus dedos trabajaban en su interior… ¡Dios!

Y, en ese instante, comprendió su juego.

Adrian no iba a pelearse con Perth en público. Él iba a usar a Perth para recordarle a ella lo que había ocurrido en privado. Pretendía obligarla a mantener la compostura mientras su cuerpo la traicionaba.

Para él, ella solo era un juego entretenido al que decidía jugar cuando le apetecía.

Elspeth sintió una gran náusea subirle por la garganta. Y eso no era todo. La ansiedad, la excitación y la humillación la estaban desbordando.

No podía quedarse allí.

Se inclinó hacia Honoria con una sonrisa que no le salió del todo.

—Tengo que… —Se tragó una arcada.

Honoria frunció el ceño.

—¿Estás bien?

Elspeth asintió demasiado deprisa.

—Solo necesito… aire.

Se puso de pie antes de que su cuerpo la delatara con un temblor. Perth se levantó al instante, caballeroso.

—La escoltaré yo mismo. Atienda a mi hermana, milord —le dijo el duque al vizconde.

La escocesa le lanzó una mirada tan gélida como las de él.

—No hace falta, Su Gracia. Regresaré enseguida.

No esperó más respuesta. La escocesa salió del palco con una rapidez impropia. El pasillo la recibió con un silencio y una soledad que agradeció de inmediato. Entonces comenzó a caminar para ver si lograba tranquilizarse. No llegó muy lejos. Escuchó unos pasos a su espalda y supo quién estaba tras ella.

La mano de Adrian se cerró sobre su brazo antes de que pudiese salir corriendo. Dio un respingo, no debido a la sorpresa, sino por la rabia que sentía.

—Suélteme, de inmediato —le ordenó con formalidad y gran enfado.

Adrian no lo hizo. La condujo hacia una puerta cercana, hasta uno de esos pequeños cubículos laterales del teatro que parecían estar destinados a la discreción de los ricos y a los pecados de los imprudentes.

Entraron

Adrian cerró.

Elspeth se zafó con fuerza.

—¿Qué demonios te propones? —La etiqueta se esfumó. En privado ya no había disfraz que aguantara.

Adrian la miró con los ojos más vivos de lo que habían estado en días. Había preocupación en ellos.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enferma?

Elspeth soltó una risa sin humor.

—¿Y tú me lo preguntas? ¿Por qué no puedes dejarme en paz como has estado haciendo la última semana? Se te ha dado muy bien hacer como si yo no existiera.

—Eso no ha sido así, Elspeth.

—¿Ah, no? ¿Y cómo llamarías a lo que has estado haciendo conmigo desde que me dejaste sola dentro de una salita después de… ¡Oh, Dios! —murmuró mortificada.

—Te he dado tiempo para que te acostumbres a los cambios que pronto llegarán.

—¿Tiempo?

—Eso he dicho.

—Qué casualidad que el tiempo, según tú, se me haya acabado justo cuando Perth se ha sentado a mi lado…

¿Te das cuenta de lo que sucedería con mi reputación si alguien supiese todo lo que me has hecho?

—¿Te refieres a lo sucedido esta noche o durante aquel baile?

—¿Todo es una broma para el gran duque de Ravenscourt? —se quejó ella.

—No, tú eres un asunto que me tomo muy en serio —le dijo.

—Qué diferencia tan deliciosa. —Elspeth apretó los puños—. ¿Te has divertido? ¿Ahí, en el palco, con tu pie y tu mano, con Perth sentado al lado, con Honoria a dos palmos? ¡No puedes hacer eso, Adrian!

El duque no se disculpó. Tampoco apartó la mirada de la de ella como muestra de vergüenza.

—Te has puesto nerviosa, por eso has salido corriendo. —Entendió al fin.

—¡Claro que me he puesto nerviosa! —Lo miró con furia—. Has estado una semana evitándome. Una semana mirándome como si yo fuera una molestia. Y, de pronto, decides… ¿decides hacer todo eso frente a la sociedad? —insistió.

Adrian apretó la mandíbula y luego habló con un tono más bajo:

—Perth te mira demasiado y no me agrada. Me ha parecido muy oportuno recordarte a quien perteneces.

La boca de la escocesa se quedó abierta de par en par

—No sé por dónde empezar a rebatir… Sí, ya lo sé. Perth me mira con educación. Lo que tú haces conmigo no tiene nada de educado.

—No me pidas educación cuando tú… —se silenció porque no estaba bien decirle que ella le había permitido tocar su feminidad mientras suplicaba por su toque.

Elspeth se envaró porque sospechaba que iba a reprocharle algo.

—¿Cuando yo qué, Adrian?

—Disfrutaste de lo que te hice y sé que lo que más te molesta de toda esta semana en la que aseguras que no te he hecho caso, es que no he vuelto a tocarte de ese modo.

—Tendría que abofetearte en este instante.

—¿Me abofetearías por decir la verdad?

—Esto no puede seguir así.

—Dirás que hay que avisar a Perth de que no puede tenerte porque ya eres mía.

—Oh, Dios… —musitó exasperada.

—No deberías haberlo invitado a venir con nosotros. Le das falsas esperanzas y no puedo tolerarlo.

—¡Yo no lo he invitado! Tu hermana lo ha hecho y tú me has arrojado a sus brazos sin ningún remordimiento.

—No, eso es falso. Yo te he dado la oportunidad de desalentarlo y has hecho todo lo contrario. Pudiste haberle dicho que sería mejor que escoltase a mi hermana. Si él te gusta, vas a tener que sacártelo de la cabeza, porque no pienso compartirte con nadie, Elspeth.

—¿Cuándo te convertiste en un tirano frío, Adrian? No eres ni de lejos el muchacho encantador y jovial que recuerdo.

Él se tensó.

—Eso no importa. Hoy te he recordado que sigues reaccionando a mí —dijo el duque.

Se quedó helada.

—¿Eso era? ¿Un experimento?

—No lo llames experimento.

—¿Cómo lo llamo, entonces? —La voz de Elspeth tembló de rabia—. ¿Capricho?

Adrian dio un paso más. La distancia se redujo.

—Te he tocado porque puedo hacerlo y a ti te gusta. No quiero que olvides que Perth no te tendrá.

Elspeth sintió que le ardía la cara.

—Dios santo… De verdad que no te reconozco. No es que piense que estás loco, es que de verdad lo estás.

El duque bajó la voz aún más:

—Y aun así me quieres.

La escocesa abrió la boca, furiosa, y no encontró defensa que no la dejara en evidencia. Le había concedido sus favores y contra eso no había alegato posible. Suspiró, cansada.

—No pienso ser tu juguete.

Adrian se tensó otra vez. El músculo de la mandíbula se le volvió a marcar.

—No eres ningún juguete.

—Entonces deja de tratarme así.

—¿Así cómo? —No la entendía.

—Como si tu voluntad fuese lo único que cuenta. ¿Qué hay de mis deseos?

—Te he dicho que nos casaremos. Serás mi duquesa. ¿Qué más quieres?

—No lo entiendes.

—Entonces explícamelo.

—Si te lo tengo que explicar, Adrian, entonces ya no lo quiero.

—Escúchame, Elspeth, porque esto es muy sencillo. Tú me deseas y me quieres. ¿O vas a negarlo?

—Dios sabe que me encantaría hacerlo, pero tú sabrías que es mentira —aceptó.

—Pues solo nos queda casarnos.

Ella soltó un suspiro de lo más nervioso.

—¿Así, sin más? ¿Soy una yegua que has visto en Tattersalls?

Adrian le sostuvo la mirada. El silencio que se instaló entre ambos tenía la densidad de una confesión.

—Esta semana ha sido muy larga, Elspeth. Te he evitado porque no he querido… —empezó, y se detuvo. La palabra que no dijo se le quedó en la garganta.

Ella se quedó inmóvil.

—¿No has querido qué?

Adrian la miró con una mezcla de irritación y algo más oscuro.

—No me hagas decirlo.

Elspeth alzó el mentón, desafiante.

—Hazlo.

Él soltó el aire de golpe.

—No he querido desearte cada vez que respirabas cerca de mí. No te poseeré hasta que accedas a casarte conmigo y como sé que eres tozuda, he estado esperando a que reaccionases de algún modo.

La frase fue lapidaria. Elspeth sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

—Pues lo has resuelto de maravilla —susurró—. Te ha parecido apropiado desearme en mitad del teatro. ¿O estoy equivocada?

Adrian dio un paso. Elspeth no retrocedió.

—¿Tenías miedo de acalorarte y comenzar a rogarme con Perth a tu lado?

—¡Desde luego que no! —se envaró la dama.

—Has salido corriendo por un par de toques —le recordó.

—Porque tengo sentido común.

—No —la corrigió él, y su voz se volvió peligrosa —. Ha sido porque te asusta lo que sientes.

Lo miró con furia.

—Lo que me asusta es lo que tú prometiste.

Adrian frunció el ceño.

—¿Qué prometí?

Elspeth notaba que el corazón le golpeaba contra las costillas con demasiada fuerza, pero era imposible calmarse.

—Que no me permitirías huir.

—¿Estás diciendo que quieres huir de mí después de no poder negar que me quieres y me deseas?

—¿Y si decido hacerlo, Adrian? ¿Y si quiero escapar?

—Muy bien, Elspeth. Estás furiosa porque no eres tú la que dicta las normas de nuestra relación. Dime qué quieres que haga.

La escocesa tenía la garganta apretada.

—Quiero que decidas. —Le tembló la voz—. O me dejas en paz o…

—No puedo dejarte en paz y lo sabes —admitió, ronco.

Elspeth sintió el deseo. Rápido y traidor.

—Pues aprende a no humillarme delante de otros.

Adrian ladeó la cabeza.

—¿Eso ha sido humillación?

—¿Cómo llamarías tú a comenzar a tocarme con Perth al otro lado y frente a toda la sociedad?

—Te he tocado porque necesitaba saber que seguías deseándome aunque hubieses aceptado a toda prisa el brazo de tu pretendiente —le explicó.

Elspeth apretó los puños. Le ardían los labios por un recuerdo que no tenía derecho a recordar.

—Pues ahora que lo sabes —dijo, con una calma que le costó mucho mantener—, vuelve a tu palco. Sonríe. Saluda. Compórtate como el duque imperturbable que has sido esta última semana. Deja a Perth tranquilo. Deja a Honoria tranquila. Déjame a mí…

Adrian no la dejó continuar. Cerró el poco espacio que quedaba entre ambos y estampó su boca contra la de ella. Logró resistirse hasta que sintió la lengua de él deslizándose sobre sus labios bien cerrados. Se echó a sus brazos y permitió que la besase muy concienzudamente.

Cuando el duque consideró que ya había tenido demasiado, porque si se dejase llevar acabaría poseyéndola esta vez contra la pared más próxima, se separó de ella y la miró de un modo tan ardiente que se le erizó toda la piel.

—Esta es la última vez que me tendrás cerca, Elspeth. Me has acusado de ser tirano y frío. Contigo no logro contenerme ni lo pretendo. Bien. Seré magnánimo con respecto a nuestra relación. No te he evitado, te he dado tiempo para que valorases lo que te ofrezco, no quería presionarte y me lo has echado en cara. Parece que nada de lo que haga va a gustarte, así que dejaré en tus manos lo que quieras que hagamos. Si huyes de mí, no te perseguiré; tienes mi palabra. Pero, si decides que quieres tenerme, deberás dar un paso al frente a partir de ya mismo. Tú tomarás las decisiones a partir de ahora. Regresaré al palco, ve a la sala de retiro si lo necesitas y ven.

Entonces Adrian hizo lo que mejor sabía hacer. Giró sobre sus talones y la dejó allí dentro, sola, desamparada, furiosa y llena de deseo.

Y en ese cubículo estrecho, con el teatro bullendo al otro lado de la puerta, Elspeth comprendió que había cometido un error al forzarlo.

El duque de Ravenscourt no estaba jugando con ella para que lo persiguiera. Había conseguido que lo desease todavía más, y sabía que a partir de ese momento tendría que perseguirlo ella a él o apartarse.

¡Formidable!

Capítulo 6

White’s no perdonaba el espectáculo, aunque se alimentaba de él con la misma devoción con la que servían el brandy. Aquel club de caballeros tenía la cortesía de fingir que los vicios eran virtudes privadas y la hipocresía, una forma de elegancia.

El duque de Ravenscourt ocupaba su lugar en sociedad con una sobriedad que no le nacía del alma, sino del oficio aprendido a golpes en cinco años de exilio. Había hombres que lo saludaban con una inclinación prudente, otros con un entusiasmo interesado. Desde que regresó, todos lo miraban con ese brillo particular que solo reservaban para los duques recién estrenados: el brillo del depredador que olía a herencia fresca.

Él contestaba lo justo, pues había convertido la frialdad en su armadura. Al fin comprendía a su padre. Se había jurado no perder el control. En esos instantes, lo único que necesitaba era silencio, distancia, una mesa de juego cualquiera para hacer creer al mundo que nada le alteraba, porque la maldita hermana de Malcolm se lo estaba poniendo todo muy difícil. Le había dicho que esa

semana en la que no la había mirado más de dos veces fue para darle algo de espacio. No era mentira del todo. Ella lo alteraba muchísimo. Se sentía muy posesivo con ella y eso lo descolocaba por completo. Eso sin hablar del modo en el que la deseaba. Tal vez cuando se acostase con ella el deseo se suavizase, porque creía que el motivo por el que la quería en su cama de ese modo tan feroz era porque… ¿por qué?

¡La deseaba y necesitaba más que al aire para respirar! No había estado preparado para esa contrariedad. La escocesa, durante aquella semana, no había tenido ningún reparo en devolverle el golpe de hacer como si él no existiese. ¡Mujeres!

Y luego estaba lo del teatro la noche anterior. Odiaba a Perth de un modo visceral. Cuando la vio ir de su brazo… Deseaba matarlo tanto como acostarse con Elspeth.

¡Si él no era del tipo celoso! ¡Bien! Sí. Retó a su mejor amigo a duelo porque lo vio besando a la mujer con la que planeaba casarse, pero aquello fue un hecho puntual. Fue más por traición que por otra cosa.

Frunció el ceño. ¿Cuál era el motivo por el que el recuerdo del pasado comenzaba a pesar menos de lo que lo había hecho los últimos años? No importaba.

Una sonrisa comenzó a formarse en su rostro cuando vio a Perth entrar en el club. Era momento de quitarse ese estorbo de encima.

El vizconde avanzaba entre los grupos con esa corrección pulida que solía gustar a las madres y desesperar

a los hombres que preferían un buen puñetazo a los modales. ¿No entendía Elspeth que ese vizconde era un querubín que no le traería nada de dicha y sí mucho aburrimiento?

Perth saludó a un par de caballeros, aceptó un gesto aquí, otro allá, y cuando su mirada encontró la de Adrian, no retrocedió. Tampoco aceleró el paso.

Se acercó con una serenidad que olía a desafío. Mejor. Ese hombre tenía que sospechar algo después de que él hubiese salido tras los pasos de la escocesa y tardase tanto en regresar al palco. En especial, porque Adrian se había ocupado de que varios mechones de su pelo se saliesen de su perfecto recogido cuando la besó. Y ayudó también que ella hubiese estado bastante acalorada cuando regresó. Un hombre inteligente se habría dado cuenta de lo que ambos habían estado haciendo.

¿Sería Perth inteligente? Lo dudaba.

—Su Gracia —lo saludó, al tiempo que se inclinaba lo necesario—, no esperaba encontrarle aquí.

Adrian sostenía el vaso que tenía en la mano sin beber.

—¿Por qué? Soy un duque, se espera que visite los lugares adecuados.

—Y yo un vizconde. Supongo que estoy en el lugar adecuado también —dijo, mientras alzaba una ceja de modo sardónico.

Adrian sonrió de lado. El tono desafiante del vizconde era muy reconocible. Ahí vio que su rival iba a darle la pelea que estaba buscando.

—¿Dejamos las cosas claras de una vez, Perth?

—¿Se refiere a la señorita Sinclair, Ravenscourt? —contraatacó el otro.

La frase, dicha con suavidad, le apretó algo en el pecho a Adrian. No era rabia; aquello era una punzada que reconocía con facilidad, oscura y peligrosa.

—Vayamos al asunto, pues. La señorita Sinclair está bajo mi protección.

Perth parpadeó despacio.

—No tenía constancia de que fuese usted su tutor legal.

—No lo soy —admitió Adrian—. Pero está hospedada en la casa en la que reside mi madre. Es mi hermana quien la acompaña. Y, por consiguiente, lo que ocurra con ella me concierne.

—La señorita Sinclair es mayor de edad —apuntó Perth con calma—. Y si la conociese un poco más, se habría dado cuenta de que no le agrada que nadie decida por ella.

Adrian le sonrió apenas. No fue una sonrisa agradable.

—Celebro que lo sepa. Le ahorrará disgustos porque usted no es para ella.

Perth ladeó la cabeza, aún educado.

—¿Es un aviso?

—Es la verdad —replicó Adrian—. No autorizaré un compromiso. Ni una relación. Ni un cortejo que empiece a parecerse a algo serio.

La mirada de Perth se endureció lo justo para que se notara.

—¿Y en virtud de qué piensa impedirlo?

Adrian se acercó un paso, lo suficiente para que el tono de la conversación dejara de ser social y pasara a ser personal.

—En virtud de que puedo. ¿Ha olvidado que soy un duque, Perth?

—¿Y usted que yo soy un vizconde?

—Se lo diré de modo claro: usted no me agrada —dijo Adrian—. Además, a ella no le conviene.

Perth dejó escapar una risa breve, controlada.

—Tiene usted una forma curiosa de decidir lo que le conviene a los demás. Y me importa un cuerno que no me apruebe. La que tiene que aprobarme es la dama.

La conversación había empezado a atraer miradas de reojo. En White's se miraba sin parecer que se examinaba. Aquello era un deporte que todos sabían practicar.

—Ella tampoco lo aprueba. Deje el asunto tal y como está y pase a otra cosa. La temporada todavía no ha terminado —le aconsejó.

—La señorita Sinclair no es una moneda de cambio, Ravenscourt.

—Precisamente por eso —respondió Adrian, sin bajar el volumen—. No voy a permitir que un hombre al borde de la ruina la convierta en su salvación.

La acusación cayó con la precisión de una navaja. Perth se quedó quieto un instante, aunque el color le subió a la cara.

—Eso es… una insinuación impropia.

—Es un hecho —remató Adrian—. Es usted muy inteligente, sigue gastando su dinero con alegría, pero de nuevo olvida que yo soy un duque y que tengo más contactos. Lo sé todo, Perth.

El aludido apretó los dientes.

—Yo no busco su fortuna.

—Me alegra. Porque no la tendrá —dijo Adrian, y entonces añadió, con una calma que era casi pura crueldad

—: Puedo hacerle una oferta, si le interesa conservar un resto de dignidad.

Perth lo miró, gélido.

—No necesito ofertas.

El duque inclinó un poco la cabeza.

—Sus acreedores sí. Y sus amistades también, porque hoy le sonríen, pero mañana le cerrarán la puerta. Todo se acaba sabiendo por más que pueda pensar que se oculta bien.

Perth dio un paso hacia él.

—¿Qué oferta?

Adrian bajó la voz, pero no suavizó nada.

—Usted se aleja de la señorita Sinclair. Yo me ocupo de que su situación deje de ser… apremiante.

El vizconde lo miró durante lo que pareció un siglo. Luego le sonrió del mismo modo arrogante que hacía Adrian.

—No —se negó con una lentitud deliberada.

—Piénselo bien —le dijo él—. Le evitará una caída fea. No tendrá otra oportunidad como la que le estoy dando.

—No trate de comprarme, Ravenscourt —escupió Perth—. Y no crea que puede interferir en los sentimientos de una mujer que sabe lo que quiere.

Adrian comenzaba a sentir el latido en la sien. No era debido al whisky. Era por Elspeth.

—¿Insinúa que ella lo ama, Perth? —replicó.

—Si tenía alguna duda, su propuesta me lo ha confirmado, Su Gracia. —El modo en el que dijo las últimas dos palabras hicieron que el duque quisiera darle un puñetazo. Se contuvo a base de fuerza de voluntad.

Aquella frase, dicha sin florituras, causó un silencio breve alrededor. Un par de caballeros fingieron mirar hacia otro lado con una entrega digna de un teatro.

Adrian no se movió.

—Debería tener cuidado conmigo. No soy un hombre paciente y usted ha consumido ya toda mi paciencia.

Perth se acercó más. Ya no había cortesía.

—La quiero y la tendré —dijo, con la voz firme—. Y no voy a apartarme porque usted se crea su ángel de la guarda.

Adrian notó que estaba a punto de explotar.

—Se lo advierto, Perth.

El vizconde no reculó, se inclinó un poco, demasiado cerca, y su voz se volvió un filo.

—¿Lo ha rechazado ella y por eso trata de comprarme? ¿O acaso ha probado ya la mercancía y se la quiere quedar? Solo Dios sabe lo que le habrá hecho, a una mujer que reside bajo su techo y a la que debería proteger. No fue usted muy cauto en Covent Garden. Usó los pies y las manos para incomodarla mientras la sociedad al completo compartía el mismo espacio. Debería avergonzarse.

El duque abrió los ojos con sorpresa. Así que el canalla lo había visto.

—¿Avergonzarme de que ella me prefiera a mí antes que a usted? No lo creo. Bien. Es definitivo. Mi paciencia ha terminado.

La última palabra aún estaba en el aire cuando Adrian le estampó el puño en la cara.

No fue un golpe elegante. Fue la respuesta de un hombre que llevaba demasiadas cosas metidas en el pecho y acababa de oír la única acusación capaz de prenderle fuego. Perth retrocedió, aturdido, y en la misma exhalación se lanzó de vuelta con rabia.

White's estalló, con sillas que chirriaron, vasos que se apartaron y hombres que se levantaron con un entusiasmo que fingía indignación. La pelea fue breve y brutal. Puños, un empujón contra la mesa o el sonido seco de un golpe que no quedaría bonito al día siguiente. Perth

alcanzó a Adrian en la mandíbula; Adrian le devolvió otro que lo dejó con la boca partida.

—¡Basta! —rugió alguien.

Dos caballeros se metieron entre ambos. Uno sujetó a Perth por los hombros; otro detuvo a Ravenscourt por el brazo. Adrian se revolvió un segundo, pero no intentó soltarse. El control volvió de golpe, a destiempo, cuando ya había hecho el daño.

Perth, con sangre en el labio, respiraba a tirones.

—No puede impedirlo —dijo, con los ojos encendidos—. No puede impedir que ella elija.

Adrian lo miró con una frialdad nueva y más hiriente.

—Puedo arruinarle la vida sin despeinarme, Perth. Y después, aún tendría tiempo para desayunar.

Un murmullo recorrió la sala. El vizconde soltó una risa corta y amarga.

—Ahí está. El hombre miserable que se encontró un ducado sin esperarlo y ahora piensa que todo le pertenece.

Adrian no contestó. Se limitó a colocarse bien la chaqueta con una calma que parecía una burla.

—Si vuelve a acercarse a ella, se arrepentirá.

El pretendiente de Elspeth escupió a un lado. No lo hizo a modo de grosería, sino por la sangre.

—Es buena señal que me tenga miedo. Va a perder, Ravenscourt.

Adrian dio un paso, pero las manos que lo sujetaban lo apretaron con firmeza y no pudo avanzar más.

—No hoy, Su Gracia —murmuró uno de los caballeros que tenía enfrente, casi suplicante—. O por lo menos no aquí.

Adrian se quedó quieto. La cabeza le rugía. Sería conveniente que se calmase. Eso no iba a ser posible. Entonces hizo lo único que sabía hacer mejor: empeorar las cosas.

—La señorita Sinclair ya es mía, Perth. Acéptelo de una maldita vez —dijo mientras le sonreía de modo socarrón.

El vizconde apretó los labios, los puños y no tuvo más remedio que marcharse de allí con el orgullo herido y la rabia corriendo desbocada por su interior.

Y ahí acabó una escena que a Adrian le habría encantado prolongar. Tenía la sensación de que no le había dado suficientes golpes a ese maldito engreído.

Lo que sí terminó fue el secreto. Porque White's era un nido de lenguas. Y aquella misma noche, antes de que el telón de Covent Garden se bajara del todo en la memoria de los asistentes, ya correría un susurro por St

James's, por Mayfair y por los salones donde las damas sonreían con inocencia y los caballeros se creían inmunes.

Un duque y un vizconde se habían pegado en White's por una mujer. Había una escocesa de por medio y Ravenscourt había declarado que ella era suya. El asunto era demasiado jugoso para dejarlo morir. Londres, que adoraba la tragedia con fervor religioso, se preparaba para el festín.

¡Y qué festín!

Capítulo 7

La tarde había caído con una mansedumbre engañosa sobre la casa de Ravenscourt. Después del teatro la noche anterior, el bullicio de Covent Garden se le había quedado a Elspeth pegado a la piel, igual que un perfume demasiado dulce, porque al principio parecía soportable, pero luego empezaba a marear.

En esos momentos, en la salita donde la escocesa se encontraba, el té humeaba en la mesa baja. Honoria había ordenado que no las molestasen. Las dos se encontraban a solas; sin la duquesa, sin visitas y sin el murmullo constante de Londres empujándolas a fingir que todo era sencillo.

Honoria sostenía su taza entre las manos, aunque no bebía. Tenía un brillo en los ojos que Elspeth conocía bien, y ese era uno que aparecía cuando su amiga se proponía decir algo importante y no sabía por dónde empezar.

—Necesito hablar contigo —soltó al fin Honoria, sin preámbulos.

Elspeth dejó el platillo en su sitio con cuidado. Las palabras de su mejor amiga habían sonado muy ducales.

—¿He roto alguna norma sin querer? Porque me temo que en esta ciudad hay normas hasta para respirar.

Honoria no sonrió, y eso ya fue una respuesta.

—No. No es eso. —Inspiró, y la sinceridad le tensó un poco la voz—. Es sobre mi hermano.

Elspeth notó que el estómago se le apretaba. No era hambre. Era esa punzada conocida que aparecía siempre que oía hablar de Adrian en boca de cualquiera. Todavía seguía intentando convencerse de que podía convivir con él sin desmoronarse. La realidad se empeñaba en desmentirla cada día. Además, ella debería estar de lo más tranquila, porque el grandioso duque de Ravenscourt casi le había jurado que no la volvería a molestar.

—Honoria —murmuró, y se obligó a sostenerle la mirada—, si vas a preguntarme si me parece insoportable. Te ahorraré el esfuerzo. Tu hermano me desquicia —trató de salir al paso con una broma casual.

Su amiga soltó una exhalación corta que rozó la risa, aunque no llegó a serlo.

—No te preguntaré eso. Sé demasiado bien cómo es mi hermano. Pueden haber pasado cinco años, y también

puede que no sea el mismo que cuando se fue. Madre dice que es una bendición que haya regresado más centrado, silencioso y comedido, pero creo que él ha sufrido mucho. No, el motivo por el que te he invitado tan solemnemente a tomar el té conmigo es otro. Verás, yo os vi.

Elspeth se quedó quieta.

—¿Nos viste? —preguntó con cautela.

—Sí, anoche. Vi una cosa que me llena de esperanza —le aclaró.

—¿Qué cosa?

Honoria bajó la voz, como si temiera que hasta las paredes pudieran chismorrear.

—Mi hermano te acariciaba las manos en el palco.

Elspeth notó cómo el calor le subía por el cuello. Se preparó para lanzar una respuesta defensiva. No porque no confiase en su mejor amiga, sino porque no quería ponerla en una situación difícil. Adrian era su hermano y no deseaba hacerla sentir incómoda. Dios sabía lo que le había costado guardarse los secretos. Honoria era una amiga en la que ella confiaba, pero incluso eso había logrado sabotear el grandioso duque de Ravenscourt.

—No fue… —se detuvo. La mentira se le atragantó antes de salir—. Honoria, yo…

—No me lo niegues —la cortó, pero sin dureza—. Te conozco desde que eras una cría que quería pelearse con el mundo entero. Y conozco a Adrian desde que era un diablo con cara de ángel. Algo sucede entre vosotros. Sé que Perth te entretiene, pero no te agrada tanto como para pensar en él de un modo romántico.

Elspeth apretó la servilleta entre los dedos.

—No sé qué quieres que te diga.

Honoria apoyó la taza con un golpe mínimo, estaba impaciente consigo misma.

—Quiero que me digas la verdad. —La miró de frente—. ¿Te interesa mi hermano?

Elspeth abrió la boca para soltar una negación rápida, una de esas que salvaban el orgullo.

—Yo… —No le salió nada más.

Entonces Honoria añadió, casi en un susurro:

—No quiero que sufra, Elspeth. Ni tampoco tú. Os quiero a los dos demasiado como para eso.

Esa frase terminó de romperla. Bajó la vista, y durante un instante luchó por mantener el control. La garganta le ardía. Le tembló el mentón y apretó los labios con rabia, como si pudiera morderse el dolor. No le sirvió de nada la contención.

—No sé qué me pasa —confesó, y la voz se le quebró de forma miserable—. Lo detesto. Me pone enferma. No hace más que darme órdenes y suponer lo que pienso y siento. Me vuelve… —tragó saliva con dificultad—. Me vuelve loca. Sé que es tu hermano y por eso llevo callando desde que regresó, Honoria, pero… Yo… Ya no puedo más.

Las lágrimas las tenía en los ojos, las sentía, pero no quería llorar. Cayó la primera, y con esa se le escaparon las demás. Elspeth se llevó una mano a la cara, furiosa consigo misma y se secó las mejillas con el trozo de tela que tenía entre las manos.

Honoria se levantó de inmediato y se sentó a su lado. La rodeó con un brazo, firme, como si estuviera sujetando algo valioso que se iba a caer.

—Ay, Elspeth… —murmuró, y le acarició el pelo con ternura—. Dímelo. Solo dímelo. Siempre seré tu amiga y tú la mía más querida. Es mi hermano, pero no tengo por qué elegir un bando, si es eso lo que te preocupa.

La escocesa negó con la cabeza mientras sollozaba. Luego afirmó.

—He intentado no pensar en él. He intentado ser sensata. Y no puedo. Me… me… —Respiró a tirones—. Creo que me he enamorado de Adrian. Y lo peor es que no entiendo por qué. No es el mismo, tú lo has dicho y yo ya me había dado cuenta nada más verlo por primera vez. No entiendo el motivo por el que no puedo dejar de pensar en él. Es horrible, Honoria. Me duele el corazón, mi mente no piensa con claridad…

La inglesa la miró con un alivio extraño, como si por fin el mundo tuviera sentido.

—Lo entiendes más de lo que crees —dijo despacio—. Solo te da miedo admitirlo. Temes no ser lo suficientemente fuerte para Adrian. ¿Es eso?

Elspeth se secó las mejillas con brusquedad de nuevo.

—Ya sabes que desde que era una niña él me parecía… me parecía lo más maravilloso que había visto. Y luego se marchó. Desapareció. Durante años pensé que se me pasaría. —Se le quebró la voz otra vez—. No se me ha pasado, Honoria. Le basta con colocarse a mi lado para que no sea capaz de recordar ni mi propio nombre.

La hermana del duque apoyó la frente un instante contra la sien de su amiga.

—No fuiste la única que lo echó de menos.

Elspeth soltó una risa triste, casi sin aire.

—No quiero quererlo porque creo que él no… no…

—Temes que no pueda amarte —terminó Honoria por su amiga—. Ya hemos decidido que no es el mismo que cuando se marchó, así que creo que consideras que no es el hombre del que te enamoraste y temes que su firmeza y frialdad te hagan daño. Yo también estoy preocupada por él, pero desafió las normas en medio de Covent Garden, Elspeth, y eso tiene que significar algo.

—No entiendo su frialdad. O ya puestos sus cambios tan excesivos. Un día… —Se detuvo, porque el recuerdo le mordió la lengua—. Un día es una cosa, y al siguiente es como una piedra.

Honoria suspiró.

—Sospecho que la piedra a la que aludes es una armadura. Adrian siempre ha sido orgulloso, pero antes era… más fácil. Más ligero, por decirlo de alguna manera. —Suspiró de nuevo—. Boston lo ha cambiado. Espero que todo haya sido para bien. Pero no pensemos más en un pasado que no se puede remediar. Es hora de mirar al horizonte, Elspeth querida.

La señorita Sinclair tragó saliva con dificultad una vez más.

—¿Qué piensas, Honoria?

—Necesito saber si de verdad te importa mi hermano, si crees que puedes ser feliz con él.

Elspeth se pasó una mano por la frente.

—¿Por qué?

Honoria se enderezó un poco. Tenía los ojos brillantes, pero no lloraba; en ella la emoción parecía haberse convertido en determinación.

—Porque no pienso permitir que mi hermano se hunda. Y no pienso permitir que te haga daño tampoco.

Elspeth soltó un suspiro tembloroso.

—No soy una rosa inglesa que pueda acabar deshojada, Honoria. Lo que sucede es que él es un hombre muy acostumbrado a… Es decir, no sé moverme en… en sus juegos, por llamarlo de alguna manera.

Su amiga le sostuvo ambas manos entre las suyas con fuerza.

—¿Te ha besado? —le preguntó sin pudor.

—¡Oh, por Dios! Esta conversación es difícil. ¡Eres su hermana! —exclamó, avergonzada. No la había besado solo y era incapaz de explicárselo.

—Te ha besado. Bueno. Entonces es perfecto.

Elspeth frunció el ceño.

—¿Perfecto?

—Sí. —Honoria sonrió, un poco triste—. Adrian necesita a alguien que lo mire y no se derrita por el título y que no le tenga miedo. Tú no le tienes miedo, Elspeth, a nadie. Eres perfecta para él.

La escocesa apretó los dedos de su amiga.

—No es tan sencillo. Tengo pánico de equivocarme. Si confío en él y me decepciona… No podré soportarlo. No quiero sufrir. Y tu hermano no es un hombre fácil. Ya pensé eso de él tiempo atrás, pero ahora… No. Ravenscourt tiene muchas sombras.

—Eso es amor —dijo Honoria, sin adornos—. El temor y la incertidumbre forman parte de lo que supone enamorarse.

La escocesa se quedó en silencio y se tragó otro sollozo.

—¿Y si él no siente lo mismo? No estoy segura de que me ame, Honoria. —Ahí estaba. Al fin había confesado su peor miedo. Deseo y amor eran cosas muy diferentes.

La hermana de Adrian ladeó la cabeza.

—Mi hermano es un buen hombre, aunque se empeñe en parecer un verdugo. —Le apretó las manos de nuevo—. Y, cuando te mira, lo hace de un modo muy especial. No sé cómo calificar lo que pueda sentir, pero sí te digo que he notado algo en él. Yo… Solo sé que está vivo cuando te observa. Debe ser una especie de intuición de hermana, pero no me equivoco.

Elspeth bajó la vista.

—Me ha estado evitando esta última semana. También a ti —le tuvo que recordar. No creía que la hubiese dejado de lado solo para darle tiempo. Tenía que haber algo más.

—Porque no sabe qué hacer contigo. —Honoria lo dijo con una certeza casi descarada—. Cuando Adrian no sabe manejar algo, intenta controlarlo. Y contigo ya se habrá dado cuenta de que no puede. Además, siempre he sido su molesta hermana pequeña; agradezco que se olvide de que existo. Imagínate que creyese que ya he

sobrepasado la edad de casarme y que es necesario que lo haga a toda prisa. Creo que eres lo que Adrian tanto necesita, amiga mía.

Elspeth seguía todavía temblorosa.

—No quiero ser su salvación. —Y no supo de dónde había salido esa frase. ¿Sería porque sentía que él estaba roto de alguna manera? Oh, si él hablase con franqueza, pero no. El todopoderoso duque de Ravenscourt no podía hacer las cosas fáciles.

Honoria la miró con una seriedad y afirmó un par de veces con la cabeza.

—No te pido que lo salves. Apuesto lo que quieras a que él nos diría que no necesita nada de nadie. Te pido que luches por lo que más deseas, si te sientes así con él. Y que no tengas miedo. —La sonrisa volvió, pequeña y obstinada—. Si lo quieres, pelea. Si no lo quieres, dímelo y yo misma le torceré el cuello con educación por hacer cosas inapropiadas ante los ojos de toda la sociedad y los de su hermana pequeña.

Elspeth soltó una carcajada breve entre lágrimas.

—Eso ha sonado muy… de duquesa.

—Supongo que mi madre me ha enseñado bien —respondió Honoria, y el brillo en los ojos se le volvió más cálido—. Elspeth, mírame.

La escocesa obedeció.

—Tú eres mi mejor amiga. Y Adrian es lo que más quiero en este mundo. —Honoria respiró hondo—. No voy a empujarte hacia él, pero tampoco voy a fingir que no veo lo que está pasando. Si tú lo quieres… no lo dejes escapar. Ni permitas que él te arrastre por culpa de su orgullo tampoco. Sé cuán terco puede ser mi hermano.

Elspeth asintió despacio, con la garganta apretada.

—No sé cómo se lucha contra un hombre así. O cómo debo tratarlo. Creo que estoy harta de luchar contra lo que siento. De alguna manera lo sé. Sé que siempre ha sido él a quien yo esperaba, porque te garantizo que los pretendientes que trató Malcolm que yo aceptase eran bastante impresionantes. Grandes, fuertes y rudos, en cambio, aquí me tienes, suspirando por un hombre alto y casi más delgado que yo.

Honoria le limpió con el pulgar una lágrima que se le había quedado en la mejilla.

—Ah, pero Adrian es muy apuesto. Trátalo con honestidad. Ponle límites también, seguro que eso no se lo espera. Y no olvides el valor. —Le sonrió—. Y míralo con fijación, con esa mirada tuya que hace que los caballeros se replanteen su existencia. Creo que por eso Perth llamó tanto tu atención, porque lograba hacerte sonreír. —Se quedó un momento pensativa y luego le preguntó—: ¿Te gusta Perth más que Adrian?

Elspeth cerró los ojos un instante. Respiró.

—No, Honoria. No hay ni punto de comparación. Pero me asusta tu hermano. Me da miedo que todo esto sea una estupidez… nacida en una niña que no supo despedirse de su mayor anhelo.

Honoria le besó la sien, con cariño.

—Esa niña te dio una pista. La mujer que eres decidirá el resto. Confía en ti misma y dale una oportunidad a Adrian si crees que la merece. No habría cosa que me hiciese más dichosa que llamarte por fin hermana, aunque te prometo que respetaré lo que decidas. Es tu vida y no te presionaré más.

Elspeth se quedó agarrada a ella. Todavía temblaba. El consuelo de una amiga comprensiva resultaba reconfortante.

Y en esos instantes, por primera vez desde que Adrian regresó, Elspeth no se sintió sola combatiendo su ansiedad. Solo se sabía terrible e inevitablemente, enamorada de alguien a quien no lograba comprender del todo.

¡Oh, Dios! Lo amaba con todo su corazón. No podía seguir negando la verdad.

Capítulo 8

Aquella noche, Adrian llegó a casa con la cabeza demasiado pesada y los puños todavía recordaban el impacto de los golpes que le había dado esa mañana a Perth. No buscó a su madre ni a Honoria. No quería una bienvenida, ni responder preguntas, ni el roce de una normalidad que se le quedaba estrecha. Se refugió directamente en su despacho y cerró la puerta para tratar de olvidarse de todo y de todos.

Se quedó un instante de pie, inmóvil, con la espalda recta, oyendo el silencio de la casa como si aquella falta de sonido lo juzgara por ser un estúpido. Sabía lo que había hecho cuando se peleó con el maldito vizconde. La había acorralado. Elspeth no tendría más opciones. Estaba forzada a aceptarlo si no quería caer en la desgracia. Adrian se acercó al mueble donde guardaba el licor y se sirvió un vaso con una mano firme que no reflejaba lo que llevaba por dentro. El primer trago le raspó la garganta. El segundo le quitó algo de importancia al día sin arrancarle el recuerdo. El tercero le dio, por fin, ese calor fácil que tanto detestaba y tanto necesitaba.

Había sido un día extraño. Más de lo que le convenía reconocer.

La pelea en White's no entraba en sus planes.

Mentira.

Había entrado en ellos con la misma claridad con la que un hombre reconocía una herida y, aun así, decidía meter el dedo para hurgar sin compasión en ella. Desde que supo que Perth rondaba a Elspeth, desde que oyó el nombre del vizconde en boca de Honoria con aquella ligereza, había sentido el impulso de partirle la cara. No había forma más civilizada de decirlo. No fue por decoro, ni por protección, ni tan siquiera por una obligación de anfitrión. Fue por algo más primario y oscuro. La ira nació de la certeza de que aquel caballero pulcro se creía con derecho a acercarse a lo único que Adrian sentía como suyo de una manera que no se parecía a nada razonable. Era como si siempre hubiese sabido que Elspeth le pertenecía, que era suya.

Cuando sintió el primer impulso de posesión beligerante, y pese a que todavía no conocía a su rival, se juró que se obligaría a controlarse. Todo fue inútil, porque nada más la vio charlando con Perth en aquella fiesta, la venganza hacia Malcolm quedó relegada a un segundo lugar. No le importaba nada más que apartar a ese mequetrefe de Elspeth. Se dijo que lo haría con palabras, con influencia y con la sutil crueldad que Londres entendía mejor que los puñetazos. El pensamiento le duró lo mismo que un suspiro.

No quería que nadie más que él pudiese emocionarla o deslumbrarla. Perth era un peligro, y lo

comprendió nada más ver cómo ella le seguía el juego, cómo le reía las gracias y bailaba con él mientras Adrian se quedaba en un lateral del salón de baile observándola. Fue un auténtico milagro haber podido contenerse, porque le faltó muy poco para ir hacia ella y cargársela al hombro. Tan frío y comedido que había aprendido a ser, y no lograba controlar los sentimientos y necesidades que la hermana de su enemigo le despertaba.

No se reconocía.

Y todo explotó en White's. Cuando Perth abrió la boca y pronunció ciertas insinuaciones con demasiada facilidad, Adrian no vio ni el club ni a los hombres que figuraban a su alrededor. Solo vio a Elspeth en la cocina, descalza, con ese descaro brillante en los ojos. Solo era consciente del recuerdo de su boca respondiéndole en aquella salita. Así que la violencia de pensar en otro hombre rozándola, besándola o ganándose una intimidad que Adrian ya había probado y que se le había quedado clavada en la sangre, prendió en su interior para hacerlo saltar.

Por eso lo golpeó, porque la contención se le rompió con un chasquido seco.

La consecuencia le importó menos de lo que debía. White's podría fingir indignación, pero disfrutaba del escándalo. Y el escándalo corría rápido cuando se trataba de un duque y un vizconde. Adrian lo sabía. Había vuelto a Londres y ya había aprendido, otra vez, que la ciudad no necesitaba hechos, porque le bastaba con las especulaciones y Perth había sido muy claro en sus inclinaciones hacia la escocesa. Si Adrian lo había visto, el resto de la sociedad también.

Le dio otro trago al whisky y lamentó otra cosa en cuanto el sabor se le quedó en la lengua. Malcolm Sinclair sería siempre un perro infiel, pero destilaba cerca de Edimburgo una bebida perfecta. Un maldito crimen de excelencia. Adrian había probado muchas botellas en Boston, muchas, y pocas habían tenido ese equilibrio perfecto, entre ardiente y suave. Le pareció una ironía insoportable que un hombre capaz de traicionar sin parpadear supiera hacer algo tan impecable. Quizá por eso le dolía tanto. Porque el mundo estaba lleno de contradicciones y, al final, lo único constante era su rabia. Pero esa escocesa de ojos verdes había conseguido que su ira se fuese diluyendo. Pensaba cada vez menos en Malcolm y cada vez más en la propia Elspeth.

¡Ay, la venganza!

En Boston, durante las noches en las que la nieve convertía el puerto en una boca helada y el trabajo le dejaba las manos endurecidas, había imaginado un plan brillante contra Malcolm. Había tenido tiempo para pensar, para idear escenarios, para repetirse que el día de regresar a casa podría llegar y que buscaría la forma de herir de muerte a su enemigo, pues había contado años sin contarlos, midiendo el odio con la misma disciplina con la que medía cargamentos, plazos y deudas.

Nunca había previsto a Elspeth.

Jamás había considerado la posibilidad de que la hermana de su enemigo fuese el camino más corto. Ni el más peligroso.

Cuando desembarcó y cruzó el umbral de su casa sin avisar, no fue la nostalgia lo que lo empujó a bajar a la

cocina. Fue otra cosa. Tal vez la necesidad de tocar sus propias paredes, de comprobar que todo aquello era real, o de recordar quién había sido antes de que lo enviaran al otro lado del Atlántico a aprender el significado de la humildad a base de golpes de frío y silencio.

Y entonces la vio.

Una silueta pequeña, una trenza caída, un camisón sencillo, una vela temblorosa en una mano… y aquella mirada penetrante. Ese verde desafiante. Esa manera de sostener el mundo con los ojos como si todo le perteneciera. Entonces recordó que ella lo había amado con toda su alma. Así se lo dijo aquella niña de trece años. Y en aquel instante, su mente se ordenó con una claridad cruel.

Podía reclamarla.

Podía apartarla de Malcolm.

Podía robarle lo que le doliera. Se cobraría la deuda con intereses. Le parecía casi poético que el destino le dejara ese camino abierto y, peor aún, que lo dejara abierto en su propia casa, con Elspeth llevándose a los labios un trozo de dulce con la misma insolencia con la que había hecho tantas cosas de niña.

Su primer impulso no fue el deseo. Fue la posesión. La necesidad de ganar.

Luego llegó la contrariedad.

Porque la escocesa no reaccionó como la pieza de un tablero. No se amedrentó, ni bajó la cabeza, para

halagarlo. Le devolvió el desafío y lo hizo con una inteligencia sublime que le resultó… insoportable. Y atractiva. De una manera que no habría elegido.

Adrian se había prometido que no se precipitaría. Había querido cortejarla. Haber hecho las cosas a su manera; paso a paso, obligándola a rendirse lentamente, a mirarlo con nuevos ojos. Había pretendido deslumbrarla poco a poco para luego seducirla.

Pero se movió demasiado rápido.

El duque de Ravenscourt se precipitó porque la vio bailar con Perth. Porque la vio reír y tuvo miedo de que ella no pudiese pensar en él de la forma en la que Adrian deseaba. Y esa posibilidad le pareció intolerable. Temía perder una victoria que se le debía y solo Elspeth podría dársela. Se casaría con ella y Malcolm no volvería a verla jamás. El perro infiel tendría que aprender a vivir sabiendo que Adrian se acostaba con ella y que lo amaba.

Así que la besó aquella noche del pastel. Y después volvió a besarla y algo más en el baile en el que comprendió que Perth era un serio rival.

Todo eso lo habría podido justificar con una palabra. Y esa era: venganza. No solo era eso.

Lo que le producía palpitaciones cuando pensaba en la escocesa no era solo eso.

Elspeth lo alteraba de un modo que no encajaba en ningún plan. Lo arrastraba a impulsos que creía enterrados bajo el título, el luto y el resentimiento. Era una

contrariedad constante. Le mostraba su propia falta de control, la facilidad con la que una mujer podía convertirlo en un hombre débil… o quizá en uno que no sabía fingir.

Le dio otro sorbo al whisky y notó el amargor asentarse en su pecho. Su mente estaba más turbia.

Si hubiera sido otra clase de hombre, uno mejor, la habría dejado marchar antes de que todo se complicase; se habría apartado; habría permitido que ella encontrara un esposo a su gusto, lejos de su sombra; habría aceptado que la hermana de Malcolm no tenía por qué pagar pecados de los demás y habría visto en ella a una invitada de su madre, a la querida amiga de Honoria, a una mujer con derecho a decidir su vida sin un duque enredándole los pasos…

Pero no era esa clase de hombre justo y sabio. La quería para él. La venganza fue el impulso, pero tenerla formaría parte del mismo plan, porque la deseaba con todas sus fuerzas.

Adrian dejó el vaso sobre la mesa y se quedó mirando el cristal un instante, como si el fondo pudiera ofrecerle una respuesta ante sus preocupaciones. Sentía el cuerpo cansado, la mandíbula tensa y la conciencia demasiado despierta. Si cerraba los ojos, veía a Elspeth con la boca entreabierta, rendida a un placer que él le había arrancado y que, aun así, ella había aceptado porque lo amaba. Después de tantos años y ella lo seguía amando.

Eso era lo peor.

Que ella no fingía.

Cuando lo había aceptado, lo había hecho con una intensidad que le dejó claro que la niña de trece años no se había evaporado del todo. Había crecido. Se había vuelto más peligrosa porque se había convertido en una mujer capaz de hacerlo perder el rumbo sin siquiera proponérselo.

Adrian apretó el borde de la mesa con los dedos, un gesto pequeño. No quería volver a perderse por una mujer, y menos por la hermana de Malcolm.

Si la dejaba marchar, su venganza se quedaría sin una vía rápida. Tendría que volver a esperar, a planear, a buscar el modo de herir a Malcolm sin mancillar lo que su némesis tanto amaba.

Ah. No podía hacerlo. La sola idea de verla escapar, de verla sonreírle a Perth, de verla elegir a otro, lo llevaba a los infiernos.

No quería perderla.

Tampoco quería admitirlo a viva voz.

Elspeth era todo un gran problema de ojos verdes. Una dificultad que, por mucho whisky que bebiera, no lograba borrar de su cabeza.

Entonces oyó un roce en el pasillo. Acto seguido, la puerta se abrió sin vacilación.

Elspeth entró con un sencillo camisón blanco de algodón, la trenza caída a un lado y un chal de lana

abrazándole el cuerpo. Estaba descalza y lo miraba con esos grandes y profundos ojos verdes que…

Adrian se giró de golpe para no mirarla. Seguro que su mente le estaba jugando una mala pasada. Ella no sería tan imprudente como para entrevistarse de nuevo así con él. No después de lo que le había hecho en aquel baile.

—No —soltó, áspero—. Vete. Vete y no me atormentes más —le dijo a la ensoñación.

Elspeth no se detuvo. Avanzó hasta él.

—He venido a hablar. Es necesario que aclaremos las cosas.

Sintió que ella le tocaba el hombro derecho y comprendió que no era un producto de su imaginación. Se apartó de inmediato.

—No. —Él señaló la puerta con el vaso, como si aquello bastara—. Huye. Todavía estás a tiempo. —Por lo visto todavía quedaba un resquicio de honor en su interior.

Ella lo miró un instante y luego se dirigió hacia la puerta. Él contuvo las ganas de gritarle que se quedase. No lo haría. Elspeth no merecía ser un medio para la venganza. Era una mujer buena. Por más que el corazón se le estuviese rompiendo, no la detendría. Entonces ocurrió algo que lo dejó atónito. La escocesa hizo girar la cerradura de la puerta.

—Nae —negó en gaélico—. No pienso huir, Adrian —le aseguró.

—Abre la puerta y sal antes de que no te deje otra opción, Elspeth —la avisó.

—Me dijiste que sería yo la que tendría que decidir. Estoy decidiendo, Adrian.

El duque dio un paso hacia ella. Se le veía atormentado y peligroso al mismo tiempo.

—No tienes ni idea de lo que haces.

—Sí la tengo. —Elspeth alzó el mentón—. Lo que no me queda es paciencia para seguir jugando a tu juego y he decidido idear el mío propio.

Adrian apretó la mandíbula. El whisky le había calentado la sangre, pero no le había ablandado el carácter. Verla ahí, ante él, con cada curva de su cuerpo adivinándose sin esfuerzo… ¡Iba a matarlo!

—No jugaré a nada contigo. Márchate. Es la última vez que te lo advierto.

Elspeth avanzó despacio, sin acercarse del todo. La distancia era prudente y, al mismo tiempo, inútil.

—No quiero dejarte —dijo, y la frase le salió con más verdad de la que le habría permitido a nadie—. Pero tampoco puedo quedarme con un hombre al que no comprendo. Un día me lo das todo y al siguiente eres de hielo y me tratas como si yo solo sirviera para obedecerte.

Adrian soltó una risa breve y carente de alegría.

—A eso se le llama tratar de no perder la cabeza.

—Eso es miedo a dejar que te conozca de nuevo —replicó ella.

Él bajó el vaso y lo dejó sobre la mesa con un pequeño golpe. No se derramó ni una gota.

—Hace tiempo que dejé de tener miedo, Elspeth —murmuró.

—Yo estoy más aterrada que tú —dijo, con el pulso temblándole bajo el chal—. Te estoy pidiendo que confíes en mí. Que dejes de tratarme como si yo fuera un soldado y tú mi general.

Adrian la observó un instante. En sus ojos apareció una sombra.

—En Boston no podía permitirme ser tierno —dijo al fin, y la voz le salió más baja—. Ni gentil. Si lo era, me rompían. Soy como soy y no creo que pueda cambiar.

Elspeth no parpadeó.

—Cuéntamelo. Si necesitas hablar, estoy aquí contigo.

Adrian inspiró despacio, como si le costara echar a volar.

—Allí trabajé. Aprendí a callarme. A aguantar. A no esperar nada. Me hice un hombre distinto porque…

porque era eso o perderme. —Se llevó una mano a la nuca, un gesto brusco—. Estaba orgulloso de ese cambio.

Elspeth notó que algo le apretaba el pecho.

—¿Y qué pasó?

El duque levantó la mirada hacia ella. La dureza seguía ahí, pero ya no era una máscara perfecta.

—Que regresé y te vi. Me haces débil.

El silencio se tensó. La lámpara que había sobre la mesa del despacho parpadeó un instante, y Elspeth tuvo la sensación de que hasta el aire se había quedado quieto tras esa confesión.

—Eres muchas cosas, Adrian, pero no débil.

—Es más complicado de lo que crees. Contigo volvió el pasado —continuó él—. Volvió todo lo que creía enterrado. Y no me gusta lo que me despiertas.

—No soy tu enemiga.

El duque se quedó inmóvil, con los ojos fijos en ella, como si esa frase le molestara porque era posible que fuera cierta.

—No permitiré que gobiernes mi vida, Elspeth. Si me quieres será en mis propios términos. Es eso o nada —dijo, seco.

—¿Quién te hizo tanto daño, Adrian?

—Quiero una respuesta —eludió la pregunta.

—No sé qué clase de tonta fue la que se atrevió a partirte el corazón, pero no puedes creer que conmigo sea igual. ¿Qué otra prueba necesitas de que soy distinta? Tenía trece años, Adrian. Era una niña y ahora con veintitrés sigo siendo tan esclava de ti como lo era entonces. No te consentiré que compares lo que siento por ti con…

—No sé si puedo confiar otra vez en una mujer —la cortó.

Elspeth se le acercó un paso más. No invadió su espacio, pero dejó de esconderse.

—Yo sí creo en ti.

Adrian soltó aire por la nariz, casi furioso con ella y consigo mismo. Era como si aquello fuera una temeridad.

—No deberías.

—Lo hago igual. —Alzó la barbilla—. Estoy dispuesta a confiar en lo que podemos ser juntos. Pero no puedo hacerlo sola. No puedo perseguir a un hombre que me empuja y luego me exige que me quede.

Adrian la miró con una intensidad que rozó lo brutal. Sus nudillos, marcados por el día, descansaron sobre el borde de la mesa, por suerte no tenía ninguna evidencia física de su pelea con Perth porque no sabía cómo pegar.

—No me pidas que sea delicado o paciente —dijo —. No sé hacerlo contigo.

Elspeth asintió.

—No te pido que seas nada. Solo sinceridad. ¿Me quieres, Adrian? —le preguntó con el corazón en la mano.

El duque guardó silencio un instante. Luego, con una honestidad áspera, le soltó:

—Te necesito en mi vida tanto como el aire para respirar. Es lo más tierno que jamás escucharás de mí.

A Elspeth se le humedecieron los ojos. No bajó la mirada, aunque le tembló el pecho.

—Entonces estoy aquí, Adrian. Aquí y ahora.

Soltó un largo suspiro.

—Estás más loca que yo.

—¿Cuánto whisky has bebido?

Adrian miró el vaso y el decantador medio vacío.

—No lo suficiente para olvidar el peso del título —respondió—. Ni lo que me despiertas. Te deseo cada día más y más y eso me está matando.

Elspeth sintió el calor bajar despacio por dentro, un latido obstinado que le recordó la salita y las manos de

él por todo su cuerpo.

Se irguió y su voz salió firme:

—Entonces es hora de terminar lo que empezaste en aquella salita diminuta.

Se quedó inmóvil, como si no la hubiera entendido.

—¿Qué has dicho?

Sus ojos verdes no parpadearon.

—Que lo terminemos.

La incredulidad se mezcló con un destello feroz en los ojos de Adrian.

—No… —murmuró—. ¿No me estarás pidiendo que…?

—Sí.

Adrian dio un paso, y se detuvo antes de tocarla. Cuando habló, la voz le salió controlada a la fuerza:

—Si te hago el amor, me aceptas por completo. Y eso significa una sola cosa.

Ella sostuvo su respiración.

—Dilo.

—Nos casaremos.

Elspeth no retrocedió. La decisión le ardía en la garganta y, aun así, la dijo sin temblar.

—Bien.

Adrian frunció el ceño, desconfiado, casi herido por la facilidad.

—No lo has pensado.

La escocesa soltó una risa breve, rota, y le brillaron los ojos.

—Llevo pensándolo más tiempo del que me gustaría admitir. Trece años, ¿recuerdas? Sé bien lo que hago.

—Dios… —susurró él.

Adrian la estaba mirando con fijación. En su expresión ella veía la lucha, la desconfianza, el deseo y algo más profundo que le hacía daño.

La escocesa dio el último paso que los separaba y se quedó frente a él, tan cerca que el calor del duque le rozaba la piel.

—Nunca dejé de amarte —susurró, y la verdad le salió con honestidad—. Ni cuando te fuiste. Ni cuando me obligué a fingir que se me pasaría. Ni cuando me repetí que era una tontería de niña cuando regresaste de nuevo.

Adrian no se movió. No habló. Pero en su mirada algo había cambiado, porque había una claridad dolorosa que acababa de comprender. Lo que sentía por ella no era un capricho, ni una trampa, ni un juego del orgullo.

Elspeth alzó la mano y apoyó los dedos en el pecho de Adrian, despacio.

—Dime que me marche —murmuró— y lo haré.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—Pues si me quedo… no me sueltes después —le rogó.

El silencio del despacho se volvió denso. La tensión dejó de ser una amenaza y pasó a ser un tirón inevitable, uno que les atravesaba el pecho con violencia a ambos.

—Si cruzo esa línea contigo, Elspeth. Si nos fundimos esta noche —murmuró muy cerca de su rostro con una crudeza que no disfrazó— ya no habrá marcha atrás. Serás mía para siempre.

Elspeth afirmó con la cabeza. El temblor estaba, sí, pero no se le notó en la voz:

—Aye —afirmó en gaélico—. No tengo miedo. Ya no. Soy tuya desde que te vi la primera vez, Adrian, siendo tan joven.

A él se le tensó la mandíbula. La furia, el orgullo y el peso del título se quedaron fuera de ese instante,

relegados por algo más básico.

—Mírame —pidió, muy bajo.

Elspeth alzó el rostro para buscar sus ojos.

El duque le acarició la mejilla. No fue un gesto de posesión, sino de reconocimiento. Luego le enmarcó la cara con ambas manos y la besó. Esta vez no hubo prisa ni rabia. Había hambre, una devoción áspera que lo hacía temblar. Elspeth respondió al instante y se pegó a él.

Adrian soltó un sonido ronco que no quiso contener. Le rodeó la cintura y la atrajo hacia sí con cuidado, aunque el cuerpo le exigía lo contrario. El camisón se arrugó entre sus manos. El chal resbaló y cayó al suelo sin hacer ruido.

—Dime que quieres esto —susurró contra sus labios.

Elspeth le sostuvo la mirada, con el pecho subiendo y bajando demasiado deprisa.

—Te quiero a ti.

Adrian cerró los ojos un instante y, al abrirlos, se le había quebrado algo por dentro.

La llevó hacia el sofá con una suavidad inesperada en él. No la empujó ni la arrinconó. Le colocó una mano en la espalda y la guio para que se sentara primero, era como si se obligara a recordar que Elspeth no

era una victoria, ni un instrumento, ni un desquite. Era una mujer a la que deseaba colmar de amor.

La escocesa se quedó allí, sentada, con el camisón recogido sobre las rodillas por puro instinto. Lo miró de arriba abajo y se le notó el rubor, aunque no bajó la vista. Adrian se inclinó ante ella y le besó los dedos. Después apoyó la frente un segundo en su mano, respirando hondo, como si aquella cercanía le doliera por lo intensa que resultaba.

—No voy a hacerte daño —le dijo.

Elspeth se le quedó mirando, confundida por la ternura, pero agradecida.

—No soy de cristal.

—Lo sé. —Adrian le rozó el cuello con la boca, y su voz salió más grave—. Precisamente por eso.

Se incorporó, se desabrochó la chaqueta con las manos firmes y la dejó a un lado. Elspeth siguió cada movimiento, atrapada entre la ansiedad y el deseo. Una a una se fue quitando las prendas para revelar a un hombre tan fuerte y hermoso que le robaba el aliento. Cuando él se arrodilló otra vez frente a ella, no hubo audacia en el gesto. Solo determinación.

—Si me pides que me detenga en algún momento, lo haré —le advirtió—. Pero me gustaría saber que esto es de verdad lo que deseas. Seremos uno y no habrá vuelta de hoja, Elspeth.

Ella asintió.

—No voy a pedirte que pares nunca.

Adrian le sostuvo la mirada un instante más, como si necesitara creerla. Luego le besó la rodilla derecha a través del algodón. Elspeth se estremeció. Él subió despacio, besando con paciencia cada rastro de piel que caía bajo su boca, dejando que su cuerpo aprendiera a anticiparlo. Cuando ella tensó los dedos sobre el cojín del sofá, Adrian alzó la cabeza.

—Necesito probarte, cariño. No tengas miedo. Solo tienes que relajarte y disfrutar de lo que te haga. ¿Puedes hacerlo?

—Pero…

—¿Sí o no? —preguntó con una sonrisa.

—Sí. —¡No podía creerse lo que él pretendía hacer! ¿De verdad pensaba colocar su boca ahí?—. ¡Oh, Dios! —gimió cuando se dio cuenta de que no había estado equivocada.

El camisón había desaparecido y la boca de Adrian exploraba el centro de su ser mejor de lo que lo hicieron sus dedos aquella noche.

La volvía loca. Esa lengua estaba torturando su nudo de nervios y ella solo podía gemir y retorcerse sobre el sofá. Ahí llegaba de nuevo. Esa extraña y gratificante sensación que amenazaba con romperla en mil pedazos.

—No lo fuerces… —le aconsejó él, cuando ella comenzó a lloriquear que no podía más.

—Oh, Dios… Oh, Adrian… Yo… Yo… ¡Dioooooosssss! —explotó cuando él introdujo un par de dedos para comenzar a estirarla.

Elspeth convulsionó y dejó fluir todo su placer. Un éxtasis que Adrian se preparó para recoger con sumo gusto. Ella sabía a gloria. A pureza. Era un manjar mejor que el de los propios dioses del Olimpo.

Cuando la escocesa se quedó quieta, se incorporó y se sentó a su lado, sin dejar de tocarla. Le apartó la trenza del hombro y le besó la piel donde empezaba el cuello. Elspeth se arqueó hacia él, entregándose, y Adrian la envolvió con un brazo para sostenerla mientras su boca le arrancaba suspiros contra la oreja.

—No sabes lo que me haces —murmuró.

Elspeth soltó una risa mínima, temblorosa.

—Yo podría decirte esas mismas palabras. Me vuelves loca.

—Me alegra saberlo.

El duque le mordió el lóbulo con suavidad y le recorrió el costado con la mano, lo justo para que Elspeth sintiera el calor de sus dedos y la promesa que había detrás. Ella le agarró la muñeca, no para detenerlo, sino para anclarlo.

—Adrian, quiero ser tuya. No dudes más.

Él le sonrió y la besó de nuevo y, esa vez, el beso tuvo más fuego. Le pidió permiso por la forma en que se detuvo medio segundo, lo suficiente para que ella lo buscara, lo suficiente para que fuera ella quien acortara la distancia.

Elspeth le rodeó el cuello.

Adrian la recostó en el sofá, acomodó un cojín para que estuviera más cómoda y le cubrió los hombros con el chal que recogió del suelo, como si quisiera protegerla incluso mientras se perdía en ella. El gesto la conmovió más que la pasión.

—No hagas eso. Soy fuerte, ¿recuerdas, mo chridhe? —susurró Elspeth, con los ojos brillantes.

Adrian se detuvo.

—¿De verdad lo soy, Elspeth? ¿Soy tu corazón? —Tradujo él esa frase que conocía bien.

—Siempre.

La miró durante un largo rato. La sombra del whisky, del club, de la pelea, todo quedó en el olvido. Solo existían ellos dos en ese momento. Ni tan siquiera Malcolm podía estropear ese instante tan formidable.

—Bien, porque tú también eres el mío, cariño.

Elspeth le acarició el rostro, lentamente, como si estuviese memorizando sus rasgos en ese instante.

—Entonces, tómame, Adrian.

El duque bajó la cabeza y la besó con una devoción que ya no podía ocultar. Su mano buscó la de ella y ambas se entrelazaron.

La respiración de ambos se volvió una. Agarró su virilidad con la mano que tenía libre y poco a poco fue adentrándose en su calor. Adrian se movía despacio, sin prisa, atento a cada reacción de ella. Y supo el momento exacto en el que le arrancó la virginidad. Estaba hecho. Era suya. Suya para siempre y no podía estar más contento.

—Adrian… —se quejó ella.

—Lo sé, cariño. Pronto pasará; será un momento. Te lo prometo. Luego haré que el dolor valga la pena.

Ella confió en él.

El duque comenzó a mecer las caderas con sumo cuidado mientras le murmuraba cosas al oído para que se anclara en él y no en el miedo. Elspeth cerró los ojos, respiró, y volvió a buscarlo con una decisión valiente.

Adrian le besó la frente. Ella abrió los ojos y lo miró con atención. Él vio todo el amor que ella le estaba otorgando y no se sintió digno. Le dolió el corazón.

La lámpara seguía ardiendo con paciencia sobre la mesa. El resto del mundo desapareció. No hubo duques,

no existía Escocia, ni Boston, ni había venganzas. Solo el sonido de sus respiraciones y el crujido leve del sofá por la manera en que Adrian se obligaba a ser cuidadoso a pesar de que el deseo le pedía otra cosa. Elspeth se aferró a sus hombros como si lo hubiera esperado toda una vida, y Adrian la sostenía con una necesidad que no se atrevió a llamar amor, aunque se le pareciese demasiado.

Y cuando el tiempo dejó de importarles, ambos alcanzaron el éxtasis al mismo tiempo, porque él se había ocupado de que así fuese. Su mano se había colocado donde sus cuerpos se unían y había masajeado ese maravilloso nudo de nervios que la catapultó de nuevo al cielo.

—Adriaaaaan… —gimió ella.

—Oh, sí… Mía, mía… Eres mía y solo mía, cariño —jadeó él como un poseso.

Cuando la satisfacción comenzó a remitir, él se negó a retirarse, así que se quedó encima de ella, inmóvil un instante, con la frente apoyada en su sien, respirando como si acabara de sobrevivir a la propia muerte.

Elspeth le acarició el pelo con los dedos de modo tierno.

—¿Sigues conmigo, mo chridhe? —susurró.

Adrian cerró los ojos.

—Hasta el fin de mis días, cariño mío.

No se dijeron nada más. No hizo falta.

En esa habitación, por primera vez desde que había regresado, Adrian se sintió libre. Una escocesa de impresionantes ojos verdes y llena de amor le había dado su voto de confianza y se juró que no le fallaría.

Adrian James Harrington, séptimo duque de Ravenscourt, se dio cuenta de que ya no sabría volver a estar sin ella.

Capítulo 9

A la mañana siguiente, el salón del desayuno estaba demasiado tranquilo para ser el de un duque. Adrian llevaba allí un rato, con la taza enfriándose entre las manos y el nudo del estómago intacto. No había dormido bien. El despacho, el sofá, el calor de Elspeth y la frase que no se había atrevido a decirle le habían dejado la cabeza hecha un verdadero lío.

Se escucharon unas pisadas en el pasillo. Firmes. Una sonrisa comenzó a dibujarse en su rostro. Solo había una mujer que caminase en su casa con tanta decisión. Estaba ansioso por volver a verla.

Después de haberle hecho el amor, la llevó en brazos, no hasta su cama, sino a la habitación donde ella dormía, y allí se despidió a regañadientes porque era una inocente que necesitaría un poco de reposo antes de volver a reanudar sus relaciones íntimas.

—¿Adrian? —La voz de la duquesa lo devolvió al presente.

—¿Sí, madre? —Se fijó en que la duquesa lo miraba de modo… ¿Estaba furiosa con él?

La dama lanzó sobre la mesa un periódico delante de su hijo con un golpe seco, de esos que sustituían a los gritos.

—¿Qué has hecho?

Miró el papel y se puso en pie por instinto, con el cuerpo rígido, y alzó la barbilla con una actitud defensiva que, de pronto, no entendía de dónde salía. Se sentía atacado y se obligó a relajar los hombros. Su madre no era el enemigo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a la duquesa.

La aludida señaló el periódico con un dedo.

—Ocurre que has decidido destruir la reputación de una muchacha inocente para saciar un capricho de venganza. ¿Me equivoco? —lo interrogó sin piedad.

Adrian masculló una maldición. La noche de placer no había borrado su reciente pasado. Se imaginaba lo que traerían las columnas de ese ejemplar que seguía inmóvil sobre la mesa. Seguro que se hablaba de White's, un altercado, dos títulos y el nombre de una dama mancillado.

—Todo tiene una explicación —dijo con docilidad.

—No me mientas —lo cortó ella—. Sé quién eres. Siempre he presumido de conocer bien a mis tres hijos.

Honoria trata de estar siempre a la altura. Tu hermano era comedido, disciplinado como su padre, en cambio tú… ¡Siempre desafiando a todo el mundo, Adrian! No has cambiado. ¿Crees que no sé leer entre líneas? ¿Crees que no reconozco tus tormentas aunque te empeñes en vestirlas de hielo?

Adrian apretó la mandíbula.

—Le ruego que…

—No me ruegues nada, hijo. Serás un duque, pero yo soy tu madre y, por Dios, que ahora me escucharás, porque la primera vez hace cinco años, cuando traté de que no cometieras una temeridad, me impediste hablar, pero ahora no cederé. —La duquesa se inclinó un poco sobre la mesa—. ¿Tanto te molesta el pasado que no has dudado ni un instante en llevarte por delante a la mejor amiga de su hermana? ¡Por amor de Dios, Adrian!

—Elspeth no… —Se obligó a respirar, porque el pasado estaba regresando con gran rapidez a su mente y la furia que creía dormida se despertaba con un hambre todavía mayor.

—¿No qué? —La voz de la duquesa se volvió más baja, más peligrosa—. ¿No te importa? ¿No es de tu incumbencia? ¿No te basta con que la sociedad sea cruel y convierta a una escocesa en un espectáculo? Tú no tenías que ser el origen de su ruina.

Adrian sostuvo su mirada un instante, obstinado. Era duro recordar el dolor, el odio que le inspiraba Malcolm cuando lo recordaba.

—Usted no sabe…

—Sí lo sé. —La duquesa golpeó el periódico con la palma abierta—. Sé que todo esto tiene un nombre. Malcolm Sinclair. Siempre Malcolm Sinclair, incluso cuando sigues fingiendo que él no existe. —Adrian notó la punzada en el pecho. No por el nombre. Por lo que el nombre arrastraba. La duquesa siguió hablando, sin darle tregua—: ¿No te bastó con casi matarlo, hijo mío? ¿No puedes olvidar que te quitase a una actriz que te habría hecho más mal que bien? ¿Era necesario acabar con la reputación de la mejor amiga de Honoria para obtener satisfacción? ¿Buscas otro duelo? ¿Eso es lo único que sabes hacer cuando te duele algo? ¿Arruinarlo todo?

Adrian dejó escapar una exhalación que lo hizo temblar. Cerró los ojos y se avergonzó porque ese había sido el plan inicial. Todo había cambiado y comprendía las suposiciones que estaba sacando la duquesa.

—Madre, por favor…

—No. —Ella se enderezó—. No podrás remediar lo que has provocado. La señorita Sinclair está bajo este techo y el mundo entero va a señalarla por una pelea que tú has provocado. —Sus labios se apretaron—. Y no fui lo bastante lista. Cuando supe que habías regresado, debí haberla enviado a Escocia de inmediato. Tuve que haberla alejado de ti —se lamentó.

Adrian sintió la rabia. De pronto vio a Malcolm tratando de poner en su contra a la mujer de la que sospechaba que se estaba enamorando. Algo dentro de él rugió con fuerza.

—Nadie me la arrebatará. Ni tú, ni su hermano. Es mía —sentenció con firmeza.

—¡Estás loco! —La duquesa alzó la voz por primera vez—. Tú la has arrastrado al borde del precipicio y has tenido la indecencia de llamarlo protección, según comentan en el periódico. ¡Aseguran que ella es tu amante y que la afirmación salió de tus propios labios!

Adrian se quedó inmóvil. El reproche le dolió de un modo que no quiso demostrar. Habló más bajo, con una contención que parecía a punto de romperse.

—No he pedido su opinión sobre mis métodos.

—Y yo no he pedido que me conviertas en espectadora de tu destrucción por segunda vez. —La duquesa lo miró de arriba abajo—. ¿Qué crees que hará Sinclair cuando le lleguen las noticias? Te pedirá cuentas. Y no le faltará razón. Honoria adorará a Elspeth, y bien sabes que sería capaz de convencer a cualquiera, pero Sinclair no va a tragarse ninguna versión amable aunque le pongamos a tu hermana delante para ofrecerle una explicación elocuente.

Adrian apretó los puños, y el gesto le recordó White's. La piel de los nudillos aún tenía un dolor sordo.

—Que venga y trate de arrebatármela. Aquí lo espero, madre.

—¿Que venga? —La duquesa soltó una risa sin humor—. Claro. Que venga y te rete. Que venga y tú le vuelves a disparar, porque es lo que haces cuando te

sientes acorralado. Siempre con pólvora o con los puños. ¿Eso aprendiste lejos de casa?

Adrian clavó la mirada en el suelo un instante. Luego alzó la cabeza. Ya no había máscara. Había rabia y una herida que no se cerraba.

—Yo perdí a mi padre y a mi hermano, madre. Ese hombre me lo arrebató todo. Sinclair tendrá que aprender a vivir sabiendo que Elspeth es mía, que dormirá en mi cama y alumbrará a mis hijos. —La duquesa se quedó quieta, pero no cedió. Adrian siguió ya sin contención—: ¡Era mi mejor amigo! —La voz se le quebró de pura furia—. Era mi maldito mejor amigo y compitió por la mujer con la que yo pensaba casarme. Me alejó de mi casa. Me convirtió en un problema que había que enviar al otro lado del mundo. Y cuando por fin tuve algo parecido a un… —se detuvo, apretó los dientes— a un camino, se murieron. ¡Mi padre no pudo llegar a estar orgulloso de mí! Mi hermano se marchó y ni tan siquiera me despedí de él. ¿Venganza? Eso es lo que Sinclair menos se merece por habérmelo quitado todo. ¡Él pudo haber tenido a cualquier mujer y quiso a la que sabía que yo tanto amaba!

La duquesa no apartó la mirada.

—Adrian… —La madre tenía el corazón encogido al ver el verdadero dolor que llevaba dentro su pequeño.

—No pude arreglar nada con mi padre —escupió él—. No pude volver para demostrarle que estaba equivocado conmigo. ¡Yo valía algo! No pude pedirle perdón, ni siquiera discutir con él una última vez. Me quedé con la promesa estúpida de ser mejor y con dos tumbas. ¿No lo entiende, madre?

La duquesa respiró hondo. Las lágrimas le nublaban la vista.

—Yo también los echo terriblemente de menos, hijo mío. Cada día lucho por levantarme de la cama, pero las cosas no pueden seguir así. Te escribí para que regresases porque te necesitaba aquí. Honoria sola no podía sostenerme. Te negaste. Ahora por fin comprendo el motivo. Estás tan destrozado como yo, Adrian. Gracias a Dios que tu hermana tomó la decisión de escribirte, porque sé que de otro modo no habrías regresado. La venganza no te traerá nada bueno. Destrozar a la hermana de Sinclair no te devolverá a tu padre ni a tu hermano, solo logrará que tu alma se oscurezca. ¿Por qué tuviste que pelearte con Perth y afirmar que ella te pertenecía?

Adrian apretó la mandíbula. Miró el periódico. No lo abrió.

—Porque es así. Es mía, madre —se reafirmó él.

La duquesa lo observó con una mezcla de decepción y alarma cuando comprendió lo que él acababa de afirmar.

—Entonces esto es peor de lo que pensaba.

Adrian no respondió. La habitación se llenó de una tensión pegajosa. Se obligó a tomar una larga bocanada de aire para recomponer la compostura. Se dio un tirón en las mangas de la chaqueta y se peinó el cabello con la mano derecha hacia atrás. Ahí estaba. La máscara de frialdad de nuevo en su sitio.

—Si por peor se refiere a que hay una boda que preparar, sí. Entonces es peor. Será mi duquesa. No entiendo a qué se debe tanto revuelo.

Su madre lo miró con lástima. Levantó la mano y le acarició la mejilla.

—Nunca he dejado de amarte. Aunque tú nos apartaste a todos, nunca te olvidamos. Tu padre recibía noticias sobre ti. Tenía sus espías en Boston. No sé si estaba orgulloso de que no te hubieses rendido, porque él no dejaba nunca ver sus emociones si no estaba enfadado, pero yo creo que sí que llegó a ver el cambio, Adrian. Y tu hermano siempre te recordaba con alegría. Honoria no permitió que tu nombre cayese en el olvido.

La duquesa se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

Mientras, en el pasillo, cerca de la entrada del comedor, Elspeth Sinclair estaba clavada al suelo.

No se había propuesto espiar. Había bajado para poder desayunar con él porque sabía que se levantaba muy temprano. Además, el sueño había sido un tormento porque el cuerpo le había recordado, con cada movimiento, lo que había ocurrido en el despacho y lo añoraba tanto que le dolía.

Deseó con todas sus fuerzas no haber escuchado ni una sola palabra de lo que allí dentro se había dicho.

Malcolm Sinclair. Su hermano.

Un duelo.

Una actriz. La mujer a la que Adrian había amado y que, por lo visto, su hermano le había arrebatado.

Elspeth se llevó una mano a la boca para no llorar a pleno pulmón. El estómago se le retorció con una violencia que le dejó la vista borrosa. No era solo por la vergüenza de saber que él la había utilizado del peor modo posible. Era la certeza de que ella había entrado en una guerra sin saberlo. No la amaba y nunca lo haría.

Era venganza. Y ella, la hermana de su peor enemigo, era el arma. Ya se lo había tratado de advertir el propio Adrian. Al fin comprendía el motivo por el que le dijo que debería odiarlo. ¡Todo comenzaba a tener cierto sentido!

Retrocedió despacio, sin que el suelo delatase su posición. Se obligó a respirar en silencio a pesar de que el corazón le golpeaba sin tregua las costillas.

No se atrevió a entrar y enfrentarlo. Estaba demasiado humillada para dar ese paso.

Subió las escaleras con las piernas temblorosas y la espalda recta, como si la dignidad pudiera ofrecerle consuelo cuando todo lo demás se venía abajo. En su habitación, cerró la puerta y apoyó la frente contra la madera un instante. Le ardían los ojos.

Se movió por pura inercia. Abrió el armario, sacó un vestido sencillo, unas enaguas limpias, cogió el cepillo de

pelo y el polvo de dientes. Lo imprescindible. Lo metió todo en un bolso pequeño.

No pensó en despedirse ni tan siquiera de la dulce y buena Honoria. Ni consideró pedirle explicaciones al hombre que acababa de romperle el corazón en mil pedazos. Solo quería huir y sobrevivir al dolor tan lacerante que amenazaba con consumirla.

Se cubrió con una capa oscura, se colocó el sombrero con el velo bajado y salió con el bolso apretado contra el pecho. Bajó por una escalera secundaria, evitó el centro de la casa y logró salir por la puerta del servicio sin que nadie la interceptase.

Ya en la calle, el aire frío le golpeó el rostro. Elspeth levantó la mano y paró un carruaje de alquiler con un gesto firme.

Todo se había terminado.

Capítulo 10

La señorita Elspeth Sinclair estaba rota. En esos momentos se encontraba sentada en un carruaje con el silencio como único compañero de viaje. No lloró al principio. Se quedó mirando la nada, con la garganta cerrada, mientras la ciudad pasaba tras el velo del sombrero sin importarle lo más mínimo. Lo que importaba era que al fin todo tenía sentido. Por eso Adrian había sido tan audaz al verla en la cocina. ¡Por supuesto! ¡No tenía ni un minuto que perder en sus planes de venganza! Y se lo puso tan condenadamente fácil que él habría estado riéndose de ella con fuerza desde el principio.

No la quería. Ni siquiera había sido un capricho. Ella, tan ufana con su carácter, tan convencida de que no iba a dejarse manejar, había resultado ser una presa fácil. Para Adrian ella solo era el camino más rápido. El más cómodo. Un atajo para herir a Malcolm donde más le dolía. El duque de Ravenscourt no había vuelto a Londres para descubrir el amor, estaba allí para cobrarse una deuda, y ella se había servido a sí misma en bandeja de plata.

Le ardía el rostro por la vergüenza. No por lo ocurrido en el despacho. Le ardía por haber creído posible lo imposible. Por haberse permitido pensar que un hombre como Adrian, apuesto y perfecto, podría mirarla y verla de verdad en cuestión de días. La esperanza de que él se hubiese enamorado de ella la había dejado en ridículo.

Se acordó de los trece años. De su adoración infantil, de aquella insolencia tierna, de la forma en que lo miraba con los ojos llenos de un amor enorme y sin experiencia. Y comprendió que él había visto a esa niña en su interior desde la primera noche. La había reconocido y la había usado. Había aprovechado la huella que dejó en ella para abrirse paso casi sin resistencia, para alojarse bajo su piel y meterse en su cabeza, para ocuparle cada pensamiento hasta convertirla en una necia dispuesta a suplicar las migajas que pudiese darle.

Elspeth apretó los labios con fuerza. Notó el sabor del recuerdo de sus besos, el calor aún vivo, y lo odió. Odió la ternura que se le había escapado al mirarlo. Se odió a sí misma por haberse creído sus elocuentes mentiras.

Cuando el vehículo dio con un bache, se le sacudió el pecho y, por fin, el dolor encontró la salida. No eran lágrimas dóciles, sino una furia cegadora que le dejaba la mirada seca y brillante. Porque ahí estaba ella, una mujer capaz de manejar a Malcolm y dirigir una destilería, llorando por un hombre que nunca la había amado ni la amaría.

¡Maldito fuese!

Y maldita fuese ella por no haber sido desconfiada desde el principio.

El carruaje de alquiler se detuvo en una calle más estrecha y menos vistosa que las de Mayfair, en la parte de la ciudad donde el dinero olía a muelle, a pólizas y a mercancías que cruzaban medio mundo. Elspeth bajó con el velo calado, el bolso bien sujeto y el pulso desbocado. No tenía el orgullo necesario para disfrazar aquella huida; percibía un agujero en el pecho y demasiadas verdades dolorosas arañándole el alma.

La casa de los MacNair era sobria, de fachada limpia y ventanas discretas. Allí vivía Isobel MacNair, nacida en Leith y casada con Hugh MacNair, un comerciante con contactos en medio Londres y medio océano. Paisanos. Gente práctica. Amigos que sabían callar cuando convenía y hablar cuando hacía falta.

Elspeth llamó a la puerta. Le abrió una doncella con la mirada recelosa, hasta que reconoció el acento en los labios de la recién llegada y la forma en que se le quebraba la compostura por debajo de la capa. La dejó entrar.

—Un momento, señorita.

Isobel apareció poco después, sin prisa, con un chal oscuro sobre los hombros, el cabello recogido y una gran sonrisa en el rostro.

—Elspeth —musitó con sorpresa, cuando vio que ella se quitaba el sombrero y revelaba los ojos llorosos.

La escocesa no aguantó más. La compostura se le rompió en el recibidor y se lanzó hacia ella. Isobel la sujetó con fuerza, sin hacer preguntas todavía, apretándola para darle consuelo.

—Shh… —murmuró Isobel, y la condujo hacia dentro—. Ven, muchacha. Aquí estás a salvo.

Elspeth tragó saliva con gran dificultad, se apartó lo justo para respirar, y aun así no pudo soltar palabra. Todo era un llanto amargo.

Isobel la llevó al salón pequeño, el que daba al patio interior, y la sentó cerca del fuego. Llamó a la doncella con un gesto breve.

—Té. Fuerte. Y algo de comer. Ella no ha desayunado, apuesto lo que quieras.

Elspeth soltó un sonido que quiso ser una risa y salió convertido en otro sollozo lastimero.

—Oh, Isobel…

—Vamos. Respira. Y mírame. ¿Quién ha sido? ¿Quién te ha hecho daño? Mi esposo lo matará sin demora.

Elspeth se tensó.

—No… no es tan sencillo.

—Perfecto. Entonces será peor —dijo Isobel, con esa calma peligrosa que solo tenían las mujeres que ya habían visto lo más malo y seguían en pie—. Empieza por el principio, gràdhach.

—¿Preciosa, Isobel? Debo estar hecha un espanto y me importa poco.

—Eres escocesa, ¿no? Entonces, gràdhach te llamaré. Dios sabe que todas nosotras somos fuertes y hermosas. Ahora dime qué sucede.

Elspeth apretó los dedos, como si ese gesto pudiese retener lo que se le escapaba por dentro.

—Me he marchado de Ravenscourt House.

Isobel no se inmutó, pero los ojos se le afinaron.

—¿La duquesa te ha dicho algo que te ha molestado? —La otra escocesa sabía que la hermana de Sinclair se alojaba en casa de una duquesa importante, porque la misma Elspeth se lo había dicho cuando le hizo una visita nada más llegar a Londres. Además, Malcolm le había pedido a ella y a su esposo que le echasen un ojo a su hermana por si algo pudiese sucederle.

—No. —Elspeth tragó saliva—. No ha sido la duquesa. Nadie sabe que me he ido. He… he oído cosas. Cosas que no debía escuchar. Y ya no podía quedarme allí un minuto más.

—¿El hijo de la duquesa? —inquirió con una ceja alzada.

—¿Cómo sabes que él…?

—¡Vamos, muchacha! —saltó la escocesa—. Esto no es Mayfair, pero las noticias nos llegan. Sabemos que Ravenscourt ha regresado más frío y sombrío que nunca. Dicen que es el duque a cazar de la temporada. Deja que lo

adivine… ¿Ha tratado acaso él de cazarte a ti? —se aventuró a suponer.

—Yo…

La doncella entró en ese instante con la bandeja. Isobel sirvió el té ella misma y le acercó la taza.

—Bebe.

Elspeth bebió y el calor le raspó la garganta. Le sentó bien y mal al mismo tiempo. Isobel se sentó enfrente con la espalda recta. Tal y como hacían todas las escocesas que Elspeth conocía.

—Es tan humillante que…

—Habla, muchacha. No te andes con remilgos. He casado a cuatro hijas. Cada una ha tenido una historia de amor más tortuosa que la anterior. Tal vez sea porque somos escocesas y no queremos nunca hacer nada fácil. Cuatro ingleses en la familia. Mi esposo no daba crédito. ¿Qué esperaba? Las chicas estaban en Londres. Vamos, vamos. Cuéntame lo que te ha hecho ese duque feo e inglés.

Elspeth le sonrió y apretó el borde de la taza.

—El duque… Adrian —pronunciar el nombre le dolió—. Yo… En fin. No tiene sentido venir a tu casa y no confesarte lo que me aflige. No me he inventado lo que veo en él. No es solo un hombre de humor difícil. Hay algo más. Algo que tiene que ver con mi hermano.

—Tu hermano y un duque inglés. Una combinación de las que acaban con los muebles rotos, seguro.

Elspeth levantó la mirada, húmeda y furiosa.

—Lo odia. Adrian odia a Malcolm.

—Oh, muchacha. Los ingleses nos han odiado siempre. Y nosotros a ellos. Eso no va a cambiar. Además, sé de unos cuantos escoceses a los que les gustaría darle muerte a Sinclair. Que lo odie un duque sería un motivo de orgullo para tu hermano, estoy segura de ello. Lo importante es lo que tú sientas por él. ¿Te gusta el sassenach?

Isobel ladeó la cabeza para mirarla con mucha atención.

Elspeth abrió la boca… y la cerró. El silencio fue la respuesta más indecente. Suspiró.

—No puedo mentir.

Isobel apoyó la taza con cuidado.

—Lo sé, porque acabo de ver el mismo gesto que cada una de mis hijas hizo cuando llegó el momento de decirle a su padre que iban a casarse con ingleses.

Elspeth se derrumbó.

—Yo… yo lo amo y lo deseé. Y él me ha humillado. Y pensé… pensé que podía… —se le quebró la

voz—. Pensé que me quería. Es ridículo, porque ese sassenach puede tener a la mujer que quiera y yo nunca he sido especial. Me ha seducido solo porque sabe que así le hará daño a mi hermano. Lo que he oído —continuó Elspeth, con la cara ardiéndole— es que todo lo que hace tiene que ver con Malcolm. Con una especie de venganza. Que yo… yo era un medio para darle su merecido a mi hermano, no una elección.

Isobel se inclinó hacia delante.

—¿Has escuchado eso de su boca?

Dudó un instante, derrotada por su propia honestidad.

—Sí. He escuchado bastante para entender que se ha burlado de mí y ha jugado con mis esperanzas.

Isobel se quedó quieta. Luego chasqueó la lengua, fastidiada.

—Los hombres, cuando les duele el orgullo, se vuelven poetas del desastre. Debo admitir que para no ser escocés, ha resultado bastante inteligente.

—¿Lo aplaudes, Isobel? —preguntó asombrada.

—¿Qué hemos hecho los escoceses siempre? Mi tatarabuelo secuestró a la hija de su enemigo para casarse con ella y así darle su merecido. Mi esposo mismo tuvo que raptarme durante la noche porque mi padre lo detestó nada más verlo.

Elspeth soltó una risa rota.

—No lo excuses, Isobel —le dijo con fastidio.

—No lo excuso. Lo estoy admirando un poco. Hay que tener mucho valor para desafiar a un escocés, pero mucho más para enfadar a una escocesa. Podemos ser mortales si nos lo proponemos. —Isobel le señaló la taza—. Bebe. Y dime qué quieres hacer.

Elspeth miró el té, como si allí dentro estuviera el manual del corazón.

—No sé qué hacer. Solo que me siento humillada y furiosa. ¿Crees que estoy exagerando?

—¿Cuáles son sus intenciones? ¿Te ha propuesto ser su amante?

—¡No! —negó de inmediato la más joven—. Él pretende casarse conmigo. Sospecho que lo más pronto posible para después restregárselo a Malcolm.

—Ouch… No es tan malo como parece, pues. ¿Quieres casarte con él?

—Sí que quería, pero ahora… Quiero verlo igual de humillado que yo. —Su vena sanguinaria acababa de salir a flote.

—Deberíamos avisar a Malcolm —dijo Isobel.

—¡No!

La escocesa más mayor se quedó helada una fracción de segundo.

—¿Cómo que no?

Elspeth apretó la taza con tanta fuerza que le temblaron los dedos.

—Porque… —la palabra le costó— porque estoy enamorada y no quiero que mi hermano lo mate… todavía —confesó con timidez.

Isobel la miraba evaluándola con una mezcla de compasión y entendimiento. Luego, muy despacio, exhaló.

—El amor y los jóvenes. Si lo amas y lo quieres a tu lado, entonces no puedes marcharte para siempre —sentenció—. Puedes ausentarte para coger aire y hacerlo sufrir un poco. Escóndete aquí para dejar de temblar. Pero desaparecer… no. No si lo amas —insistió— y no si, definitivamente, él se te ha metido en la cabeza y en la sangre.

Elspeth se pasó una mano por la cara.

—Me ha usado.

—Puede que sí. —Isobel no endulzó nada—. Y también puede que se haya metido en un lío que no sabe manejar. Un hombre puede querer vengarse y, al mismo tiempo, estar perdiendo el juicio por una mujer. Es una contradicción preciosa. Y peligrosa. Lo he visto, Elspeth; sé de lo que hablo. Recuerda que he casado a cuatro muchachas más tercas que el hombre que las puso en mi

vientre. Hay que luchar. Tienes que luchar —recalcó con fuerza.

Elspeth soltó una carcajada breve, amarga.

—Me encanta. He venido a refugiarme y resulta que me ofreces una guerra.

—Te ofrezco una solución —la corrigió Isobel—. Y empieza por esto: quédate aquí un par de días. Duerme. Come. Pon tu corazón en su sitio y luego regresa para enfrentarte a él. Habrás de mostrarte fría porque es necesario que compruebes si te ha añorado y para eso no debe verte flaquear. Y le dices lo que vas a hacer.

Ella parpadeó un par de veces.

—¿Qué voy a hacer?

Isobel se inclinó hacia delante; se veía sibilina.

—Vas a casarte con él bajo tus términos.

Elspeth abrió la boca, escandalizada y tentada a partes iguales.

—¿Me estás diciendo que vuelva y le… le plante cara?

—Te estoy diciendo que regreses y le des una lección —dijo Isobel, con una tranquilidad que daba miedo —. Porque a un hombre no se le conquista suplicando. No importa dónde haya nacido ni en qué año, si en Roma,

Escocia o Londres. Se les conquista obligándolos a vernos de verdad y aceptar lo que sienten por nosotras.

Elspeth tragó saliva con fuerza. El pecho le temblaba.

—No sé si puedo. Si averiguo que de verdad no me ama, me moriré. Lo sé.

Isobel arqueó una ceja.

—Eres una Sinclair. Claro que puedes. Otra cosa es que te apetezca.

Elspeth soltó un sonido entre risa y llanto.

—No quiero que Malcolm lo mate. Pero cuando Adrian le restriegue que ha culminado la venganza… Debería advertir a mi hermano para que no caiga en la trampa.

—Si le avisas hoy, mañana estarás viuda sin haberte casado —gruñó Isobel—. Tu hermano no va a venir a preguntar con educación, ya lo sabes. Yo también lo sé. Así que primero tendrás que enfrentarte a tu duque y luego a un escocés furioso. ¿Puedes hacerlo, muchacha?

Elspeth bajó la mirada y evaluó sus opciones. No sería sencillo.

—Supongo que tendré que averiguarlo.

Isobel se recostó, se veía más tranquila.

—Escucha. Yo hice algo parecido. —Elspeth alzó la vista, sorprendida. Isobel sonrió con una falta de pudor deliciosa—. Mi esposo era un bruto maravilloso. Lo adoraba medio Edimburgo y lo temía la otra mitad. Tuvo una amante mientras me cortejaba.

Elspeth abrió los ojos completamente.

—Isobel…

—No te escandalices. —Isobel agitó la mano—. Las escocesas no lo hacemos.

—No pensaba hacerlo, solo iba a decirte que no es necesario que me cuentes cosas que son privadas tuyas.

—Ouch, muchacha. No te apures. Quería a ese hombre y comprendí que podía hacer dos cosas. Y no me quedé en casa rezando a ver si el cielo bajaba a poner orden. Me ocupé yo.

Elspeth la miró llena de curiosidad.

—¿Cómo?

Isobel sonrió más.

—Lo dejé sin mí. Sin mi risa y sin mi cama. Sé lo difícil que es mantenerse pura antes de llegar al matrimonio. Supongo que son todos iguales, hombres llenos de deseo incapaces de esperar. Bien. Lo mandé al infierno. —Le dio un sorbo al té—. Y luego esperé a que regresase a mí.

Elspeth parpadeó.

—¿Y tardó mucho en comprender que tú eras la luz de su vida?

—¿Tu duque te recita poesía, muchacha?

—No. En realidad, solo sabe darme órdenes.

—¿Seguro que no tiene sangre escocesa? Suena como si fuese uno de nosotros.

—Dime qué pasó con tu esposo, Isobel —recondujo la conversación.

—Tardó menos de lo que crees en regresar. —Isobel apoyó la taza en el platillo—. Abandonó a la otra por mi amor. Y desde entonces mi bruto escocés me sigue por todas partes con una lealtad inquebrantable. Es un cuilean.

Elspeth soltó una carcajada, pese al nudo en el pecho.

—Lo estás llamando cachorro. Si te oyese…

—Lo es. Un cachorro enorme, con cara de pocos amigos y de corazón blandito. —Isobel señaló a Elspeth con el dedo—. Y eso, muchacha, es lo que mejor sabemos hacer nosotras. No nos sentamos a llorar hasta que se nos hinchen los ojos. Arreglamos las cosas para no tener que molestar a Dios con asuntos que podemos resolver con carácter.

Elspeth se quedó en silencio, todavía con la taza entre las manos.

—¿Y si… y si solo quiere hacerle daño a Malcolm?

Isobel se encogió de hombros.

—Entonces lo obligas a elegir. Si quiere venganza, que la tenga sin ti. Si te quiere a ti, tendrá que ganarte sin convertirte en un instrumento.

Ella suspiró.

—Me da miedo, pero no soy ninguna cobarde.

—Bien. —Isobel asintió—. Eso significa que lucharás.

Elspeth apretó los labios, respiró hondo y notó cómo, despacio, algo se asentaba dentro de ella. No era paz. Era otra cosa. Una determinación fría, distinta de la rabia.

—Me quedaré en tu casa —dijo al fin—. Dos días.

Isobel asintió, satisfecha.

—Así me gusta. Y luego vuelves. Con la cabeza alta. Y cuando te hable como a un soldado, le recuerdas que tú no obedeces. Tú negocias.

Elspeth soltó una risa pequeña.

—Malcolm diría que eso es peor que un disparo.

—Tu hermano tiene razón en muy pocas cosas —replicó Isobel—. En esa, acertaría.

La joven bajó la mirada al té. Estaba pensando en Honoria, en la duquesa y en el caos que había dejado atrás. Le tembló el pecho un instante.

—Seré fuerte —susurró para sí misma.

Isobel se levantó.

—Ven, le diré a la doncella que te prepare una habitación. Y descansarás, lo quieras o no.

La señorita Sinclair se puso en pie y por fin se sentía algo más ligera.

—Gracias.

Isobel la miró de arriba abajo.

—No me des las gracias todavía. Las escocesas no hacemos caridad. Tenemos estrategias infalibles.

Cuando Elspeth salió del salón, Isobel se quedó un instante sola. Miró la bandeja, el té y el rincón donde la joven había estado a punto de desmoronarse. Luego se dirigió al escritorio, sacó papel y pluma y se quedó pensativa.

Isobel MacNair pensó que, por si la muchacha necesitase refuerzos, sería prudente enviar una carta al norte. Malcolm debía implicarse por si acaso. Los ingleses no eran de fiar, y menos los duques. Le aconsejaría al escocés que fuese a visitar a su hermana, sin mayor detalle, y si cuando su buen amigo llegase, Elspeth no había solucionado el asunto, Sinclair lo haría por ella porque Isobel se lo contaría todo.

—Mejor dos planes que uno solo —murmuró la escocesa mientras medía bien las palabras que escribiría en la misiva.

Capítulo 11

Aquel día, la señorita Sinclair regresó a Ravenscourt House al caer la tarde, cuando el tráfico de carruajes empezaba a espesarse y el cielo se rendía ante un gris sucio. Entró en la mansión sin vacilar, con el velo retirado y la barbilla alta. Al lacayo se le atragantó la sorpresa en la garganta y se apresuró a recogerle la capa; ella lo dejó hacer sin regalarle una sola palabra.

Había ensayado la frialdad hasta volverla una armadura. Le quedaba bien, aunque le pesara.

Al levantar la vista, lo vio.

Adrian estaba al final de la escalera, apoyado en la barandilla, con el nudo de la corbata hecho un desastre y la chaqueta torcida. Tenía el cabello revuelto y una sombra oscura se le apreciaba bajo los ojos. No parecía un duque. Parecía un hombre al que le habían arrancado algo y llevaba días buscándolo con las manos desnudas. ¿Pero el qué? Ah, sí. La venganza. Por supuesto. Él había perdido el medio para culminar su venganza.

Cuando el duque la divisó, y tras comprender que no era un espejismo, comenzó a bajar los escalones de dos en dos, a toda prisa. Ella se preparó para un grito, para una recriminación hiriente. No. En el rostro masculino se dibujó un alivio tan evidente que a Elspeth la desconcertó. Adrian abrió los brazos, y ella comprendió con horror cuál era su plan. Pretendía abrazarla para que se olvidase de todo. Un solo toque de él, y estaría perdida.

Elspeth levantó una mano para frenarlo y retrocedió tres pasos.

—No —dijo la hermana de su némesis, y la palabra le salió firme. Helada.

No la tocó. A él le bastó con la petición para saber que no debía hacerlo. Así que se detuvo en seco, justo delante de ella, con el pecho subiéndole y bajándole más deprisa de lo decoroso.

Él tragó saliva con dificultad.

—Elspeth…

—Sé por qué quieres casarte conmigo. Venganza —soltó con el mentón bien en alto.

Estaba tan cansado por haberla buscado por todas partes y había tenido tanto miedo de perderla, que al verla su corazón latía por fin de nuevo con calma.

—Eso puede esperar. Aunque no es así. Lo que…

—No lo niegues —lo cortó—. No me lo adornes tampoco.

—No es lo que tú crees porque…

—No lo conviertas en un discurso galante —continuó, sin apartar la mirada de la de él—. Acepto el matrimonio. Lo acepto porque te has ocupado de que no tenga otra opción, pero no voy a permitir que nadie me arrastre por el barro, ni siquiera tu pasado. Eso sí, me casaré contigo, pero con mis condiciones.

—Déjame explicarte que…

—No —repitió ella, y no alzó la voz; eso lo volvió peor—. Yo hablo y tú escuchas, inglés.

—Adelante —le concedió. Estaba tan contento de que hubiese regresado que nada más le importaba.

—No voy a ser un arma contra mi hermano. Si vuelves a utilizarme para herirlo, me iré, y esta vez no regresaré. No te regodearás con Malcolm de tu… triunfo. Seré yo quien le haga saber que nos hemos casado y lo haré a su debido tiempo. —Tal vez se lo dijese en el lecho de su muerte.

—Hecho —aceptó de inmediato.

Ella frunció el ceño. Se sorprendió porque él no había puesto ningún reparo. Carraspeó y se dispuso a continuar con sus peticiones:

—No habrá otras mujeres. Ni antes de la boda ni después. No quiero promesas bonitas, quiero hechos. Si no puedes cumplirlo, dilo ahora mismo porque si me traicionas, te mataré y no es una amenaza sutil. Lo haré.

—Hecho —repitió.

—¿No te tomas en serio mis palabras?

—Sí, Elspeth. Creo que me matarías, o al menos lo intentarías. Así que no habrá ninguna mujer. —Sería fácil de cumplir. Solo deseaba a una y comenzaba a pensar que jamás tendría suficiente de ella—. ¿Algo más? —la animó él.

—¿No te he dicho que tú callas y yo hablo? —le recordó.

—Mis disculpas —dijo manso.

Ella volvió a fruncir el ceño. Lo veía muy dócil. Carraspeó otra vez.

—Bien. No me darás órdenes en privado ni tampoco en público. No soy tu subordinada. Me hablarás con respeto, aunque estés furioso.

—Hecho. ¿Qué más?

Elspeth estaba desconcertada. Ya que estaba tan complaciente, decidió pedir algo para su mejor amiga.

—Honoria no será forzada a casarse. Se casará por amor.

—Hecho —repitió él por enésima vez.

Elspeth bajó un poco la mano, no porque se rindiese, sino porque el brazo empezaba a dolerle por sostenerlo con la firmeza en el aire para marcar distancia con él.

—Y una cosa más. —Se inclinó apenas hacia él—. No volverás a tocarme para castigar a otro hombre. Si me buscas, será porque me quieres de verdad.

Adrian soltó una exhalación lenta, áspera. La miró durante un segundo que se hizo muy largo.

—Entonces me pasaré la vida tocándote, Elspeth. Espero que sepas lo que acabas de exigir.

—¿Qué?

—¿Has terminado ya con tus exigencias, cariño?

Esa muestra de ternura la despistó todavía más. Carraspeó otra vez.

—Sí. Creo que sí.

—Bien.

Entonces él sonrió. Una sonrisa tan brillante y grande que le llegó a los ojos.

Elspeth sintió que la sangre le subía a la cabeza con violencia.

—¿Te parece divertido?

Adrian negó despacio.

—No. —La voz le salió ronca—. Me parece imposible que hayas vuelto. Estoy tan contento…

La dama apretó los labios.

—Te burlas de mí —lo acusó.

—En absoluto.

Adrian dio dos pasos, ya sin pedir permiso a la distancia. Seguía sonriendo como un tonto. Elspeth retrocedió por instinto. Él la alcanzó igual. La rodeó con los brazos y la apretó contra su pecho, fuerte, con un temblor que no tuvo nada de controlado. Ella intentó apartarse, se le tensaron los hombros.

Adrian no la soltó.

—No me abraces —murmuró ella, y la voz la traicionó un poco—. No te he dado permiso para hacerlo.

—Necesito tenerte así, amor mío. Te he buscado por todas partes. Estaba desesperado porque te habías ido. No me costó nada saber lo que te podía haber inducido a huir de mi lado. Nos escuchaste, a la duquesa y a mí, y sacaste tus propias conclusiones —dijo él. Tenía la frente pegada a su cabello—. He pateado cada rincón de Londres. Debiste haber visto la cara de Perth cuando me presenté en su casa. El mequetrefe creyó que iba a darle una nueva paliza, así que comprendí que no habías ido con él para

castigarme. Me he vuelto loco de verdad. No vuelvas a marcharte de mi lado. Y cada minuto que pasaba sin saber nada de ti… —se le quebró el tono.

Elspeth seguía rígida, aunque notaba cómo le fallaba la respiración. No cometería el error de creerse sus mentiras una segunda vez.

—¿A qué juegas ahora, Adrian?

—A nada, amor mío. Ahora que has dicho que nos casaremos, he decidido hacerte una única exigencia.

—No estás en posición de exigirme nada, Adrian —le recordó.

—Lo sé, pero te lo pediré igual si me lo permites.

—¿Qué es lo que quieres pues? —Él la mantenía abrazada, pero la mitad del cuerpo de la escocesa estaba echado hacia atrás para huir de un posible beso.

—Nunca me abandones de nuevo. Nunca vuelvas a dejarme desamparado y roto, te lo suplico, mi amor.

—¿Qué? —Eso no se lo esperaba.

—Te amo. Estoy completamente enamorado de ti. Oh, Dios, Elspeth. Me has hecho pasar un infierno. Si algo te hubiese ocurrido… No quiero vivir en un mundo en el que tú no estés. ¿Lo entiendes? Por eso debes quedarte siempre a mi lado, para que pueda amarte y protegerte.

A la escocesa comenzaron a temblarle las rodillas.

—No digas eso. No quiero más mentiras.

—Lo digo porque es verdad. —Adrian le sostuvo la mirada, obstinado—. Me pasé años creyendo que podía vivir sin sentir nada más que el dolor y la rabia. Pensé que así sobreviviría. Y luego te encontré en mi casa, mirándome de frente, y todo lo que yo había aprendido dejó de servir.

Elspeth no sabía a qué atenerse. Su corazón traidor ya latía a toda prisa.

—Adrian…

—No me importa que no me creas hoy. —La mano de él se le posó en la nuca con la misma ternura que había usado con ella aquella noche en la que se amaron—. Tengo toda la vida para demostrártelo. Te amo tanto que me duele, pero es un dolor bueno. Te lo juro. No había sentido esto nunca.

Elspeth percibió el golpe de la emoción de esas palabras en todo el pecho. No se deshizo. Se obligó a mantener el rostro severo para no regalarle la victoria.

—Tus declaraciones no arreglan lo que he oído.

—Lo entiendo.

—Ni borran lo que sé que hiciste en White’s.

Adrian se tensó un instante, y una sombra le pasó por los ojos.

—Lo sé también. Te vi nada más regresar a casa y pensé en que podría herir a tu hermano si te seducía. No lo endulzaré porque eso fue así, pero caí en mi propia trampa, amor mío. Tú me sedujiste a mí y cuando me di cuenta ya era todo tuyo por completo.

Elspeth lo miró con cautela, con el orgullo todavía en pie. Aun así, no pudo evitar que una alegría peligrosa le diera un brinco por dentro, pequeña, viva, e insistente.

Y cuando él volvió a acercarla, Elspeth no retrocedió esta vez.

Se quedó entre sus brazos, respirando su calor, con la cabeza llena de emociones y el corazón bailando, aunque ella se había jurado que no caería en sus trampas.

Entonces la besó. No fue un beso que presagiaba lujuria… De acuerdo, un poco, sí, pero la muestra de amor evidenciaba que el precio del duque había sido saldado. Había cambiado la venganza por el amor.

Cuando se separaron ambos se miraban con fijación.

—¿Me amas, Adrian? No juegues más conmigo, te lo suplico.

—Te quiero más que a mi vida, amor mío. Y no descansaré hasta que dejes de dudar de mi amor por ti. Es el juramento que te hago y que pienso cumplir, ya lo verás.

Y la volvió a besar.

Que Dios la ayudase, pero lo creía. Él había conseguido lo imposible. Lo acababa de perdonar y sus palabras la habían convencido, porque no era solo lo que decía, era cómo lo decía. El tono, sus ojos llenos de amor, sus brazos sujetándola como si tuviese miedo de perderla de nuevo… No era tan buen actor para forzar todo aquello. Estaba segura de que le decía la verdad.

El recibidor, de pronto, dejó de ser un lugar neutral. Un carraspeo sonó desde lo alto de la escalera.

Elspeth se separó lo justo para respirar y allí estaban: la duquesa, con el rostro tenso y los ojos abiertos de par en par, y Honoria un peldaño por detrás, con una expresión que empezó en sorpresa y terminó en puro júbilo, como si le hubiesen dado la mejor de las noticias.

Por un instante, sintió deseos de disculparse y avergonzarse por el espectáculo que ofrecían Adrian y ella, pero no pudo. Estaba demasiado contenta.

Entonces Honoria se llevó ambas manos al pecho.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó, y bajó los últimos escalones casi de un salto—. ¡Os habéis besado! ¡En el recibidor! ¡Qué cosa más indecente y maravillosa!

Elspeth sintió que la sangre le subía a la cara con una violencia impropia. Hizo el amago de apartarse, de recuperar la compostura, de recoger los restos de dignidad

que había dejado por el camino… Adrian no se lo permitió. Seguía abrazándola y no tenía prisa por soltarla.

La duquesa sonrió.

—Elspeth, mi hijo te ha buscado por todas partes. Yo… lo siento. Adrian cree que nos escuchaste y yo… Lo siento —repitió—. Estaba equivocada con él. Mi hijo te quiere. Te ama de verdad.

—¿Qué escuchó Elspeth, madre? —Al ver que su hermano se tensaba, la duquesa hacía lo mismo y su mejor amiga también pareció incómoda de pronto, ella decidió no hurgar—. No importa. ¡Madre, míralos! —dijo, como si presenciase un milagro—. Es evidente. ¡Es evidente que se aman! Lo supe porque cuando ella desapareció y mi hermano se enteró, parecía que iba a morirse de pena.

—Nos casaremos lo antes posible, amor mío. ¡Estoy enamorado de Elspeth Sinclair! —gritó—. Que se entere todo Londres. Porque estoy enamorado y mi futura duquesa también me ama.

La confesión salió con fuerza, lo bastante alta para que el servicio, al otro lado de la casa, fingiera no haber oído nada y lo bastante clara para que Honoria diera una palmada, incapaz de contenerse.

—¡Lo sabía! —canturreó, con una felicidad tan descarada que impedía cualquier reproche—. ¡Lo sabía, lo sabía, lo sabía!

Elspeth le sonrió al fin a Adrian.

—¿Me sigues amando, amor mío? —preguntó con ternura el duque.

—Siempre —susurró, para luego cogerlo de las solapas de la chaqueta y besarlo.

No se permitieron mucho. Había dos espectadoras, una de ellas era una soltera inocente. Se separaron. Adrian no dejaba de sonreír y ella tampoco.

Honoria se acercó y, con una intimidad que solo se permitía con quienes quería de verdad, les sostuvo las manos a los dos, apretándolas con energía.

—No os imagináis lo dichosa que soy —susurró, con los ojos brillantes—. Os juro que me habéis hecho muy feliz. Una hermana. Has regresado a casa, Adrian, y por si tu regreso no fuese suficiente premio, me has obsequiado con el mejor de los regalos. Me das una hermana. ¡Y sobrinos! Exijo convertirme en una tía de inmediato.

—¡Honoria! —la regañó su madre, para luego buscar al duque y su prometida—. Dadme un abrazo, hijos míos —dijo la duquesa que también estaba al lado de la feliz pareja.

Las felicitaciones y muestras de cariño no se escatimaron. El pasado acababa de quedarse definitivamente atrás. La vida era demasiado preciosa para desperdiciarla y vivirla con dolor. Adrian se había perdonado a sí mismo y a Malcolm Sinclair.

Y mientras la duquesa, ya más serena, empezaba a hablar de fechas, anuncios y lo que convenía hacer para

proteger a la familia, Honoria no dejaba de sonreírles con una devoción infinita. La misma que Elspeth y Adrian se profesaban.

Un duque y su futura duquesa habían encontrado esperanza. La esperanza que daba el amor. Una promesa de felicidad eterna.

Epílogo

A la mañana siguiente, la licencia especial llegó a Ravenscourt House con prontitud, doblada en un sobre grueso, tal y como prometió el administrador de Adrian que ocurriría.

La casa se había vestido de gala aunque no habría invitados de más. Solo la familia. El servicio iba y venía con pasos medidos. Nadie preguntaba por qué un duque se casaba con tanta prisa. Nadie iba a ser tan insensato, por descontado, pero todos sabían que iba a celebrarse un matrimonio por amor.

La duquesa estaba eufórica, porque también quería nietos. Muchos, aunque no lo diría a viva voz. Honoria parecía a punto de explotar de alegría. Había supervisado la colocación de las sillas y había discutido con una doncella por el color del lazo del ramo de la novia.

Elspeth se sentía en las nubes. Había elegido un vestido claro, de seda sencilla y buena caída, con el talle ajustado y las mangas lisas. En el escote se había colocado

una aguja discreta con forma de cardo, un guiño a su tierra. Cuando la doncella quiso ayudarle a ponerse los guantes, ella se negó porque el anillo le calzaría mejor sin ellos. No llevaba más joyas. Siempre fue sencilla y no pensaba cambiar pese a que se convertiría en la nueva duquesa de Ravenscourt.

La ceremonia se preparó en uno de los salones más íntimos, no en el gran comedor ni en el lugar donde se recibía a media aristocracia. El ministro de Dios aguardaba con expresión neutral, pero de algún modo se advertía que había visto demasiados secretos como para sorprenderse por uno más. No era del todo inusual que un duque se casase en su casa con una licencia especial. ¡Para eso era un duque!

Adrian apareció sin anunciarse. Vestía de azul oscuro. Estaba afeitado, impecable y extremadamente feliz. A los pocos minutos apareció la novia. Él la miró de arriba abajo.

—Estás preciosa, amor mío.

—Tú no te quedas atrás, mo chridhe.

Adrian soltó una gran carcajada y la escocesa decidió que era el sonido más bello que jamás había escuchado.

—Los caballeros no son preciosos. Son viriles —le comentó.

—Pues estás muy viril.

Honoria y la duquesa ocuparon sus asientos de inmediato.

Por su parte, Elspeth y Adrian se quedaron el uno al lado del otro, frente al hombre que iba a oficiar el matrimonio. No había música que los acompañase, ni aplausos que taparan el silencio. Y en realidad no les hacía falta nada más.

—Queridos hermanos… —Comenzó la ceremonia.

Las palabras fueron las de siempre, las que se habían repetido en Londres infinitas veces con más o menos sinceridad. En los labios de Elspeth sonaron distintas porque ella no era de repetir nada por costumbre. En los labios de Adrian sonaron a juramento pronunciado por un hombre que había pasado demasiado tiempo sin creer en nada.

Cuando llegó el momento del anillo, el mundo se encogió.

Adrian sacó una banda estrecha de oro, lisa y sin alardes. Elspeth vio que le temblaba un poco la mano al sostenerla. Él lo notó también y se enfureció consigo mismo. Quiso controlar el gesto. No lo consiguió. Su dama le puso las manos sobre las suyas para ayudarlo a tranquilizarse. Y funcionó.

—¿Prometes ayudarme siempre que lo necesite, amor mío?

—Para toda la eternidad, mi duque.

El hombre de Dios carraspeó.

—Sus Gracias, hay que colocar el anillo.

Ambos asintieron. Elspeth le ofreció la mano.

Adrian encajó el aro con cuidado, despacio, sin prisas, disfrutando plenamente del momento. No había guantes entre los dos, porque él también había pensado en prescindir de los suyos. La yema de su pulgar se detuvo un instante sobre la base del dedo femenino, un toque mínimo, íntimo, y con ese simple contacto ella se emocionó hasta el punto de soltar una lágrima que era sinónimo de felicidad.

—No te apartes de mi lado nunca. Nadie te amará jamás tanto como yo —le dijo él, mientras contemplaba sus hermosos ojos verdes.

—Estaré a tu lado incluso cuando no quieras. Ese es el juramento que te hago yo.

—Nunca dejaré de necesitarte a mi lado, Elspeth Harrington, duquesa de Ravenscourt —le juró y ella le sonrió.

Estaba hecho. Se habían convertido en marido y mujer. Hubo un silencio breve. Y luego Honoria soltó un suspiro tan dramático que habría provocado un escándalo en cualquier otro salón.

La duquesa se llevó una mano a la boca y luego buscó un pañuelo para limpiarse las lágrimas que se le habían escapado.

Adrian no esperó a que nadie le indicara lo que tocaba para sellar definitivamente el matrimonio.

Se inclinó hacia Elspeth y la besó. No fue un beso para la galería; no había un numeroso público. Fue un beso que cerraba una promesa y abría otra. Elspeth le respondió con suavidad.

Cuando se separaron, Adrian apoyó la frente en la de ella un instante, demasiado breve para que su madre pudiera acusarlo de indecencia y lo bastante largo para que Elspeth sintiera todo su amor y devoción.

—Vas a tener que ser paciente con tu duque, mi duquesa —susurró él—, pero te prometo que te haré feliz hasta que no haya mañana, e incluso más allá también. Ahora que te he encontrado no pienso seguir solo ni en esta ni en la otra vida. Serás mi compañera para toda la eternidad.

Elspeth le sonrió.

—No sabía que fueses un poeta tan competente.

—Tú me haces suspirar, amor mío.

La besó de nuevo una última vez hasta que pudiesen estar solos y luego se giraron para recibir las felicitaciones de su familia.

Y, por primera vez en mucho tiempo, Ravenscourt House pareció una casa donde de nuevo había risas sinceras y amor. Mucho amor.

Aunque tanto Elspeth como Adrian sabían que todavía quedaba un asunto delicado que tarde o temprano tendrían que atender.

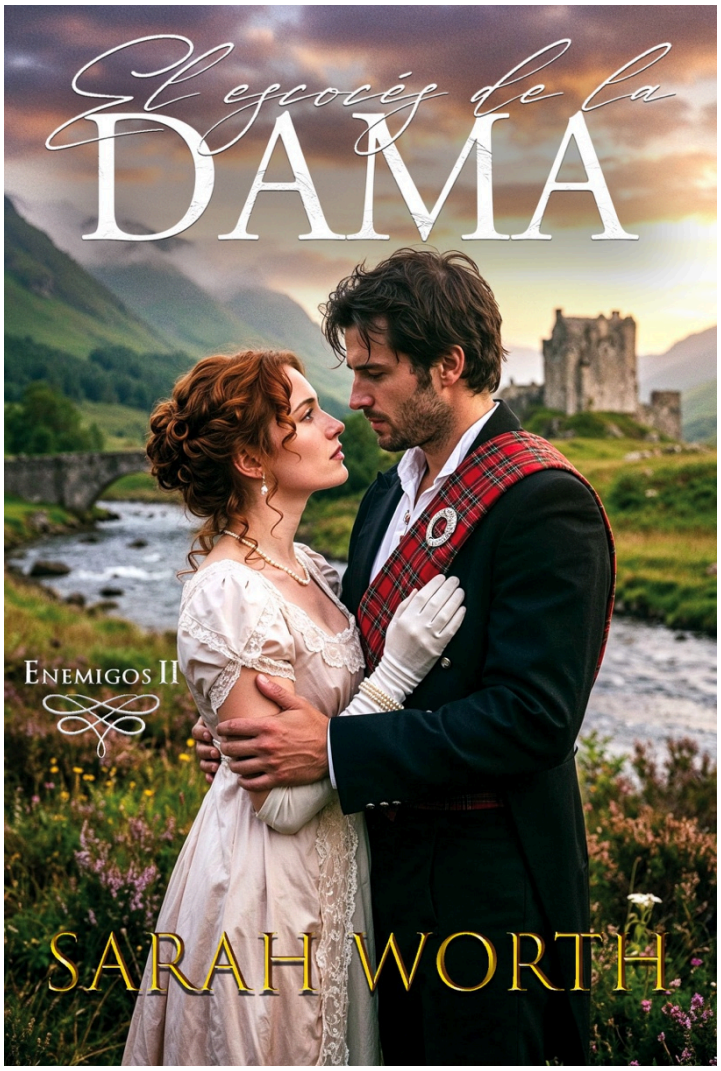
¿Qué ocurriría cuando al señor Malcolm Sinclair le llegase la noticia de la boda de su hermana con el hombre que casi lo mata?

Fin.

No te pierdas la siguiente historia

«El escocés de la dama»

Link: https://mybook.to/WX9M



Ojo por ojo. Hermana por hermana.

El señor Malcolm Sinclair es un escocés que odia Londres, pero regresa con una sola idea entre ceja y ceja: darle su merecido a un hombre que sigue buscando venganza. Poco le importa tener que enfrentarse a un maldito duque si ha mancillado la mujer que más quiere en el mundo.

Cuando descubre que su hermana ya se ha casado, comprende que ha llegado tarde. Sin embargo, nada más ver a la perfecta e intachable **lady Honoria**, sabe que seducir a la hermana de su enemigo sería justicia poética.

La idea es sencilla. El problema es Honoria. No es una dama que se deje conquistar con facilidad; le sobran pretendientes y un simple hijo de las Highlands no parece un gran partido en los salones de baile. Suerte que un Sinclair está hecho de obstinación y no renunciará a ganar, aunque cuanto más se acerca a su presa, más claro ve que ella tampoco piensa rendirse.

Y lo que empieza como una guerra de voluntades, deseo y orgullo, se transforma en un juego peligroso donde ambos pueden perder su corazón.

Sobre la autora y la historia

Sarah Worth es una escritora española que ve amor, peleas, condes, duques y damas por doquier. Se ha decidido a escribir bajo un pseudónimo para ver qué tal funcionan sus maquinaciones románticas y la cosa va pintando bien.

Sus historias prometen: romance en exceso, bastante humor, algo de drama para mantener el interés, y un final feliz y cerrado.

¿Qué hay de la próxima historia?

Un escocés está punto de conocer a la horma de su zapato. Por favor, quedaos conmigo y acompañadme en una nueva aventura.

¡Gracias!